

BOLSILIBROS
BRUGUERA

SS

SERIE

SERVICIO SECRETO

diez días después de agosto

cliff bradley



Después de todo, se trataba de su vida y la mía. Los códigos están muy bien, no caben dudas; pero no sirven de gran cosa en una circunstancia así.

De modo que le lancé el cuchillo.

Soy un excelente tirador con ellos, como con toda otra clase de armas individuales. Tampoco es como para vanagloriarse, se trata de mi profesión y resulta lógico que un buen profesional domine razonablemente las técnicas de su oficio. Además, el tipo estaba a seis pasos de distancia.

Un perfecto estúpido. Alguien debió advertirle que un rápido lanzador de cuchillo siempre lleva ventaja a un hombre armado con una metralleta, a no ser que el segundo tenga ya el arma encañonada y el dedo en el gatillo. El llevaba su dedo índice derecho sobre el gatillo, pero no me encañonaba, exactamente. Batía el terreno, imaginándome cerca...



Cliff Bradley

Diez días después de agosto

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1070

ePub r1.0

Lds 25.02.18

Título original: *Diez días después de agosto*

Cliff Bradley, 1971

Cubierta: Jorge Nuñez

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2





SS

SERVICIO SECRETO



CAPÍTULO PRIMERO

Después de todo, se trataba de su vida y la mía. Los códigos están muy bien, no caben dudas; pero no sirven de gran cosa en una circunstancia así.

De modo que le lancé el cuchillo.

Soy un excelente tirador con ellos, como con toda otra clase de armas individuales. Tampoco es como para vanagloriarse, se trata de mi profesión y resulta lógico que un buen profesional domine razonablemente las técnicas de su oficio. Además, el tipo estaba a seis pasos de distancia.

Un perfecto estúpido. Alguien debió advertirle que un rápido lanzador de cuchillo siempre lleva ventaja a un hombre armado con una metralleta, a no ser que el segundo tenga ya el arma encañonada y el dedo en el gatillo. El llevaba su dedo índice derecho sobre el gatillo, pero no me encañonaba, exactamente. Batía el terreno, imaginándome cerca...

Lancé el cuchillo con toda mi fuerza y al punto adecuado. Se le clavó en la base del cuello, ligeramente a la izquierda, le seccionó de modo instantáneo la yugular y la tráquea, impidiéndole gritar. Se estremeció violentamente y disparó, por puras contracciones musculares, a ciegas, una corta ráfaga de proyectiles que me pasó como a medio metro, lo más cerca; luego se le doblaron las rodillas y cayó, soltando el arma para llevarse ambas manos al cuello.

Lamento ser tan brutalmente crudo en mi relato, porque me tengo par un civilizado occidental. Pero lo cierto es que sucedieron así los hechos y utilizando eufemismos no creo que vaya a arreglarlo. Eso se queda para los políticos y los burócratas, yo soy, y a mucho, bueno a secas con orgullo, un mercenario.

Di tres saltos desde el matorral donde me había agazapado, llegué junto a mi hombre y le arranqué la metralleta colgada del hombro al clásico estilo. Gorgoteaba y no era nada agradable de

ver, pero llevo doce años haciendo guerras a sueldo, he visto a muchos muertos y moribundos, bastantes de ellos por mi mano y muchos, demasiados tal vez, bastante peor destrozados que aquél tipo. Las guerras y sus consecuencias sólo son bonitas en las arengas patrioteras.

Le quité cartucheras. Hasta aquél momento sólo había contado con un cuchillo, ahora tenía una excelente metralleta de fabricación francesa con ocho cargadores, siete de ellos completos, y una no menos excelente pistola alemana con carga completa y dos cargadores de repuesto. Eso, para un profesional de la guerra, resultaba de lo más reconfortante. No iba a serles fácil liquidarme ahora...

De todos modos, como no me diera prisa y siguiera favoreciéndome la suerte, mis probabilidades eran, exactamente, una contra nueve. Pero habían sido una contra noventa y nueve sólo minutos antes.

Los disparos debían haber alertado a los otros que me andaban buscando. A mí y a los demás, claro. A cuántos de los cinco habían ya atrapado, o liquidado, no podía saberlo, pero por lo escuchado calculaba que al menos a dos. Hubiera dado cualquier cosa por saber quiénes.

Retrocedí al interior de la selva sin entretenerme ni hacer ruido. Me hubiera gustado despojar a mi víctima de sus excelentes botas y de su ropa, porque huir a través de la selva con las viejas alpargatas y el uniforme de dril ultrabarato del campo de prisioneros especial no era lo que se dice una idea reconfortante. Pero peor se está muerto...

Durante los quince minutos siguientes, no pasó nada. Debían haber encontrado ya a mi víctima y eso, sin duda, les había vuelto prudentes. Los perros de presa del coronel Ngambi eran verdaderas fieras salvajes con los prisioneros, sobre todo con los blancos; pero sabiendo que tenían delante a un blanco bien armado y decidido a todo perdían mucha de su ferocidad.

También me habría gustado estar en plena posesión de mis facultades físicas. Tres semanas en el campo de prisioneros «peligrosos» de Lugambara, siguiendo su régimen dietético y soportando las rachas de bestiales interrogatorios, no eran como para ponerle a uno en condiciones de afrontar un combate, menos

una fuga a través de la selva. Y eso que yo sólo estaba allí considerado como un «extranjero indeseable» que purgaba seis meses de castigo por haberle roto la cabeza a uno de los policías del coronel Ngambi estando borracho...

Calculé que me quedaban unos dos kilómetros para alcanzar el río y el lugar donde nos esperaba la canoa. Ojalá que Slavko hubiera podido eludir a los esbirros, porque si no... Y aún así, todo se había ido al traste en el último momento.

Escaparse de Lugambara no es fácil, palabra. Debí pedir el doble por mi trabajo, había pensado muchas veces durante aquellas tres semanas. Ahora ya estaba fuera, y con excelentes armas en las manos, pero lo cierto es que no me sentía demasiado satisfecho. Todo salió bien hasta el momento de saltar la última alambrada. Nos descubrieron y debimos salir de estampía a toda velocidad, de modo que no pude evitar el que Jock se me escapara. Como llegara antes que yo al río, podía despedirme de mis beneficios y, posiblemente, de mi pellejo. Jock no era tonto, sabía por qué le ayudé a escapar...

Corrí cuanto era posible por dentro de aquél sofocante laberinto verde. A no haber sido porque años atrás yo anduve por allí mismo en continua zarabanda, ahora me habrían cazado los perros de presa de Ngambi. Así, les iba a dar trabajo.

Pero Jock aún conocía mejor que yo el terreno... Escuché gritos y disparos a mi derecha, como a doscientos metros de distancia y algo más atrás. Bueno, otro del quinteto estaba ya listo...

Había sido una hábil jugada nuestra fuga. De los cinco, tan sólo Jock y yo conocíamos el verdadero objetivo, los tres restantes fueron embarcados por mí en la aventura para despistar y hacer bulto, no me preocupaba demasiado que cayeran en la aventura y, en realidad, el mundo iba a perder poco con ellos. Tampoco con Jock, o incluso conmigo, claro está; pero para mí, mi pellejo tiene cierto valor, creo que es comprensible.

Quién no ha tenido nunca que huir a través de la selva centroafricana perseguido por negros asesinos, la mitad de los cuales aún eran caníbales hace una veintena de años y posiblemente sigan conservando el gusto por un buen filete de carne humana, no puede imaginarse lo que eso significa. Yo soy duro de veras, pero acababa de pasar tres semanas capaces de quebrantar al más duro;

así, a la media hora de fuga ya no podía con mi alma.

Me detuve a recuperar aliento y entonces escuchó los ruidos delatores de que alguien se acercaba. Podía ser una alimaña grande o, con mayor evidencia, una alimaña de dos patas, así que alisté la metralleta y me acurruqué al amparo de un grueso tronco, listo para partirlo en dos como si se tratara de uno de los hombres de Ngambi... o varios.

Era uno solo. Y era mi hombre. Además, venía malherido.

Le vi avanzar a trompicones, como lo hacen aquellos que han llegado al límite de sus fuerzas. Y cayó antes de que pudiera llamarlo.

Ahora bien, yo debía cobrar veinte mil dólares por mi compromiso de sacar a Jock Kristall de Lugambara y llevarlo, sano y salvo, al lugar dónde lo esperaba un selecto comité de recepción. Las cosas que pasan, pasan y nadie puede arreglarlo, pero era mi deber intentarlo... aunque sólo fuera porque tenía otros poderosos motivos para salvarle la vida.

Corrí a su lado y lo volví boca arriba. Necesité exactamente una ojeada para saber que todo era inútil. Le habían pegado al menos dos balazos y uno ominosamente cerca del corazón. Jock no lograría verse nunca nadando en la abundancia...

Yo tenía que intentarlo. Y lo intenté. Pero ya ni siquiera podía discernir quién le hablaba, estaba trasponiendo las puertas de la muerte.

—Jock, soy yo, Frías. Contéstame, amigo...

—He... de llegar...

—¿Llegar, a dónde?

—El décimo... después...

—¿El décimo qué? ¿Después de qué, Jock? ¡Vamos, habla!

—Después de... agosto...

El décimo después de agosto... Ya era algo, pero no bastante. Y estaban acercándose por la selva como búfalos.

—¡Jock, dímelo! ¿Dónde están los diamantes, dónde?

—Diez días... después de...

—¡Sí, Jock, lo sé, lo dijiste! ¿Dónde, dónde?

—Les... lié... Sinclair...

Se acabó. Había soltado un cuajaron de sangre por la boca y se estiró, de un modo que yo no podía engañarme.

Me levanté aprisa y corrí a parapetarme tras el árbol más cercano, porque ya tenía a tres de los perros de presa de Ngambi llegando como si toda la selva les perteneciera. Vi asomar a uno, al que reconocí con especial placer recordando sus latigazos, sus patadas a mi bajovientre y mis costados. Aquél puerco no iba a emborracharse por la noche.

Le disparé una ráfaga corta al vientre y se dobló en dos con un aullido de agonía. Sus compinches se volvieron locos de miedo y comenzaron a regar la selva con los proyectiles de sus metralletas. Me tiré al suelo y dejé que se desahogaran, escurriéndome hacia atrás. Cuando encontraran a Jock pensarían que íbamos juntos y que lo alcanzaron con sus disparos. O meramente se jactarían de haberlo matado luego que él se cargó a su compinche. Hay que conocer a esos negritos para saber cuánta fantasía poseen.

Cabía la posibilidad de que me alcanzara una bala perdida, pero me era preciso correr el albur, así que lo corrí. Ahora tenía una razón de más para querer vivir.

Llegué a la orilla del río sin aire en los pulmones y casi sin fuerzas. La batida estaba un poco rezagada y calculé que Slavko me esperaba a unos doscientos metros río abajo.

No habría hecho nada así en circunstancias normales, pero ahora no lo eran. De modo que me metí en la corriente silenciosa y verdiamarillenta, llegué al tronco medio podrido que se había quedado enredado en las lianas y raíces de la orilla y lo empujé hacia fuera con el resto de mis fuerzas. Cuando conseguí soltarlo e inició su deriva, me agarré a él con ambas manos tras colocar la metralleta sobre unas ramas fuera del agua y me dejé llevar.

Si en aquellos doscientos metros me tropezaba con uno de los innumerables cocodrilos del río, mi carrera aventurera iba a terminar de modo rápido y cruento. Pero en mi estado, caminar a lo largo de la orilla aquella distancia, con veinte o treinta de los sabuesos de Ngambi, rastreándome, era suicida.

Ahora bien, como hubieran atrapado a Slavko o por alguna razón no hubiera podido estar a tiempo en el lugar convenido, o al oír el jaleo hubiera decidido poner tierra por medio a toda prisa, yo también podía darme por muerto. Menudo placer causaría al coronel Ngambi, una vez me viera cara a cara y, por supuesto, me reconociese...

Todo había sido cuidadosamente planeado por mí. Ngambi no estaba en el país cuando me detuvieron y llevaron a Lugambara, además, mi delito era demasiado vulgar para que él se ocupara de mi persona. Pero habiendo tomado parte en el mismo intento de fuga que Jock Kristall la cosa cambiaba. Y yo no tenía el menor interés en darle tal sorpresa.

Podía oír los gritos y llamadas de los que me perseguían. Pero estaban asustados y eso los volvía muy prudentes. Dos muertos entre ellos eran para meterles el resuello en el cuerpo...

A la luz rápidamente en aumento, pero envuelto en la brama que se alzaba del río, me fui deslizado aguas abajo a corta distancia de la orilla. Sólo tenía ojos para ésta, vigilando la temida aparición de los cocodrilos y, sobre todo, a la oculta lancha rápida de Slavko.

No vi cocodrilos y confieso que con gran alegría por mi parte, pero al fin descubrí a la pequeña mancha amarilla oculta entre la espesura de lianas y raíces. Entonces abandoné mi árbol y nadé tan vigorosamente como pude manteniendo con una mano fuera del agua a la metralleta.

Slavko estaba muy alerta y me descubrió enseguida. Sacó a la canoa silenciosamente de su escondrijo y se me acercó bogando con una pala corta. La canoa, de plástico y con un pequeño motor fuera-borda, especial, sólo tenía cabida para tres hombres, había venido dentro de un hidroavión.

—¿Eres tú, Carlos?

Su voz era ronca y demostraba ese nerviosismo de los valientes en pleno jaleo. Le contesté que sí y poco después me ayudó a meterme dentro del bote, no sin dificultades.

—¿Qué ha pasado? ¿Y Kristall?

—Muerto como tu abuela. Lo barrieron con una ráfaga de proyectiles. Como nos ocurrirá a nosotros si no nos damos prisa.

Slavko no necesitaba muchas explicaciones. Puso en marcha el motor de la canoa, que resonó en la quietud mañanera con inusitada violencia, y empujó al centro de la corriente.

Yo ya me había acoplado a popa, alistando la metralleta. Y cuando vi emerger hasta cuatro de los perros de Ngambi por entre la espesura no les di tiempo a dispararnos. Derribé a dos de ellos y los restantes se tiraron al suelo de cabeza...

Un instante después la pequeña canoa de plástico salía disparada por sobre las amarillentas aguas del ancho río, hacia el hidroavión que nos esperaba a cosa de tres millas de distancia y que, en caso de seguir teniendo suerte, nos colocaría fuera del alcance del coronel Ngambi y sus amigos antes de que pudieran iniciar nuestra captura.

Confieso que en aquél momento sentí unas ganas locas de reírme. Pero no lo hice, porque se suponía que acababa de fracasar en mi misión.

CAPÍTULO II

Los tres hombres que tenían delante no parecían nada divertidos. Y me constaba su gran peligrosidad. Pero yo me había trazado un plan que no iba a variar por ningún concepto. Así, me mantuve impassible.

—Usted ha fracasado, Frías; un fracaso completo, ¿se da cuenta?

Me lo decía el coronel Hendricks. Mucha gente ha oído hablar de ese germanoneerlandés, pero muy pocos le conocen realmente. Yo sí, bastante. Era muy capaz de abrir en canal a cualquiera si sospechaba que estaba traicionándolo. Matar, había matado a muchos por su propia mano con la misma frialdad que yo me como una trucha asada a la brasa y casi con la misma fruición. Pero tenía dotes ciertas de jefe militar.

—Un momento, coronel —le cortó con frialdad—. Vayamos por partes. Tanto la posibilidad de que Kristall muriera en el intento como la de que yo mismo muriese estaban explícitamente marcadas cuando ustedes me dieron el encargo de realizar esta tarea y la acepté. Le tocó a él como pudo tocarme a mí la china, eso ha sido todo.

—¿Está seguro que ha sido todo, Frías?

Ahora era Taddeus Weissmann, nacido en la Silesia polaca cuando tal región pertenecía al imperio austro-húngaro, comunista en su juventud, miembro activo de las S. D. bajo nombre supuesto, hasta que descubrieron su verdadera identidad, más tarde comerciante en París, de objetos de arte y de secretos militares, luego próspero negociante en el Brasil... Tenía mucho dinero y más mala sangre, financiaba la operación, la muerte de un hombre, para él, sólo significaba una anotación en sus balances. Le miré fijamente, porque era el más difícil de engañar.

—Escúcheme, Weissmann, y que sirva para todos ustedes. Acepté meterme en Lugambara y desde allí dentro ponerme en

contacto con Kristall, preparar su evasión y conseguirla de forma que ni Ngambi ni otros sospecharan que era precisamente él, Kristall, quien se deseaba libertar. Lo hice por veinte mil dólares y me arrepentí de haber_ pedido tan poco a las dos horas de estar allí dentro. Ustedes conocen bien a Ngambi, ¿verdad? Pero no saben realmente lo que es Lugambara. Sí, ya sé que me van a decir que no puede ser peor que los campos «nazis»... Óiganme esto, es aquello, pero regido por caníbales. ¡Caníbales! ¿Me entienden? He visto cosas allí que difícilmente olvidaré. Sólo era para ellos un blanco borrachín y pependiero, un vagabundo sin mayor importancia que había descalabrado a un policía negro en una pelea de bar. Me condenaron a seis meses y se tomaron la molestia de decirme, riendo, que no llegaría a cumplirlos. No estaban bromeando, ningún blanco sale vivo de Lugambara, ellos se encargan de eso.

—Déjese de monsergas, Frías, y vamos al grano —gruñó Hendricks autoritario. Asentí.

—Al grano voy. Hice mi parte sin un fallo y les consta. Pero ni esperaban que yo consiguiera el que Kristall me confesara amistosamente sus secretos ni él lo hizo, desde luego. Sea lo que supiera, y por lo que ustedes tenían tanto interés en sacarlo de Lugambara, se lo llevó a la tumba. Sencillamente fue uno de esos imponderables que pasan en tales contingencias, usted debe saberlo, coronel. Pudo tocarme a mí, le tocó a él, eso es todo.

—Da la casualidad de que usted se salvó, y los otros murieron —insinuó Weissmann maliciosamente. No me cogió en falso.

—Da la casualidad de que soy un profesional de la guerra, Weissmann, perfectamente entrenado para cualesquiera contingencias y lo bastante inteligente y astuto para sacar partido de las más nimias posibilidades.

Si no lo fuera, y no les constase, no me habrían ustedes contratado.

—De acuerdo. Tuvo suerte...

—La tuve, y mucha. Kristall no, ni los otros. Eran gente vulgar, estaba precisamente calculado que alguno o algunos de ellos perecieran en la fuga, se les tomó como relleno de la operación, ¿de acuerdo? Perecieron. Y Kristall también. Y yo pude escapar. Falló el objetivo, no la operación en sí, eso lo saben. Y ahora, señores, concretemos. ¿Van, o no, a pagarme mi dinero?

Ellos también me conocían, Hendricks sobre todo. A mí me estaba preocupando el silencio del tercero. Hay pocos hombres que me pongan con su sola presencia frío en la nuca, pero aquél greco-americano injertado de eslavo lo había hecho desde la primera ocasión que nos vimos.

—Le daremos mil dólares —dijo Weissmann con su voz fría y rasposa. Le corté secamente.

—Me darán los diez mil que pactamos. Y será ahora mismo.

—¿Es una amenaza, Frías?

—Yo nunca amenazo. El coronel me conoce y se lo dirá. He cumplido con mi parte de nuestro contrato, cumplan con la suya. Si hubiera sido yo el muerto y Kristall estuviera aquí con ustedes, se habrían ahorrado ese dinero. El que juega a ganar, juega a perder.

—Frías tiene razón. Es mejor pagarle y que vaya a disfrutar en paz de su bien ganado dinero.

Por fin había hablado... Spiros Tanakis, hijo de epirota y estoniana, ciudadano norteamericano, hombre de negocios de lo más respetable... un frío canalla de altos vuelos para quien nada era limpio, ni sagrado, que no daba ningún valor a la vida de los demás y cuyo único dios era el dinero, con el poder que suele traer aparejado. Miré a sus fríos ojos de serpiente y asentí:

—Es lo que pienso hacer, en efecto. Necesitaré algún tiempo para recuperarme de lo pasado en Lugambara.

Sonrió, si a aquello podía llamársele sonrisa, y dijo con la misma helada suavidad impersonal, tan suya, que le parecía muy razonable.

Me pagaron. Billetes de banco de diez y veinte dólares, más cheques de viajero a mi nombre, convenientemente legalizados. También un poco de moneda del país africano donde nos encontrábamos, y cuyo gobierno detestaba al del coronel Ngambi. Luego rae desearon unas felices vacaciones.

Todo parecía haber terminado del mejor modo posible. Pero cuando salí de nuevo a la brillante luz del exterior y me detuve a encender un cigarrillo, no sentía ni alegría ni el calor ambiental.

Estaba seguro de que aquellos tres no se habían tragado del todo mi informe, a pesar de la abrumadora cantidad de pruebas fidedignas, entre ellas el «rapport» secreto que el jefe de la prisión de Lugambara había enviado a Ngambi y que yo sabía uno de sus

funcionarios pasó íntegro a Weissmann. Probablemente estaban dispuestos a aceptar como fidedignas el noventa y cinco por ciento de mis afirmaciones, tal vez incluso el noventa y nueve...

Pero iban a mantenerme bajo constante y afanosa vigilancia a partir de ahora, hasta convencerse de que les había dicho el cien por ciento de la verdad acerca de lo ocurrido en Lugambara. O hasta convencerse de lo contrario, en cuyo caso, una vez les pusiera sobre la buena pista, mi vida iba a valer menos que una colilla de tabaco negro.

Ahora me tocaba a mí planear mi propia estrategia, habida cuenta de la clase de contrincantes con quiénes debería enfrentarme en el futuro. Y sin olvidar que estábamos a diecinueve de junio.

Porque Jock lo había remachado antes de morir, sin saber ya a quién le estaba haciendo su última confidencia:

«Diez días después de agosto... Leslie Sinclair...».

Un nombre y una fecha. Leslie Sinclair... ¿Quién diablos podría ser? Nunca había oído antes aquél nombre. Inglés, seguro, pero... ¿quién, y dónde estaría, y qué tendría que ver con el más fantástico alijo de diamantes de la historia? En cuanto a la fecha, resultaba de lo más curioso la forma cómo Jock la pronunció. Estaba muriéndose, decir diez de septiembre hubiera sido lo natural, lo más fácil...

Diez días después de agosto, alguien, tal vez el propio Jock, probablemente otro, debería reunirse, tal vez, con aquél Leslie Sinclair. De acuerdo, pero ¿dónde?

Me quedaban dos meses y medio para averiguarlo. Llevando pegados a mis talones a implacables sabuesos...

Me fui directamente al bar del African Star y me reuní con Slavko. Estaba preocupado, se lo noté, y su satisfacción al verme aparecer.

—A decirte la verdad, no estaba nada seguro de que te iba a volver a ver. ¿Lograste tranquilizarles?

—Parece que sí. Después de todo, no les queda otro remedio sino admitir la realidad, la verdad. Toma, tu parte.

Guardó sus dos mil dólares y pidió otro refresco con «Vodka».

—Carlos, no estaría tranquilo en tu pellejo. Ni siquiera lo estoy en el mío. Sabes lo que se dice que buscan esos tres, ¿verdad?

Hacía muchos años que conocía a Slavko, cinco o seis veces le

salvé la vida y él a mí por lo menos tres. Es uno de esos rusos en quiénes uno puede fiar a cierraos, mejor dicho es ucraniano, europeo. Feo, fuerte, fiel, valeroso y tranquilo, vio y sufrió mucho durante la guerra y después de ella, con sus claros ojos de niño bueno.

—Lo sé. Pero a nosotros debe tenemos sin cuidado, al menos por ahora. Terminamos nuestra tarea, tenemos nuestro dinero. Yo me voy a ir a cualquier playa tranquila del Mediterráneo para reponerme de lo sufrido en Lugambara. ¿Qué planes tienes tú?

—Ninguno.

—Ven conmigo. No faltarán un par de beldades ligeras de cascos para ayudarnos a pasarlo bien y gastar nuestro bien ganado dinero.

Sonrió y asintió. Gran camarada...

Sacamos pasajes en el primer avión que iba a París. Para entonces, los tres que me contrataran para sacar a Jock Kristall ya estaban lejos, en sus aviones particulares dos de ellos, el otro en avión normal de línea. Pero eso nada significaba. En el mismo avión nuestro subieron dos tipos inconfundibles que no parecieron ocuparse poco ni mucho de nosotros durante todo el viaje. También les favorecí con mi más absoluta indiferencia.

En París no me detuve si no lo justo para cambiar de avión y realizar los adecuados trámites. Nosotros, los mercenarios profesionales, solemos estar muy vigilados por los servicios secretos de todos los países y por las policías normales. Siempre recelan de nuestros movimientos, siempre creen que vamos a provocar una nueva revolución. Como si ésa fuese tarea nuestra, como si no fuesen otros, los financieros, los políticos, quiénes se encargan de ello con bien probada eficacia. Nosotros nos limitamos a luchar, justificar nuestra paga y procurar que no nos maten demasiado pronto por causas que las más de las veces nos tienen sin cuidado.

Yo tenía bien rumiados mis planes, de modo que me marché a Yugoslavia. Hoy día, uno puede encontrar allí de todo lo que dan en los países occidentales al turista extranjero, pero más barato. Y con una ventaja, hay tranquilidad, pocas aglomeraciones y bellísimas playas.

Naturalmente, las autoridades yugoslavas exigieron conocer mis razones, y las de Slavko, para preferir sus playas a cualesquiera otras. Se las dimos y parecieron convencerse, nos advirtieron muy

seriamente contra cualquier propósito nuestro de alterar la paz del país y, tras recibir nuestro sincero juramento de que tal no pensábamos, nos dejaren en paz... en apariencia.

Pero a mí me bastaba.

CAPÍTULO III

Durante dos semanas me limité a descansar y divertirme, al viejo estilo del guerrero. Y Slavko me imitó.

Nosotros, los soldados profesionales, o mercenarios, si así lo prefieren, nos reímos de buena gana de todos los códigos de moral al uso, como nos reímos de todos los «*slogans*» ideológicos. La razón consiste en que estamos al cabo de la calle acerca de lo que hay detrás de unos y otros. Con nosotros, como con las rameras, nadie guarda hipocresías, considerándolo innecesario. También nosotros, como ellas, podemos ejercer nuestra profesión en cualquier parte y bajo cualquier tipo de bandera, pues a la postre, no hay diferencias sustanciales.

Digo esto porque vinieron pronto dos o tres ofertas de trabajo. Una procedía de cierto grupo de políticos de extrema izquierda que pretendía liquidar a un régimen de centro moderado en su país; la otra de un puñado de oligarcas de extrema derecha que pretendía liquidar a un gobierno de centro moderado en su país. La diferencia consistía en que los unos llevaban a Mao como bandera y los otros, según afirmaban, a la Patria y a Dios. Contesté a ambos emisarios con idénticas palabras amables, y mostrándoles mis recientes cicatrices, que por el momento no me encontraba en condiciones de prestarles mis servicios y quedé pensando que mucho me complacería formar parte en sus respectivos pelotones de ejecución. Después de todo, un mercenario también tiene derecho a tener sentimientos e ideas personales, aunque no a exponerlos.

Todo aquel tiempo de mi *dolce far niente* permanecí discreta y estrechamente vigilado. No me importó, lo daba por descontado y, una de dos, o acaban por aceptar que yo nada sabía del asunto, o todo cuanto hiciera para despegarme de ellos resultaría inútil.

Finalmente decidí que era llegado el momento de moverme. Y me fui a Roma.

Hablarle de Roma a la gente a estas alturas ya resulta idiota. Más aún que el cine o la televisión, los automóviles utilitarios y las vacaciones a pagar a plazos cómodos han hecho que medio mundo haya estado en la Ciudad Eterna y la mitad restante tenga sus maletas listas para visitarla. Entre ellos y los *hippies*, más las huelgas salvajes, la verdad es que han convertido en un asco a la *urbs urbis*, privándola de casi todo su encanto, que era mucho, según afirman los viejos entendidos. Le queda algo, pero hay que saber buscarlo. Yo sé. Después de alojarme en el hotel Delle Fiori, sabrosamente cloroso a comida transteverina, vinos del Lazio y de los Abruzzos, humanidad no demasiado amiga del agua y el jabón, perfumes baratos de mujer y cosas así, pero de hecho un lugar donde un verdadero hombre se siente muy a gusto por toda una serie de razones, me fui, como casi siempre hago en mis visitas a Roma, al Vaticano, a saludar a mi viejo amigo monseñor Cavaradossi, que se congratuló de saberme aún con vida y, como siempre, me facilitó entrada al Museo Secreto, puesto que conoce muy bien mi pasión por las bellezas del arte antiguo estando además convencido de mi capacidad mental y moral para apreciar las que allí se ocultan cuidadosamente a los aborregados ojos de la masa espesa, estupidizada e incapaz de apreciar delicadezas estético-artísticas. Allí yo sabía que a mis amigos iba a resultarles punto menos que imposible introducirse. Los jefes de mercenarios, los financieros norteamericanos y los tráfugas apátridas con larguísimo historial delicuescente no son considerados, y con razón, visitantes adecuados para el Museo.

En cambio halló a otro viejo amigo mío, el profesor Guariglia. Advierto que, siguiendo nuestro código, nunca doy, ni daré, sus verdaderos nombres a los individuos que mencione en el curso de mi relato, eso se queda para los políticos y las entretenidas de lujo. Guariglia es uno de los cinco hombres más entendidos del mundo en ese arte al que muchos con la mentalidad de aquella sufragista que acuchilló a la Venus del Espejo o aquellos inefables cardenales que pretendieron vestir a los frescos de la Sixtina consideran abominable... después de haber regodeado sus turbias miradas y más turbias mentes en su contemplación. Seco y menudo, con cara de pájaro y lentes de miope, tiene una sensibilidad artística extraordinaria, es un esteta injertado en filósofo y una verdadera

enciclopedia. Nadie lo imaginaría conocedor, también, de múltiples secretos relacionados con el hampa dorada internacional. Por eso, por su mucha discreción, vive, y vive muy bien. Cada cual tiene su especialidad.

Lo encontré junto a esa maravilla del arte griego clásico que es el «Fauno agasajando a una Ninfa», eufemismo del que, como de otros, echaré mano a lo largo de este relato por si tiene la desgracia de caer en abominables manos de no menos abominables gentes. Me guiñó uno de sus miopes ojos y me saludó con su acostumbrada jovialidad:

—Es un placer verte de nuevo, Carlos, ya que siempre creo que va a ser la última. ¿Ya curaste las «caricias» que te hicieron en Lugambara?

—Así creo. Te agradezco muy de veras el que hayas venido.

—No podía hacer otra cosa, en cuanto leí tu anuncio en *Il Tempo*.

Había que ser más astuto aún de lo que eran mis, amigos para imaginarme poniendo un aviso por teléfono, desde una cabina callejera, en la página de anuncios por palabras de tal periódico como *Il Tempo*. Hay trucos, argucias, que sólo conocen los iniciados y que guardamos como oro en paño, por lo muy valioso que suelen sernos.

—Tienes ya información acerca del asunto en que estoy metido, ¿verdad?

—¿Me creerás si te digo que no? Sólo sé que el mayor Utanga ha llegado a Roma directamente desde la capital de su país y que detrás de ti andan Weissmann y Tanakis... lo cual ya es suficiente.

De modo que Utanga, jefe del Servicio Secreto del coronel Ngambi, su mano izquierda y el más sádico torturador que jamás haya dado el Africa Negra, se encontraba en Roma... Era toda una noticia que agradecerle a Guariglia.

—Los otros dos no están en Roma, pero sí tienen aquí desplazados a varios de sus más eficaces perros de presa —me dijo con placidez mientras examinábamos una maravillosa pintura etrusca de extraordinario realismo—. Debes de haberte metido en algo gordo, Carlos, esta vez.

—¿Has oído hablar de un tal Leslie Sinclair?

Frunció el entrecejo y se quedó pensando. Luego denegó.

—Nunca, estoy seguro. ¿Quién, o qué, es, aparte ser inglés?

Me sentía muy descorazonado. Si Guariglia, desconocía a mi hombre, mi tarea iba a resultar muchísimo más dificultosa.

—No tengo la menor idea, esperaba que tú me lo aclarases. Por lo que me toca, sólo es un nombre que le oí a un moribundo, allá en Lugambara.

¿Acaso a Jock Kristall?

—Eres endiabladamente rápido en tus suposiciones, amigo —reí—. Sí. Y es lo único que dijo. Le habían metido dos balas en el cuerpo cuando llegué a su lado y tuve que correr luego muy aprisa para salvar la piel.

—Pero no se lo dijiste a tus contratadores. Y ellos imaginan que sabes mucho más de lo que les conviene.

—Más o menos así está planteado el juego. Y no quiero que descubran que ando a ciegas.

—¿Es tan importante, Carlos?

—Calcula tú. ¿Cuánto crees que puedan valer los diamantes de Cardigan? Silbó quedo y se le empañaron los lentes de excitación.

—¿Es eso?

—¡Hum! Eso sospecho, al menos. Y creo que son muy fundadas mis sospechas.

Hizo una mueca y se limpió los lentes con una pequeña gamuza:

—Diez millones largos —dijo—. De libras esterlinas, naturalmente. Hace nueve años que desaparecieron y ni los más excelentes especialistas del mundo consiguieron nunca dar con la buena pista. Pero tampoco fueron vendidos, eso es seguro.

—Porque los ladrones, inmediatamente después de haberlos ocultado en algún punto remoto del Kalahari, o en el Africa Suroccidental, o en Angola, fueron cazados y asesinados por unos salvajes que se dieron con sus duras carnes un festín. Ése fue el «rapport» de la policía belga y el de la rhodesiana. Luego los belgas le dieron la independencia al Congo y Lumumba la armó, ya no hubo forma de husmear en la región.

—Es verídico que una banda de cazadores nómadas del Kalahari sorprendió a cuatro hombres blancos y los mataron, devorándolos acto seguido. Aquél año había sido extraordinariamente seco, los cazadores estaban hambrientos y para ellos un hombre sólo era comida, así lo declararon más tarde, en el juicio que se les siguió.

No habrían podido ser inducidos por nadie a mentir, su nivel mental y moral lo hacía imposible.

—Estoy de acuerdo contigo. Pero fíjate que ellos se comieron a cuatro. Y eran cinco los ladrones.

—¿Cómo lo sabes?

—Por pura casualidad. Yo combatí en el Congo. En cierta ocasión le salvé la vida a uno de tantos negros. Luego tuvimos, en otras circunstancias, que darnos un largo paseo a través de la selva, solos. El hombre me estaba agradecido, se mostró muchísimo más locuaz conmigo de lo que era y el usual ya entre los negros refiriéndose a nosotros, los blancos. Me contó montones de cosas, la inmensa mayoría de ellas sin el menos interés, y un incidente que entonces no me interesó demasiado. Me dijo que él, y otros hombres de su tribu, habían recogido, tiempo atrás, a un blanco solitario, loco de sed y casi moribundo, en la región del Kwando. Aquél tipo sólo hablaba incoherencias, en una lengua que no era inglés ni francés, ni portugués, y que por tanto ellos no entendían ni de lejos. Le salvaron la vida pero no les dijo su nombre, parecía haberse vuelto loco y por eso le cogieron un temor supersticioso, dejándole ir. Ya no volvieron a saber de él y mi amigo, el negro, suponía que debió perecer en el desierto.

—Interesante, pero...

—Espera. Tú sabes poco de geografía, yo mucho. El Kwando es un río de Angola y Rhodesia, afluente del Zambesi. El punto donde, según mi amigo negro, encontraron al solitario vagabundo blanco, se halla a unos trescientos kilómetros en línea recta de la región de Zebra Vei, dónde fueron comidos los cuatro ladrones de los diamantes de Cardigan. Por cierto, esa región del Bajo Kwando forma la punta extrema suroriental de Angola, encima de la Paja de Capribi, una estrechísima zona, muy larga, de territorio asignado al Africa del Suroeste y que llega hasta las Cataratas Victoria o poco menos. Uno de aquellos curiosos repartos del Africa en el siglo pasado, el Kaiser lo exigió para impedir que los ingleses pudieran maniobrar a su gusto, después que los ingleses impidieron, por todos los medios, a los portugueses unir Mozambique con Angola.

—¿Y a qué viene toda esa disquisición geográfica?

—Tú eres un sabio y un artista. Quiero demostrarte cómo se trenzan los hilos de la trama. Desde la región del Bajo Kwando

hasta el Congo ex-belga hay setecientos u ochocientos kilómetros en línea recta. Jamás mi amigo el congoleño hubiera realizado tan largo viaje, si no fuera porque al jefe de su tribu se le ocurrió ponerse a malas con Tahombe. Tuvieron que salir corriendo a toda prisa, él y su gente, para no ser exterminados. Estas cosas ocurrían a menudo, y naturalmente, no trascendían a la Prensa occidental. La tribu de mi amigo erró pasando hambre y peleándose con los poseedores del terreno, hostigada por los poderes blancos de la zona, a lo largo del límite entre Angola y Rhodesia, hasta los Pantanos de Okavango. Recuerda que se mencionó a esos pantanos como uno de los lugares posibles de ocultación del botín.

—¿Y bien?

—Te haré gracia de más disquisiciones. El vagabundo solitario y medio loco que me describió mi amigo congoleño coincidía, en todos sus detalles físicos, con Jock Kristall...

—¿Estás seguro?

—Sí. Pero no lo supe hasta verme con él en Lugambara. Me tenía muy intrigado el que tipos como Hendricks, Weissmann y Tanakis tuviesen tanto interés por sacar de allí a un tipo que, por todo lo que pude averiguar, era insignificante. Luego, ya en Lugambara, cuando la conocí, tuve una corazonada. Kristall estaba en efecto medio loco, pero no lo suficiente y sí para, con mucha astucia, eludir castigo y preguntas. Tenía pesadillas, eso lo sabíamos todos en la prisión. Pero ¿quién hace caso a las pesadillas de un demente? Aparte de que, en Lugambara, nadie tenía grandes esperanzas de salir con vida... Bueno, me mantuve al acecho y así pude escucharle, una noche, algo que me alertó. Hablaba del alto Kwando, de la sed, de caníbales... Entonces lo relacioné con los diamantes.

—Ya comprendo. Y eso fue todo lo que conseguiste...

—Ya te he dicho que estaba medio loco. Despierto, no había modo de hacerle decir otra cosa sino incoherencias. Era muy astuto, date cuenta, logró escabullirse durante nueve años a todas las pesquisas y en Lugambara lo metieron porque en un arrebato de locura había apuñalado a un burócrata negro que le negaba el permiso para permanecer en el país, no porque Ngambi sospechara nada. De haberlo hecho, te aseguro que, loco o no habrían sabido sacarle su secreto. Que era justo el propósito de quiénes me

contrataron.

—Y que ahora van detrás de ti. Sin duda Ngambi también. ¿Qué piensas hacer?

—¿Les harías ascos a unos cuantos miles de esterlinas? Bastantes miles.

—Desde luego que no. Pero esas piedras queman.

Sin duda. No con mi plan. Si consigo agenciármelas, necesitaré a un intermediario que entre en contacto con los aseguradores. ¿Crees que el diez por ciento sería una suma muy elevada por recuperarlas?

—Pongamos el veinte. Los aseguradores ya han perdido la esperanza de recuperarlas, pagaron el seguro y por tanto son legalmente dueños de las gemas si se recuperan. La subida de precio desde entonces les compensaría.

—Eres mejor hombre de negocios que yo. ¿Lo harías por el diez de comisión?

—Pongamos el veinte. Es un número que me agrada en años femeninos y demás.

Con Guariglia se podía tratar, palabra.

—De acuerdo —le dije—. Ahora localízame a Leslie Sinclair. Pero tienes que hacerlo antes del décimo día de septiembre.

Se me quedó mirando con fijeza.

—¿Y eso, por qué?

—No lo sé, de veras. Pero en alguna forma, esa fecha es crucial, de eso estoy seguro...

CAPÍTULO IV

Dejé aquél santuario del arte y la belleza antiguos donde jamás se permitirá la entrada, por decoro y prestigio, a toda esa fauna de apariencia humana cuya tarea parece consistir en negar lo evidente, prohibir que se mencione lo que está en todas las mentes, sobre todo en las suyas y, en una palabra, meter el océano en sus agujeritos con la ayuda de sus palitas y cubitos; lo dejé con el ánimo alegre, puesto que mi plan se había puesto en marcha de modo muy satisfactorio.

Roma es una caja de sorpresas. Lo fue para mí el que aquellos cuatro melenudos zarrapastrosos y prognáticos pretendieran, osadamente, mi contribución a sus paraísos artificiales de vía estrecha utilizando, como dialéctica persuasoria, dos navajas, automáticas italianas, una cadena de bicicleta y una de esas pequeñas porras de goma dura. Habida cuenta de que los tales tipos suelen ser más bien cobardes, que mido un metro ochenta y peso setenta y siete kilos en mi estado normal, y que aparte mis conocimientos en armas de todo tipo soy experto en todos los sistemas de defensa y ataque a manos limpias más utilizados hoy día, la cosa resultaba casi risible. No podía imaginarme a ninguno de mis conocidos tendiéndome una trampa así.

Pero debí probarles a aquel cuarteto la diferencia entre un león y vinos chacales. No soy jactancioso, de veras, sería ridículo en mí y mi profesión. Puse el símil como aproximativo a la realidad.

La calle era apacible y hacía calor, de modo que no había nadie a la vista. La pelea duró más o menos tres minutos. Descalabré a uno de los navajeros contra la pared, le rompí el brazo izquierdo al de la cadena de bicicleta, le hice echar las tripas de una patada en la barriga al otro navajero y el de la perrita de goma perdió los calzones corriendo para salvar su físico. Por mi parte recibí un arañazo de navaja, un golpe de cadena en el brazo derecho y una

serie de contusiones de menor cuantía, nada de particular. Entrar en detalles lo considero jactancioso y de mal gusto.

La verdad es que cometí un error, imaginando que aquellos tipos me habían atacado simplemente borrachos de droga. Llevaría tal vez una hora en mi cuarto del Delle Fiori, mientras una de las inquilinas, buena amiga mía, me servía un «Vodka» con limón y hielo tras bizmarme debidamente, cuando oí unos pasos en el pasillo, y una llamada a la puerta, característicos de la policía en todos los países.

Estos pies planos... Siempre tremebundos y poniendo cara de matones de cine barato, cuando tan a menudo son unos infelices y buenos padres de familia... Los que venían eran tres, debieron imaginar que menor número era algo arriesgado, y los acaudillaba un inspector.

—Tiene que acompañarnos a la Jefatura. Vístase.

Les obedecí, porque soy perro viejo y porque sólo me busco las complicaciones justas. Eso pareció preocuparles, porque durante todo el trayecto los dos subalternos mantuvieron sus pistolas empuñadas dentro de los bolsillos aunque previamente me hubieran esposado. Buenos chicos...

Como esperaba, me encontré allí a un viejo amigo, el comisario Vincenzo Imperatore. Grueso, con la eterna tagarnina en la boca, astuto, calmoso y decididamente inmoral, también decididamente heterodoxo. Un gran tipo.

Ya me extrañaba que permaneciese veinticuatro horas en paz — me dijo a guisa de saludo—. Han sido exactamente dieciocho.

—¿Puedo conocer los cargos contra mí, comisario?

—Seguro que puede. Quítenle esas esposas. Siéntese.

¿No le gustan los *hippies*, Frías? A mí tampoco, pero no por eso los mato.

Entonces comprendí mi error. Y sentí un ligero escalofrío.

—¿Muertos...?

No me quitaba ojo. Y yo estaba pensando muy aprisa.

—¿Hay más de uno, entonces?

—Que yo sepa, no debería haber ninguno. Descalabré a uno, cierto; pero cuando lo dejé estaba sentado encima de unas basuras y gruñendo maldiciones con voz viva. A otro le rompí un brazo y a un tercero le saqué de las tripas la digestión del día por medio de una

patada. ¿Es ése el muerto?

—¿Por qué no me cuenta toda la historia desde el principio? — sugirió con suavidad. Lo hice meticulosamente, dándome cuenta de que me convenía ser tan sincero como un buen católico en el confesionario. De modo que me habían tendido una trampa para quitarme de en medio con una acusación de homicidio... Luego, en Regina Coeli, me tendrían preparada mía muerte razonablemente discreta... ¿o acaso una liberación seguida de refinadas torturas?

Si yo conocía a quienes me enviaron a Lugambara, de ellos no había partido el golpe. De hecho, mis sospechas apuntaban en una sola dirección. El coronel Ngambi debía estar muy furioso tras descubrir que me tuvo durante tres semanas dentro de su más segura prisión, sin enterarse. Y si encima había descubierto mi interés por Kristall... Sí, tuvo que ser Utanga, aquel limpiabotas proxeneta de Bruselas, París, la Costa Azul, convertido en mayor de Infantería y jefe de un Servicio Secreto notorio por la bestialidad de sus métodos, quien lo ideara. En Yugoslavia no se atrevieron a molestarme, pero Roma era diferente.

El comisario Imperatore me escuchaba como oiría una portera a un serial de la televisión. Y cuando terminé se repantigó chupeteando su infecto cigarro con fruición casi morbosa.

—Fue el de la patada en el estómago. Lo encontraron entre las basuras del callejón, con una puñalada debajo de la tetilla izquierda. Nada sabemos del de la brecha ni del brazo quebrado, pero dos o tres vecinos del callejón nos hablaron de la pelea y le describieron a usted muy bien.

—Ellos les habrán dicho que me acorralaron y eran cuatro...

—Ya conoce a esas gentes de esos barrios, dicen lo justo para no comprometerse. Nos avisaron por teléfono. Vieron la pelea, saben que varios tipos se pegaban duro, pero no estaban seguros de si fue uno contra cuatro o dos contra tres.

—Pero a mí me describieron fotográficamente —dije con sarcasmo—. Y usted me considera capas de apuñalar a un *hippie* tan sólo porque me ha pedido mil liras para droga.

—No. Yo le conozco mejor que eso, Frías. Pero ahora gozará de nuestra hospitalidad hasta que se aclare el asunto.

Así me vi en uno de los confortables calabozos de la Jefatura de policía romana. No era la primera vea.

Tardaron menos de tres horas en ponerme delante al tipo a quien descalabré y al otro al que rompí el brazo. Al parecer, el cuarto se había esfumado, por el momento.

Aquellos dos demostraron extraordinarias dotes de histrionismo, sin duda habían sido bien aleccionados y pagados.

—Nos ofreció droga... Él nos llevó al callejón... Pidió una suma demasiado alta y nos negamos, nos insultó y luego me golpeó...

Resultó que aquel par de angelitos habían perdido el escaso conocimiento que poseían luego que yo, brutalmente, les había roto cabeza y brazo. Resultó qué eran inocentes y pacíficos ciudadanos, no cuatro ratas peligrosas, quienes me abordaron, yo un perverso traficante de drogas... Resultó que al despertar, ninguno de ellos había descubierto a su compañero muerto entre las basuras del callejón y fueron a curarse creyendo que él había huido...

Me habría indignado si no fuera por algo que me hizo pensar. Imperatore no me quitaba ojo mientras sus subordinados parecían llevar la iniciativa del interrogatorio. Y cuando me preguntó, vi en sus ojillos un destello de amistosa ironía.

—¿Qué tiene que contestar a eso. Frías?

—Nada —dije, pausado y displicente—. Basta con ver las caras de este par de beatíficos adolescentes para comprender que son del todo incapaces de mentir. Debo ser un hombre muy malo, comisario, eso es todo.

Los inspectores me miraron desconcertados, pero más mis acusadores. El comisario sonrió un poco y luego ordenó meter a aquél par de pájaros en una buena jaula.

Protestaron, exigieron sus derechos, se autoproclamaron víctimas...

—Bien, usted dirá —dije cuando quedamos solos. Imperatore entrecerró sus ojos astutos.

—De acuerdo, no lo ha hecho. Tratan de cargarle ese muerto. ¿Por qué?

—Nada que ataña a esta ciudad o este país, se lo juro. La verdad es que me siento desconcertado, había estado pensando en cierto mayor con el alma más negra que su piel...

—Acláremelo.

—¿Voy a continuar detenido? Me gustaría saberlo.

—Podría no sólo detenerlo, sino acusarlo de homicidio y lograrle

una buena temporada de cárcel. Depende de usted que lo haga, Frías.

—¿Cuál es la alternativa?

—Un *habeas Corpus* y la libertad provisional. Tendrá que quedarse en Roma y presentarse dos veces al día aquí, mientras no se consiga aclarar este asunto... pero la última condición quedará hasta cierto punto en suspenso.

Era un hombre muy razonable... cuando le convenía. Y a mí me convenía estar a bien con él.

—Hace dos meses me contrataron para sacar a un hombre preso en Lugambara. Lo conseguí, pero durante la huida lo mataron. Sospecho que ese hombre sabía algo importante, pero no me lo dijo. El coronel Ngambi debe imaginarse lo contrario, pero su interés, en tal caso, sería atrapar me para hacerme hablar y creo que por eso envió al jefe de sus verdugos aquí, a Roma, usted sabe que no sostiene relaciones con Yugoslavia, dónde acabo de pasar mis vacaciones.

—¿Cree que sean quiénes le contrataron?

—También lo dudo. Si piensan que les he ocultado algo, su interés estará en hacerme hablar, no en quitarme de en medio.

—O sea, que hay una tercera persona... o un grupo de personas.

—Eso temo. Y no me hace ninguna gracia, están demostrando muy malas intenciones.

—Puede darlo por seguro. Frías, usted es un *condottiero* muy notorio, un soldado de fortuna, un aventurero al estilo clásico. ¿Alguna vez ha traficado con drogas?

—Ninguna. Y espero que me crea.

—Le creo. Y pienso que quiénes quieren eliminarlo no le conocen bien. Hallamos casi medio kilo de «haschich» en su cuarto del hotel.

Silbé. Vaya con mis desconocidos amigos...

—¿De veras?

—Y tanto. Mucho debe importarles su eliminación cuando han llegado a tal extremo.

¿Cree que le haga un favor dejándolo suelto?

—Le quedaré muy agradecido.

—No quiero muertos, Frías. O se los cargaré todos a usted. Tampoco quiero más jaleos o haré de modo que no pueda retomar a

Italia. Sabe cuidarse, cuídese. Y en cuanto a esos amigos suyos...

—¿Sí?

—Déjemelos a mí. Por supuesto, admitiré una colaboración discreta, pero si alguien se excede voy a pisarle los nudillos con toda mi alma.

Ya lo dije, el comisario Imperatore era heterodoxo e inmoral. Un gran tipo...

Encontré a Slavko en Piazza Navona, sentado a una de las concurridísimas terrazas y degustando un *bitteer* en compañía de una rubia despampanante. Le hice una seña mientras me acercaba y mandó a la rubia a comprar cigarrillos. Me senté, pedí otro amargo y acepté fuego para el mío.

—¿Qué tal te ha ido?

—Mejor de lo que cabía esperar. ¿Qué sabes del asunto?

—Poco más que nada. Conmigo nadie se ha metido. Suerte de ser un mero subordinado, capitán. ¿Nos vamos o nos quedamos?

—¿Esa amiga tuya tiene alguna conocida de su calibre?

Sonrió.

—Se lo preguntaré.

Si hay un lugar donde dos mercenarios puedan hallarse a gusto durante una temporada de descanso es en Piazza Navona, entre la muchedumbre cosmopolita, bullanguera, estridente en todos los sentidos, exhibicionista e inmoral. Uno pasa bastante desapercibido, de veras. Y siempre hay buenas mozas a mano para quitarse el sabor de boca de los malos ratos. La amiga de Slavko conocía a otra que no le iba muy en zaga y fue a telefonearle que viniera. A nuestro alrededor había de todo, desde conocidas gentes del cine hasta rateros. Mientras me lustraban los zapatos le dije a Slavko lo que tenía que decirle. Y se lo dije en *swahili*, lengua que opiné nadie de cuantos anduvieran podría conocer. Luego comenté en italiano las bellezas de Roma y lo muy a gusto que me sentía allí.

No hice nada, pero absolutamente nada, de cuanto se supone debe hacer un individuo de mis características acusado de un homicidio que no cometió y dejado en libertad condicional, a sabiendas de que alguien quiere hacerle la Pascua. Los guionistas cinematográficos tienen mucha imaginación, también los novelistas del género. Siempre he creído que todos ellos deberían cursar una temporada de prácticas en nuestra vida. Verían que a menudo, casi

siempre, todo es mucho más sencillo... y más crudamente cruel.

Quiero decir con lo anterior que disfruté debidamente de la compañía de la amiga de la amiga de Slavko y también, a su debido tiempo, de la compañía de esta última. Y que dormí a pierna suelta... con la puerta de mi cuarto bien cerrada y lo mismo la ventana, pero sin cometer la estupidez de poner bajo mi almohada una pistola, ni siquiera tenerla en mi cuarto. Que comí con mucho apetito en un par de establecimientos a dónde solo vamos gentes escogidas con aptitudes de *gourmet*... y que todo lo anterior lo hice convenientemente acompañado. En resumen, durante las treinta y seis horas que siguieron a mi salida de la jaula mi existencia fue de lo más convencional.

Y así pude comprobar que estaba siendo más vigilado que un jefe de Estado de ésos que oficialmente son adorados por todos sus súbditos. Discreta vigilancia casi siempre, con la lógica excepción de los subordinados de mi amigo Imperatore. Lo cierto es que no pueden pedírsele peras al olmo...

Mientras, los periódicos daban cuenta de las investigaciones para dar con el matador del *hippie*, y comunicaban, en el clásico estilo, que había sido, dejado en libertad provisional un presunto culpable. Eso hizo que no menos de cinco de esos agradabilísimos muchachos de la Prensa «negra» vinieran a conversar conmigo en distintos lugares y siempre con la misma inoportunidad. Me mostré de lo más amable con todos, dándoles mi versión del asunto con toda suerte de detalles aptos para manjar de lectoras de tal tipo de información, e incluso permití que me fotografieran, ni más ni menos que lo haría un «estrella» del cine o un *crooner* de moda. Si no desconcertaba a mis queridos amigos, a todos ellos, sería porque se mostraban muy exigentes...

—¿No puedes decirme lo que tramas, Carlos? —inquirió Slavko —. Porque toda esta publicidad se la destinas a alguien.

—Naturalmente. A quiénes nos contrataron para sacar a Kristall de Lugambara y al mayor Utanga, pero sobre todo a quienquiera que pagó a esos cuatro bigardos para que me atacaran en el callejón y luego apuñaló a uno de ellos con intenciones de cargarme el muerto. Deseo que vean de lo que es capaz una conciencia limpia de toda mácula. Pero cuanto menos sepas, menos podrás contar y menos peligro correrás.

Slavko me conoce tanto como yo a él. No insistió.

Yo esperaba que alguno de mis contrincantes realizara la próxima jugada. Y así ocurrió, treinta y seis horas justas después de mi salida de la jaula.

—El mayor Utanga quiere verle.

La invitación era clásica y estaba siendo apoyada a la manera clásica. Una pistola contra mis riñones y otra apuntándome, con silenciador, desde corta distancia, metida dentro de un paquete postal de inofensiva apariencia. Ni siquiera eran negros, sino tipos de esos que abundan en cualquier gran ciudad de la Europa occidental. Sonreí y asentí:

—También yo tengo ganas de verle a él.

CAPÍTULO V

El país del coronel Ngambi es uno de los que tienen renta per cápita más baja en el Africa negra... que ya es decir. Pero su Embajada en Roma era tan suntuosa como, pongamos por ejemplo, la de cualquier civilizado país de la Europa Oriental. También es verdad que Ngambi, como otros «estadistas» de su calaña, lo primero que habían hecho al tomar el poder era colocar fuertes sumas en divisas no menos fuertes en las consabidas cuentas cifradas de los Bancos suizos.

Utanga me esperaba en un despacho realmente suntuoso. Yo recordaba el tiempo, no tan lejano, en que aquel bicho repugnante me había limpiado los zapatos en la Rive Gauche. Ahora era un perfecto ejemplar de la emancipación de Africa negra. Su cara de sapo esbozó una de aquellas sonrisas que le eran peculiares. Vestía un traje cortado sin duda por un sastre de primera fila y tanto su camisa como su corbata eran de seda pura, de la mejor calidad. Tan sólo diez años atrás se ganaba unos francos vendiendo pornografía y llevando a los turistas y otra gente a pasar el rato con beldades de color baratas. Así es la vida...

—Volvemos a vemos, capitán Frías —fue su saludo en el «argot» de les Halles y Montmartre curiosamente entremezclado. Ni tan siquiera era capaz de hablar un francés decente aquel salvaje sádico. Me fui derecho a la mesa sin hacer caso a sus fornidos guardaespaldas y le miré a los ojos. No le gustó.

—Así parece, Utanga. Y no por mi gusto.

Vi cómo se le llenaban los ojos de odio. Pero me conocía.

—Mayor Utanga, si no le importa, capitán —dijo rasgando las palabras. Me encogí de hombros y saqué deliberadamente despacio mi pipa. Gomo ya me habían cacheado antes de entrar allí, no hicieron nada.

—Tú y yo sabemos perfectamente cuál es la situación —le dije

con incisiva blandura. El nunca iba a poder desprenderse, ante mí, de un complejo de inferioridad cuyas raíces conocíamos ambos—. Así que dejémonos de protocolos y diles a tus chacales que se larguen. No creo que desees escuchan nuestra conversación.

Estaba loco de rabia, pero tenía las manos atadas.

—Usted no parece darse cuenta de en dónde está y ante quién...

—¿Tú crees? —le contesté casi sonriendo. Y luego encendí despacio mi pipa, sin quitarle ojo, la cosa que menos le agrada. Cedió.

—Marchaos —ordenó a sus esbirros—. Pero manteneos alerta ahí fuera.

Salieron en silencio y quedamos solos. Entonces me senté. Estalló.

—¡No le di permiso...!

—Ni lo necesito. Hablemos claro... mayor Utanga. Estoy aquí no porque me hayas enviado a ese par de asesinos baratos, sino porque me convino venir. Y del mismo modo que entré, me marcharé una vez terminada nuestra conversación.

Me miró de un modo que a no estar tan seguro de mis bazas me habría hecho servirme mal, palabra. Y se echó adelante para decir:

—¿De veras...?

—Tan de veras. La única buena cualidad que te reconozco es la de ser listo, hacía falta serlo para los oficios que practicabas hace uros cuantos años. No te hablaré de la policía italiana, aunque debe constarte que el comisario Imperatore sabe dónde le aprietan los zapatos. Pero hay otras personas, mucho más importantes y fuertes que tú, o incluso que tu compinche el flamantes coronel-presidente y antiguo cabo de policía, ladrón y extorsionador, detrás de mis pasos y muy interesados en que mi salud y mi libertad sean absolutas, al menos por ahora. Te consta que ellos no iban a dejarte salirte con la tuya. Te aplastarán como a la cucaracha que eres en cuanto trates de ganarles por la mano.

Me bastaba con ver sus ojos para leerle los pensamientos. Tan sólo la consciencia de que yo decía la verdad, y las órdenes recibidas de Ngambi, le frenaban los salvajes deseos de echárseme encima. Por su gusto, me habría llevado abajo, al sótano de la flamante Embajada, para utilizar personalmente conmigo todos sus métodos de tortura, que tanta fama le habían dado.

—Si lo hubiera descubierto en Lugambara... —jadeó. Y me reí.

—Pero no lo hiciste. Ni tú ni tu compinche podíais suponerme tan a mano. Y es que sólo sois, a pesar de vuestra astucia de pillos barriobajeros y vuestra supuesta inteligencia tan bien aireada por vuestros tres periodiquillos que nadie lee y vuestras emisoras de radio controladas, un par de granujas despiadados que han sabido auparse al mando con el apoyo del terror y de una camarilla de pillos corrompidos, a más de poderoso apoyo de varias empresas blancas muy importantes. ¿Sigo hablando de lo que ambos conocemos al dedillo o entramos en tema?

Sabía que no podría conmigo jamás en tal terreno. En cualquier lugar y ocasión, yo siempre sería el amo, él mi criado. Jamás olvidaría que me limpió los zapatos por doscientos francos viejos y me ofrecía muchachitas de su raza, presuntamente vírgenes, a bajo coste. Únicamente teniéndome de veras a su merced sería capaz de desatar su salvaje ferocidad. Y el día que lo consiguiera, creo que iba a ser el mejor de su vida. Por si acaso, no pensaba darle aquella alegría.

—No hace falta —bramó—. No la hace, porque se acabaron sus días alegres, capitán. Ya está listo, voy a permitirme el gran placer de...

—Antes de que sigas, ¿por qué no te enteras de si ha vuelto a la Embajada la hija mayor de nuestro embajador?

Vaciló como si le hubiera pegado en sus chatas narices de gorila. Tragó aire, luego:

—¡No se habrá atrevido...!

—¿Y por qué no? Conociéndote, hubiera sido estúpido por mi parte no tomar precauciones antes de aceptar tu invitación.

Volvió a jadear. De repente sentíase cogido por la nariz, se daba cuenta de que yo volvía a vencerle. Echó mano a un teléfono y aulló una serie de preguntas. Su agitación era lógica, habida cuenta de que la esposa del embajador de su país en Roma era la hermana mayor del coronel Ngambi, «Salvador de la Patria», Presidente perpetuo y otros cargos no menos humildes. Ni siquiera por diez millones de esterlinas permitiría Ngambi que su sobrina predilecta muriese a los dieciséis años mal cumplidos.

Eso hizo que Utanga colgara el teléfono con otro talante.

—¿Dónde está? ¿Qué ha hecho con ella, maldito hijo de perra?

—El único hijo de perra sarnosa que hay aquí eres tú, Utanga. Te refrescaré la memoria, naciste en una choza de bálago y encima del estiércol, que sin duda se te metió en la sangre y el alma, ni siquiera conoces a tu padre, como es notorio en tu país y se comenta con regocijo por los que te tienen demasiado miedo para hablar alto.

Se me vino encima como loco. Pero yo estaba preparado. Esquivé su ataque sin mayor dificultad y de un revés lo envié contra uno de los magníficos butacones. Echó mano a la pistola...

—Si yo muero, ella morirá. Y Ngambi te hará desollar vivo antes de cocer en aceite.

No disparó. Le sobaban las ganas, pero no disparó. Se guardó la pistola de nuevo. Yo seguí fumando... sin quitarle ojo.

Doy mi palabra de que no invento esta escena, también de que no soy un racista. Muy al contrario, tengo excelentes amigos de piel negra y me honro teniéndolos. Precisamente porque uno de los tales amigos, el Presidente Kalonge, me había nombrado jefe de los asesores militares de la muy pequeña fuerza militar de su recién independizado país cuando lo asesinaron mientras dormía, es por lo que existe tanto odio entre Ngambi y Utanga, de un lado y yo de otro. Estuvo en el canto de una moneda el que hiciera fracasar su golpe de Estado después que asesinaron al Presidente con la complicidad de un puñado de granujas de su país y bien respaldados por poderosos intereses financieros del otro lado del Atlántico. Aún así les tuve en jaque seis semanas, con menos de ochocientos hombres de los que sólo treinta y dos eran blancos, sin armas pesadas ni apenas municiones, las más veces utilizando las que capturábamos a nuestros enemigos. A ellos les llegaron trescientos mercenarios contratados y espléndidamente pagados por quienes habían financiado «la Operación», carros ligeros e incluso un par de aviones de cazacombate, sin contar material de guerra en abundancia. Lo de David y Goliath fue en la Biblia. Tuve que acabar con aquello para salvar mi pellejo y el de mis hombres. De eso hacía ya seis años. Por eso, también, había aceptado ir a Lugambara.

No invento nada. ¿Para qué? Ya dije antes que a menudo la realidad es mucho más sencilla y cruel que la inventiva de los guionistas de cine. Nosotros, los mercenarios, lo sabemos.

Permanecemos en silencio un par de minutos, luego Utanga se

tranquilizó.

—Lo mataré —dijo—. Aunque sea la última cosa que haga en mi vida, le tengo que hacer gustar una por una todas las torturas, hasta que aülle pidiendo la muerte... Pero esta vez ha ganado, lo admito. ¿Dónde está la sobrina del Presidente?

—En lugar seguro. Si dentro de media hora no he salido de aquí tranquilamente, te enviarán su cabeza metida en una sombrerera, para que se la entregues a sus padres.

—Miente. Nunca se atreverá...

—¿Tú crees? Libramos una pequeña guerra hace seis años y el presidente, el verdadero, era mi amigo. Ngambi era aquella noche jefe de la guardia de palacio, él y tú fuisteis a acribillarlo a balazos mientras dormía confiado. Luego tuve a menudo ocasiones de ver cómo tratábais a mis hombres...

—¡Eran rebeldes, extranjeros vendidos...!

—¿Quieres que te parta la cara, sapo sádico? Pero no merece la pena. Acabemos de una vez, porque verte me revuelve las tripas. ¿Qué te ha mandado a ofrecerme tu compinche?

Volvió a encalmarse. Era tan codicioso como sádico.

—Sabernos por qué fue a Lugambara, por qué quería sacar de allí al llamado Jock Kristall...

¿De veras?

—Somos más inteligentes de lo, que usted opina, capitán. Mucho más. Y tenemos medios de averiguar cosas...

—Por eso tuve que llevarme a Kristall y los otros para que descubrieseis mi verdadera identidad —me burlé, haciéndole mella.

—Admito que fue muy astuto. Además, contó con ayudas, parte de las cuales ya han pagado... Usted sabe ahora dónde están los diamantes de Cardigan, díganoslo.

Volví a reírme y ni siquiera me molesté en contestarle. Sabía cómo tratarlo.

—Usted lo sabe y nosotros sabemos que están ocultos dentro de nuestro territorio nacional. Digamos dónde están y olvidaremos el pasado. Sabe que ya nunca más podrá regresar a nuestro país.

—Sé mucho más que eso —le contesté suave—. Sé que tu compinche y tú estáis sobre un volcán y que ese volcán estallará cualquier día, puede que muy pronto.

Se excitó. Buena señal.

—¡Mentira! Tenemos el poder y la fuerza...

—Los tenéis. Gobernáis por el terror y la matanza, la corrupción y la venta de las riquezas naturales de vuestra patria a los intereses financieros que un día os ayudaron. Pero últimamente habéis estado jugando a dos paños, porque la gentuza de vuestra calaña no puede ser leal por mucho tiempo. Y eso lo han descubierto vuestros antiguos valedores, cosa que no les ha gustado. En cuanto a la potencia asiática en quien pretendéis apoyaros para seguir gozando del país, es mucho menos fuerte, y está mucho menos capacitada para ayudaros, de lo que imaginasteis, pero tampoco se fía de vosotros y ha preferido tantear la posibilidad de uno de los grupos de resistencia. Ya ves que estoy muy bien enterado, Utanga. Por eso os interesan tanto esos diamantes. Sólo que...

—¿Qué?

—Que yo ignoro dónde están. Sé, sí, quién debe saberlo, pero tampoco dónde encontrar a esa persona... todavía. De ahí que quienes me encargaron sacar a Jock Kristall de Lugambara me estén dando tanta cuerda. Si fueses la mitad de inteligente que presumes lo habrías comprendido, ahorrándonos a los dos esta entrevista...

CAPÍTULO VI

Salí de la Embajada aquélla con toda calma y por mi propio pie. Ahora ya podía estar tranquilo con respecto a Utanga, no intentaría nada de momento contra mi persona, y no por falta de ganas.

Llamé desde una cabina callejera a Slavko y le dije que ya podían soltar a la hija del embajador. Yo había tomado mis precauciones, aunque, naturalmente pensara causarle a la muchacha ningún daño. Pero eso Utanga no podía saberlo.

Al terminar la conferencia me encontré con dos muchachos del comisario Imperatore. Tenían órdenes de llevarme ante él.

—Se está excediendo, Frías —me gruñó al verme—. El secuestro de personal diplomático es palabra mayor.

—No sé de qué me habla, comisario. Yo fui invitado a cierta Embajada para sostener una charla amistosa con alguien y he permanecido allí hasta que sus hombres me abordaron, como sin duda le pueden confirmar.

—¿Qué hay de la hija del embajador? Espero que no haya sufrido ni un rasguño...

—Debe estar ya en su casa tan pimpante. Un poquito excitada, puede, ya que a su edad el ser raptada por un apuesto galán blanco, que se ha comportado de modo muy romántico, por fuerza ha de resultar fascinador. Pero ni tan siquiera su virtud debe haber peligrado, estoy seguro. Corre muchos más riesgos a diario en las calles romanas, comisario.

Meneó la cabeza, sin quitarme ojo.

—Debí suponer que se cubriría las espaldas. ¿Quién lo hizo, su amigo Slavko Narishine?

—Pobre Slavko... La verdad, comisario, creo que él está pasándolo muy bien con cierta danesa amiga suya, no lo meta en esto. A propósito, ¿qué hay del *hippie* asesinado?

¿Halló a su matador?

—Casi. Tenemos pistas. ¿Qué le quería Utanga? ¿Los diamantes Cardigan?

Este gordo astuto... Siempre sabe más de lo que aparenta. Sonreía para ocultarle mi sobresalto.

—¿Diamantes Cardigan? Oiga, comisario, va de broma, ¿verdad?

—Sí, de broma, sin duda. Pero ocurre que alguien tiene la curiosa idea de que usted es la única persona viva que en la actualidad conoce el paradero de esos diamantes robados. Claro que es fantástico...

—Del todo fantástico —me sonreí de dientes afuera—. Aparte de que tengo entendido que esos diamantes pertenecieron a una empresa surafricano-inglesa y, en la actualidad, deben ser propiedad legal de las firmas de seguros que cubrieron y después pagaron el de esas piedras. Si no me falla la memoria no hay entre ellas ninguna italiana.

—Ninguna. Pero la Interpol no ha echado ese asunto al saco de los muertos. ¿Cuánto valen esos diamantes, Frías? ¿Diez o doce millones de libras esterlinas?

—No tengo idea. Pero imagino que es un cebo lo bastante grande para tentar a cualquier clase de tiburones. Y yo sólo soy uno muy pequeño.

—No tan pequeño... y no tan inofensivo —me contestó halagando mi vanidad—. Bien, márchese. Pero tenga mucho cuidado con lo que hace.

—Eso ya me lo dijo anteayer —repuse, levantándome. Y salí a la calle de nuevo en la mejor de las condiciones físicas... pero preguntándome quién diablos, y por qué razones, habría «soplado» a la policía italiana el asunto.

Dos horas más tarde fui a sentarme a un velador vacío en la terraza de uno de los antros de Vía Véneto. Era la hora en que más bullanga había por allí y aquél resultaba el último lugar donde nadie podría buscar a nadie para tratar con discreción asuntos de importancia.

El profesor Guariglia estaba sentado al lado opuesto de la calle, en otra de aquellas terrazas y al parecer embebido en la lectura de un libro de arte. Sólo también.

Pedí un coñac francés y encendí mi pipa despacio. Luego comencé a hablar.

—¿Tienes nueva información?

—Sí. ¿Qué tal te ha ido en la Embajada y la Comisaría?

—Bien en ambos lugares. Le pisé los nudillos a Utanga y se lo tuvo que aguantar.

—No te fíes.

—No lo hago. Dame tus informes.

—El coronel Hendricks acaba de llegar a Roma. Al *hippie* lo asesinaron para cargarte su muerte y quitarte de en medio. Aún no logré averiguar quién lo ordenó, pero tengo la identidad del asesino. Se llama Kostas y es griego, tal vez eso te diga algo.

—¿Spiros?

—No parece tener Sentido. O tal vez sí lo tenga. Spiros Tanakis es de la clase de tipos que opinan siempre que es mejor quedarse con todo el botín.

—Para eso tendría que saber dónde está. Y no creo que lo sepa. Yo mismo lo ignoro. A propósito, alguien le ha «soplado» a la policía italiana lo de los diamantes, Imperatore me lo dijo. ¿Quién pudo hacerlo?

—No tengo la menor idea.

—Averígualo. Esto se está complicando demasiado.

—Seguro. Te guardo una estupenda sorpresa.

—¿Cuál?

—Vete a un quiosco y compra la revista *Modes*, de Londres. Repásala con cuidado, hay algo que te va a gustar.

Sí, Guariglia se encontraba al otro lado de una calle por donde circulaban sin cesar los vehículos, los ruidosos vehículos italianos. Tanto a su alrededor como al mío había un barullo de gentes no menos ruidosas. Sin embargo podíamos sostener tranquilamente tal conversación en tono bajo, sin llamar la atención de nadie, ni aún de quiénes me espiaban muy atentamente.

Maravillas de la electrónica. Simplemente, un micro-receptor incrustado en mi, oído derecho, un micro-transmisor oculto en el nudo de mi corbata y un hilo de conexión entre ambos, no mucho más grueso que un cabello de mujer morena, pegado a la piel de mi cuello y cubierto con una suave capa de maquillaje. Ni mirándome muy de cerca podían descubrirlo, sin contar con que nadie iba a mirarme tan de cerca. Por lo demás, sé hablar moviendo los labios apenas.

Terminé mi consumición, pagué, me levanté y me di a pasear tranquilamente, incluso cambiando algún que otro saludo y rechazando alguna que otra promisorio sonrisa. Bastantes de aquellas gentes me sabían implicado en un homicidio muy reciente y eso me prestaba una aureola fascinante, sobre todo para las mujeres. Por mi parte, gocé de aquella popularidad. Mis espías iban a tener en qué pensar.

Finalmente, me acerqué a un quiosco y pedí el último número de *Modes*. Con él bajo el brazo y a paso de rentista fui a sentarme a otra terraza de cafetería, pedí otro coñac, encendí mi pipa y comencé a repasar, sin prisas, la revista.

Cualquiera, al verme, debió pensar que yo era un invertido o uno de esos tipos morbosos con taras mentales de tipo sexual. Porque me detuve en cada página desde la primera y todas ellas estaban ocupadas por anuncios de dos únicas prendas interiores femeninas, una de ellas ya en bastante desuso y la otra, por lo que sé, en vías también de desaparición. Realmente se trataba de una variadísima colección de esqueléticas sílfides casi desnudas, poco menos que desnudas, desnudas, a medio desnudar... ofreciendo clamorosamente todas las delicias del erotismo más vulgar a las felices poseedores de las miniprendas llenas de encajes y agujeros que se vendían a precios de lo más razonables... para la economía de los vendedores. A creer a los fabricantes de tales anuncios, el mundo viril está formado por una inmensidad de cretinos tarados sexuales para quiénes lo único realmente importante, a la hora de la verdad, es la calidad y cantidad de agujeros y encajes de las tales prendas y no los encantos personales de sus poseedoras. Palabra que me divertí un rato con toda aquella pornografía publicitaria para pasto de mentes poco desarrolladas.

Y de pronto, en la decimocuarta página, la bomba explotó en mis narices.

Estaba debajo de un esplendoroso anuncio de sujetador «todo visible», a todo color y en cinemascopio, que habría hecho las delicias de un censor de los que aún se gastan en algunos países. Palabras que ahora yo comprendía el porqué del gran aumento de ventas de revistas ilustradas femeninas en el mío de origen...

Al grano. Allí lo tenía, el nombre que desde semanas atrás no se apartaba de mi pensamiento. Leslie Sinclair...

LAS ÚLTIMAS FANTASIAS EROTICO Suntuarias de la moda europea,
por LESLIE SINCLAIR.

Así que Leslie Sinclair, mi misterioso Leslie Sinclair, se dedicaba a desvelar fantasías erótico-suntuarias para las señoras y señoritas de la Europa occidental... en las páginas de un conocidísimo y al parecer compradísimo semanario ilustrado. Increíble...

Me tragué todo aquel informe para aumentar mis conocimientos en la materia, luego pagué, me puse la revista bajo el brazo y me alejé de allí, camino de mi alojamiento. Por el camino entré a tomar una copa en un bar, cogí el teléfono y llamé a Guariglia.

—Me voy a Londres inmediatamente. ¿Puedes adquirirme un billete de avión?

Guariglia podía hacer aquello y mucho más. Colgué y llamé a Slavko. Por lo menos había aumentado en tres el censo de parroquianos del local y les sabía atentos a mis labios. Podían llevar también «chivatos» en miniatura, desde luego alguno de ellos sería capaz de aprenderse de memoria el número que yo marcara por el ruido del disco.

Así que hablé en *swahili*.

—Slavko, me voy a Londres. Quédate un par de días y luego ven, hallarás noticias mías en la página de «varios» del *Times*, al modo usual.

—¿Crees que podrás abandonar Italia? Estás en libertad provisional...

No lo estaré por mucho tiempo.

Volví a colgar y ahora hablé en italiano correcto.

—Con el comisario Imperatore, soy Carlos Frías. Hola, comisario. Tengo un buen informe para usted. Cace a un griego llamado Miklos Kostas, se aloja en una pensión de Vía Riccioli. Pregúntele quién le pagó, y cuánto, por apuñalar al *hippie* de marras...

Cuando abandoné aquel bar vi por el rabillo del ojo cómo uno de mis espías iba a tomar el teléfono. Los otros dos vinieron a mi zaga.

Me fui a mi alojamiento y me puse a hacer el equipaje. Media hora más tarde tuve la llamada que esperaba.

—Listo. Donde sabes.

Si tenían intervenido el teléfono del hotel, que lo dudaba, poco

iban a averiguar.

No habían pasado cinco minutos, y me disponía a salir, cuando llamaron a la puerta.

Fue a abrir y me encontré a mi antiguo jefe, el coronel Hendricks.

Venía como siempre y como siempre fue directo al grano.

—¿Abandona Roma, Frías?

—Así parece. Lástima, porque sin duda usted acaba de llegar, ¿verdad?

—¿A dónde va?

—Todavía lo ignoro. Pero como debe saber, el aire de Roma se ha vuelto un poco demasiado irrespirable para mí.

—Quiero que me diga con quién está en contacto, Frías. Y no se haga de nuevas, me conoce lo suficiente para saber que no me gusta perder el tiempo.

—También usted a mí, coronel. No sé de qué me habla.

—Los diamantes de Cardigan. Usted le sonsacó a Jock Kristall y luego lo mató... —¿Quién le ha hecho creer esa estupidez?

—Quien tiene motivos para saberlo. Está jugando con dinamita, Frías.

—Estoy acostumbrado. De modo que ahora, aceptan como socios a tipos de la calaña de Utanga...

—Usted sabe que lo importante es el fin, no los medios. ¿Va a colaborar, sí o no, con nosotros? Piénselo antes de contestar.

Me puse a cargar mi pipa despacio. Hendricks no habría dado aquel paso sin muy buenas razones.

—Antes dígame quiénes componen el consorcio... si puede hacerlo.

—Eso no le importa. Traigo una oferta que si es sensato aceptará.

—¿Qué oferta?

—Un cuarto de millón de libras esterlinas, a su nombre, en cuenta cifrada del Banco que elija. Contra el informe que deseamos.

—O sea, que multiplican por diez el precio...

—Esta vez usted tiene la información. La anterior, sólo era un intermediario.

—Ajá... ¿Y si rechazo su oferta?

Endureció la voz y el gesto.

—Lo va a pasar muy mal, se lo aseguro.

Sonreí.

Hizo una mueca. Y cambió de táctica. Es duro y astuto, pero no más que yo.

—Escúcheme, Frías, y sea sensato. Un cuarto de millón es mucho dinero, tómelo, denos el informe y sálgase de esto.

Le apunté con la pipa al pecho.

—Escúcheme, coronel. La información que ahora puedo darles no vale ni siquiera ese cuarto de millón, yo no sé dónde están los diamantes con una aproximación menor de un radio de cien millas. Tampoco maté a Jock Kristall, ni él tuvo tiempo de decirme nada en concreto. Habló, sí, de los diamantes, y dio una fecha... que por ahora me callaré. Eso es todo y créame, no vale su oferta. Pero si consigo llegar hasta los diamantes un cuarto de millón me parece muy poco, a decir verdad. Vaya, pues, a ver a sus socios y dígales de mi parte que me dejen en paz, como hasta ahora, con mis indagaciones. Cuando lo considere oportuno ya les avisaré. Entonces tal vez podamos tratar de este negocio... sobre la base de un millón para mí, con las debidas garantías.

Me escuchaba muy atentamente, fruncido el entrecejo.

—Usted siempre gustó de jugar fuerte. Frías —gruñó—. Vaya con cuidado, no lleve demasiado lejos su osadía y su autovaloración.

—Le consta cuán prudente suelo ser en mi audacia, coronel. Otra cosa, yo no trato con amigos de Ngambi y de Utanga. O ellos o yo.

—Tonterías. Sé que detesta a ese par de negros, pero son como todos. Y...

Se detuvo, pero yo le completé la frase.

—Continúe. Y cuando dejen de serles útiles los eliminarán. Nada tengo que oponer a eso, coronel; pero en mi opinión hay negros y negros. Ya sé que difiere de la suya. ¿Pasará mi respuesta, íntegra, a sus socios?

—Lo haré.

—Pues añádales que me sirvan de ángel tutelar. Alguien más que ustedes y Ngambi anda detrás de los diamantes, con la salvedad de que él, o ellos, no me necesitan, al parecer, y sí prefieren quitarme de en medio para que no estorbe. Ignoro su identidad,

averígüenla si pueden.

Iba a contestarme cuando llamaron a la puerta de un modo inconfundible. Miré a Hendricks y añadí, sonriendo:

—Vaya, aquí tenemos a la policía...

CAPÍTULO VII

En efecto, era Imperatore con un par de sus muchachos. Miró a Hendricks, a quien no pareció hacerle gracia su aparición, a mí, a mis maletas y a mí de nuevo.

—¿Cambia de residencia, Frías?

—Eso me propongo. Le presento al coronel Hendricks, un viejo amigo. Precisamente vino a despedirme y desearme buen viaje.

—Ya nos conocemos.

—Y yo ya me iba. Hasta la vista, Frías. Buenos días, comisario.

Imperatore le dejó marchar sin más. Luego cruzó los brazos sobre el pecho y me miró a los ojos.

—¿A dónde piensa irse, Frías?

—Con su permiso, a la vieja Inglaterra. ¿Atrapó a Kostas?

—Ya lo tengo en la jaula. Hirió a uno de mis hombres, estaba a punto de escabullirse cuando llegamos, acababan de avisarle por teléfono al parecer. ¿Quién le dijo que era el asesino?

—Un pajarito de Vía Véneto. Ya sabe, allí se reúne de todo.

—Seguro. ¿Desde cuándo le interesaba la moda femenina británica, Frías?

Sonreí ampliamente.

—Desde siempre, comisario. Soy un fervoroso admirador de la mujer y ya sabe, con ellas no se va a ninguna parte no estando bien al tanto de sus últimas modas. A propósito, le aconsejo la lectura de los «magazines» femeninos, son de lo más estimulantes.

—Ya no tengo edad ni ganas de tales estímulos —gruñó—. ¿En qué se marcha, en avión?

—Ésa es mi idea. Claro que contando con su benevolencia. ¿Sigo en libertad vigilada?

—Váyase al diablo. O mejor dicho, váyase a Inglaterra. Pero si desea poder entrar de nuevo en Italia, procure estar a mano por si lo necesito.

—Le enviaré postales de colores desde todas las poblaciones donde me encuentre.

¿Qué prefiere, vistas clásicas o muchachas ligeras de ropa?

Me respondió en rotundo romano. Gran persona...

Tomé el avión para Londres cinco horas más tarde y sin ninguna complicación. Tal vez debióse a la presencia del comisario Imperatore en Fiumicino. Tuve suerte, además, porque una hora después se iniciaba en Roma la huelga general de los transportes, los empleados de la limpieza, los maestros de primera enseñanza, los empleados de teléfonos, los curas contestatarios y las secretarias de dirección. El caos...

Tuve suerte, además, en que precisamente en el asiento al otro lado del pasillo iba acomodada la más espléndida pelirroja que hayan nunca visto mis ojos pecadores, una de esas mujeres que son capaces de volver loco a un santo. Debía andar entré los veinticinco y los treinta años, juraría que algo más hacia la treintena, vestía con sobria distinción y poseía unas piernas antológicas, un busto como a mí me agradan y unas manos largas, bellas sobre toda ponderación. El cabello era rojo dorado, espeso y brillante, tenía pecas en la frente y la nariz, el resto de la tez suavemente tostada y finísima, los ojos del color de las mejores esmeraldas, una boca tentadora y voluntariosa, con una clara nota irónica en las comisuras, la nariz afilada y el mentón engañosamente redondo. Acuella era una tigresa difícil de domar, a no dudarlo.

Ella me favoreció con ese tipo de examen a la vez audaz y discreto que sólo saben realizar las mujeres muy seguras de sí mismas y muy habituadas a moverse por el mundo. Llevaba sobre los muslos una de esas maletas de negocios modernas, en tono claro, y fumaba, no demasiado, con soltura. Se hizo la desentendida muy pronto, aunque yo sabía que se daba clara cuenta de mi admiración.

Calculé que al menos debía llevar conmigo a dos de mis «sombras», pero no me preocupé por ellos, no merecía la pena. Ni siquiera para, eliminarme iba nadie, ahora, a dar la nota a bordo del moderno superreactor. Así, pude dedicar mi ocio y mis pensamientos a redondear planes para el futuro, mis ojos a gozar estéticamente con la contemplación de los muchos encantos de mi compañera de viaje.

Tras una corta escala técnica en Orly, donde descendió la pelirroja de mis regodeos mentales, con harta pena mía, y subieron entre otros un matrimonio inglés de mediana edad que ocuparon aquél sitio y dos tipos a todas luces interesados en mi persona, remontamos el vuelo...

Londres nos acogió como de costumbre. Y, como de costumbre, al echarle una ojeada a mi pasaporte me hicieron pasar a la consabida habitación donde un correcto, frío y nada amistoso funcionario del Servicio de Inmigración, en compañía de un inspector de policía no menos correcto, frío e inamistoso, se mostraron de lo más interesados por conocer los motivos de mi visita a su país.

—Traigo conmigo ochocientos dólares americanos, seiscientos doce francos suizos y ciento diez libras esterlinas. Mi único propósito consiste en aumentar las reservas de divisas de este país tan acogedor y lleno de democráticas esencias, gastándome mi dinero en él mientras tomo unas breves vacaciones. ¿Existe alguna ley que lo prohíba?

Como no la había, me dejaron pasar, no sin hacerme las consabidas advertencias.

—Conocemos su fama, Frías. Y ya tenemos aquí suficientes problemas sin necesidad de que venga a aumentárnoslos. Si hace algo que no nos guste lo expulsaremos inmediatamente.

Les di las gracias por su amabilidad, salí, fui a la parada de taxis y tomé justo el séptimo de la fila. El siete es número que me agrada. Naturalmente los seis de delante tomaron a mal mi preferencia, pero no les hice caso y acallé la objeción del mío con un billete de diez chelines.

—Soy un caprichoso —le dije—. De modo que lléveme sin ninguna prisa al Embankment y ya le diré dónde debe dejarme.

Así pude comprobar que me seguían por lo menos dos de aquellos taxis cuyos conductores llevaron muy a mal mi preferencia. El mío también lo notó.

—Oiga, no quiero problemas...

Dichoso mundo éste, donde nadie quiere problemas y para evitárselos se pasan la vida complicándosela con toda clase de ellos. Tranquilicé a mi taxista y finalmente le di la dirección de un pequeño y tranquilo hotel del Embankment, donde suelo alojarme

cuando estoy en Londres.

Allí se me conoce y soy siempre bien recibido porque dejo buenas propinas y porque, opinan ellos, soy un *gentlemen*. Obtuve una habitación sin dificultades y apenas me vi en ella tomé el teléfono, solicitando un número determinado que llevaba anotado en mi agenda.

Me contestó una voz femenina totalmente impersonal.

—Quisiera hablar con el señor Sinclair, Leslie Sinclair —pedí. Hubo una pausa y luego la voz inquirió, algo risueña, si yo conocía a Sinclair.

—No, desde luego —admití—. ¿Por qué razón la pregunta?

—Me lo figuraba. Leslie Sinclair no es un hombre, sino una mujer... Y no está ahora en Londres.

Yo debería haber pensado en ello. Esos condenados ingleses, tan amantes de la ambigüedad en todo... No en balde han sido los primeros en legalizar las uniones homosexuales. Leslie, en Inglaterra, es tanto nombre de varón como de mujer. Y lírico, en un corresponsal de revista femenina tan enterado como él de intimidades femeninas... que en vez de «él» fuese «ella».

Pero eso volvía el revés todos los planteamientos del negocio. Si Leslie Sinclair era una mujer, una redactora de modas femeninas... ¿qué rayos tenía que ver con un tipo como Jock Kristall y con el robo de los diamantes Cardigan?

Dejando el teléfono tras agradecerle a mi informadora sus informes fui a cargar mi pipa y me senté a reflexionar. ¿Por qué no me lo había dicho Guariglia? Debía saberlo, el muy...

Una mujer... Algún marimacho asexual, virago patón y mal vestido, de los que tanto abundaban en las Islas... Otra cosa no podía ser, desde luego. Bien, tenía tiempo para comprobarlo, llegarme a ella y tratar de averiguar cuál era su conexión con Kristall y los diamantes Cardigan. Me quedaban todavía seis semanas...

Ahora que ya la tenía localizada, ni tan siquiera era cosa de apresurarme a conectar con ella. No, en vez de eso iba a dedicarme a enredar mi pista y las cosas de tal modo que ni el mismo diablo pudiera sospechar quién era realmente la persona a quién vine buscando. Me sobraba tiempo y la situación incluso resultaba divertida.

No hice absolutamente nada sino deambular, gozar de la vida y sus encantos... y poner un par de sendos avisos a Slavko y Guariglia, a más de mandarle una postal de Westminster, con una despampanante rubia de paños menos que menores en primer piano, al comisario Imperatore. Que tascaran el freno...

Sin duda lo tascaban, pero sin duda, también, de muy mala gana, dándose cuenta de cuál era mi juego. Hendricks apareció al quinto día de mi llegada a Londres con aún menos amistosidad que en Roma.

—No lleve demasiado lejos el juego, Frías. No estamos dispuestos a servirle de comparsas por mucho tiempo.

—Todo el que sea necesario, coronel, lo sabe tan bien como yo. A propósito, ¿ya conocen al, o a los que tienen tanto interés en quitarme de en medio?

—Son muchos. Y serán demasiados para usted.

Como información no estaba mal. Guariglia, según él, tampoco había podido identificarlos. De todas formas aquélla no era su tarea ya.

Un soldado de fortuna tiene amigos y enemigos por todas partes, al menos en todos aquellos países y ciudades donde su asandereada vida lo ha llevado. Eso me sucedía en Londres. Aquí, mi amigo se llamaba Donald y sólo tenía con el famoso pato en común carácter; por lo demás, era dueño de una tienda de antigüedades cerca de Regent Street y de un negocio legal de apuestas, muy floreciente. Le visité so pretexto de jugarle unas libras al presunto ganador del Grand National.

—Sabía que vendrías —me dijo al estrecharme la mano—. Estás metido en un lío gordo, ¿verdad?

—De lo más gordo. Y necesito ayuda. ¿Me la puedes prestar?

—¿Cuánto voy a ganar?

—Si todo sale bien, podrías sacarte veinte mil libras Si sale mal no tendrás nada que reprocharme.

—De acuerdo. Para comenzar, le han puesto precio a tu pellejo. Exactamente vales veinticinco mil. Pero la cosa no parece correr prisa, quienes deben liquidarte han de esperar que se les de la orden. Puedo decirte los nombres del que ha recibido el encargo y señalarte quiénes probablemente se encargarán de ejecutarlo, pero no tengo la menor idea sobre quién paga. Otra cosa, Scotland Yard

tiene órdenes de vigilarte muy de cerca pero sin molestarte ni interferir tus movimientos por ahora, sólo tomar nota de cada uno de tus pasos. Y luego, el mayor Utanga, un tipo al que sin duda conoces muy bien, acaba de llegar a Londres. Por lo menos cinco de sus verdugos, con pasaporte diplomático, están en la ciudad y detrás de tu pista. Si fuese capaz de llorar Carlos, lloraría por ti...

CAPÍTULO VIII

Yo tampoco sé llorar y, desde luego, no sentía ningún deseo de ponerme a imitar a Jeremías. De sobras sabía que mi única, si efectiva, defensa consistía en el hecho de que, salvo uno, todos mis contrincantes me consideraban en posesión del dato clave acerca del punto dónde se hallaban los diamantes y jugando ahora al ratón y el gato para ganar tiempo. La incógnita estribaba en aquél que tenía al parecer un interés totalmente opuesto al de los demás. Tan sólo una razón podía haber para que deseara eliminarme. Me creía en posesión del secreto y no deseaba que se lo transmitiera a otros...

¿Por qué? Sólo cabían dos respuestas. No le convenía, porque él también conocía tal secreto... o porque por alguna razón prefería que los diamantes se quedaran dónde estaban.

Me las arreglé para transmitir tal sugerencia a Guariglia, que permanecía, en Roma tranquilo y satisfecho de la vida, como siempre. Y al día siguiente me llevé una sorpresa de órdago.

Yo había planeado el modo de relacionarme con la señorita Leslie Sinclair de modo que no despertara las sospechas de nadie y seguía teniendo una opinión bastante mala acerca de su persona y su físico. Probablemente en pasados tiempos sería el amor de Jock Kristall, lo cual le daba una edad no muy inferior a los cuarenta. Se me había metido, no sé por qué, en la sesera la idea de que tendría que vérmelas con una solterona inglesa típica...

Si lo cuento tal como sucedió no me van a creer Pero quienes vivimos a salto de mata, azarosamente por este apasionante mundo, sabemos cuán a menudo la vida, nuestra o de cualquiera, está regida por el absurdo y el azar. Aparentes, claro.

El caso es que fui aparatosamente atropellado, yo, Carlos Frías, *condottiero* notorio, veterano de dos docenas de conflictos bélicos y cien arriesgadas aventuras, siempre alerta, ágil como un gato

montés y en plena posesión de todas mis facultades físicas y mentales, fui atropellado tan estúpidamente como podría serlo cualquier atareado oficinista. Y además, en un lugar tan desconsideradamente absurdo como *Charing Cross*.

En mi descargo, debo decir que no me habría atropellado jamás un potente automóvil deportivo, o un «Rolls» manejado por uno de esos bandidos de película en una de esas calles amplias o estrechas, pero solitarias, donde esas cosas suceden y no sólo en las películas. Pero lo hizo un coquetón «Morris» especial, pintado de verde jugoso y brillante, en un lugar donde no hay forma de ir a más de quince millas-hora, en pleno paso de cebrá y a las diez de una mañana clara e insólitamente bella del verano inglés, casi delante de las narices de un ejemplar de esa ejemplarísima institución londinense, británica, que es el «Bobby».

Yo iba cruzando la calzada y los vehículos estaban detenidos en su casi totalidad. Todos menos el condenado «Morris», que asomó el morro justo cuando yo pasaba y me atizó un topetazo de órdago, al tiempo que su conductora frenaba en seco.

Mis reflejos son óptimos. En una fracción de segundo imaginé el accidente preparado, miré hacia mi agresor, descubrí su cara, me quedé sin aliento y se me olvidó saltar, con lo cual no me escapé del porrazo. Fui a parar, sentado en ridícula postura, a tres metros de distancia y sólo mi entrenamiento me libró de males mayores.

El agente de policía se apresuró a ayudarme y ochocientos cincuenta y cuatro seres mezquinos, vulgares, indiferentes, siguieron su camino o se quedaron donde estaban sin más que, a lo sumo, una ojeada de vaga curiosidad, pues así está hoy configurada la vida de las grandes urbes. Ni uno solo de ellos advirtió que acababa de producirse el milagro. Tenían ojos de topo.

Yo no. Y estaba ya olvidado del porrazo, bendiciendo mi buena fortuna. Porque quien acababa de atropellarme era nada menos que la estupenda pelirroja del avión de Roma, la que se quedó en Orly.

Había sido reconocerla lo que me cortó la reacción de autodefensa. Ella debió reconocerme también, el caso era que ahora había salido del coche y venía en mi ayuda con la expresión exacta que ponen las mujeres guapas que acaban de atropellar a un pacífico ciudadano y puede resumirse en esto, poco más o menos: «¡Santo Dios, pobre hombre! ¿Pero cómo ha podido ir a ponerse

delante de mi automóvil sin fijarse?».

Yo me estaba fijando muy bien en ella y lamentando que llevara esos malditos pantalones supuestamente varoniles que a tantas sirven para disimular la fealdad de sus piernas. En ella era una herejía aunque le sentaran maravillosamente. Lucía además una casaca a la moda última sobre sugestiva blusa de seda natural y una colección de bisutería cara colgando de su hermoso cuello sobre su aún más hermoso busto. Yo era un hombre de suerte, sin lugar a dudas.

No lo sabía bien... Mi bella desconocida miróme con una mezcla de disculpa, reproche, reconocimiento y conmiseración, luego me preguntó por mi estado actual.

—Beatífico —le contesté, haciéndole parpadear y fruncir las aletas de la nariz de modo muy expresivo. Me incorporé con la ayuda del policía, que sacó su carnet de notas y miró a mí atacante todo lo severo que un agente de la ley, por muy británico que sea, puede mirar a una beldad esplendorosa.

—Usted se mostró imprudente, señorita. Debe saber que el paso de cebra requiere prioridad para los peatones.

—Eso me dijeron en España —le contestó ella con humildad—. Pero sucede que iba preocupada, con prisa...

—No la exime de sus responsabilidades. Su licencia de conducir y su nombre, por favor.

—En seguida, agente. No trato de eludir responsabilidades, créame. Mi nombre es Leslie Sinclair, soy redactora de la revista *Modes*. Aquí tiene mi licencia.

Palabra que no brinqué, canté y di volteretas porque estoy muy avezado a las sorpresas. ¿Yo había pensado ser un tipo con suerte? Era más que eso...

—Oiga, agente —intervine con cara de circunstancias—. La verdad es que también yo iba distraído y que no creo haber recibido lesiones importantes. Si la señorita accede a llevarme a la clínica más próxima que le coja de camino, por mi parte no deseo presentar ninguna reclamación.

El agente se hizo cargo. Era natural. Leslie Sinclair me envolvió en una mirada bastante suspicaz, luego sonrió.

—Es usted muy amable, señor...

—Carlos Frías. Sólo estoy tratando de ser justo, señorita Sinclair.

Me pareció que algo destellaba en sus brujas pupilas, pero tal vez fuese ilusión mía.

Volvió a sonreír y aseguró que con mucho gusto me llevaría a la clínica. El agente mostróse de lo más comprensivo, nos admonizó a ambos para que por la calle olvidásemos nuestras preocupaciones y nos dejó partir.

Me acomodé como pude en aquel pequeño estuche de belleza y contesté con una mueca a la pregunta de mi acompañante.

—Me duelen un per de huesos, pero no creo que sea nada serio. La verdad es que al reconocerla me aturdió la sorpresa. Fuimos compañeros de viaje hace días, desde Roma a París, ¿se acuerda?

—Sí. También a mí me sorprendió. No suelo ser tan descuidada conduciendo, créame.

Y lo siento muy de veras, señor Frías.

—Yo no tanto. Puesto a ser atropellado, sin duda serlo por usted es una gran ventaja. Me miró de reojo, con frialdad.

—Español, ¿verdad?

Puse cara inocente. La verdad es que no he vuelto por mi patria desde los diecisiete años. Y desde luego no soy un celtíbero clásico.

—¿En qué se me nota? —En el modo de anudarse la corbata— repuso demostrando gran sentido del humor. —Aquí cerca hay una clínica, espero que no le encuentren ninguna lesión seria.

—Naturalmente. Soy un ser civilizado.

Yo estaba pensando en que ni el más suspicaz de mis espías iba a poder imaginarse que el atropello había sido premeditado para ponerme en contacto con la única persona del mundo que podía llevarme hasta los diamantes Cardigan. ¿Qué diablos tendría que ver esta maravillosa beldad, experta en moda femenina, con Jock Kristall y con los diamantes? Muchas cosas raras y desconcertantes he visto en mi vida aventurera, pero aquélla las sobrepasaba...

Ahora todo lo que tenía que hacer era seguir el camino trillado de la más vulgar y conocida forma. A nadie podría extrañarle el que, con todos mis problemas y preocupaciones, un tipo de mi casta dedicara parte de su tiempo a cortejar a tan hermosa mujer como la que el mismísimo Destino le ponía al alcance de su hombría. Y a ella tampoco, naturalmente.

Ella parecía estar tomándome por un donjuán ibérico bastante aceptable. Me llevó a la clínica e insistió en esperar el resultado del

examen médico.

—Quiero marcharme tranquila, señor Frías. Telefonaré desde aquí a la redacción explicándoles lo sucedido.

Miel sobre hojuelas.

Me miraron por Rayos X concienzudamente, pero sólo me encontraron las cicatrices de mis entonces catorce heridas de diversa gravedad, aparte media docena de escoriaciones y moretones provocados por el accidente.

—Para un hombre como usted, señor Frías, parece ser por todas esas cicatrices, lo ocurrido es cosa de juego. En veinticuatro horas estará bien.

—Hágame un favor. No se lo diga a mi atropelladora, déjele suponer que tengo al menos para una semana.

Sonrió, se hizo cargo y le dijo a Leslie Sinclair que yo había recibido un par de fuertes contusiones y una ligera herida.

—No son nada serio, pero tardarán cuatro o cinco días en curar.

Leslie Sinclair le dijo que enviara su factura a la revista y al salir me miró a los ojos.

—¿Dónde vive? Le llevaré a su domicilio.

—No merece la pena. Prefiero que me acompañe a tomar una copa.

—Tengo mucho trabajo, señor Frías...

—Y me ha atropellado, causándome lesiones. Según las leyes de este país me asiste el derecho a una indemnización. ¿Por qué no lo discutimos mientras tomamos ese trago?

Me dio la impresión de que no la disgustaba del todo el juego pero también de estar segura de dominarme. Bueno eso me convenía.

—De acuerdo. ¿Cuál es su sitio preferido?

—El suyo.

Esbozó una enigmática sonrisa y caminó hacia su automóvil. Me di cuenta de que había dos taxis y otros tantos vehículos privados estacionados cerca, con ocupantes en su interior. Bien, aquello marchaba...

Poco después, Leslie me dio la primera señal de sus grandes facultades de observación y deductivas.

—Usted debe ser muy importante o muy peligroso, señor Frías.

Volví a poner cara de inocencia.

—¿Qué la lleva a suponer tal cosa?

—Al menos están siguiéndonos un taxi y un coche privado. Han esperado su salida de la clínica. Y ya antes nos siguieron hasta allí.

CAPÍTULO IX

Tengo mis modos de actuar. Y mis corazonadas. Ahora saqué la pipa y me dispuse a cargarla despacio. La verdad, me dolían los golpes recibidos ya muy poco y toda mi sangre hervía de sana excitación.

—Es buena observadora —dije blandamente—. Pero se quedó corta por la mitad. Son cuatro nuestros seguidores.

Volvió a mirar de reojo.

—¿Qué clase de bicho es usted?

Me gustó su modo de abordar el tema.

—Digamos sus dos suposiciones. Importante para algunos, peligrosos para otros. ¿Preocupada?

—No demasiado. ¿Está tratando de ganar puntos? No me diga que se tiró adrede al paso de mi coche.

—Usted sabe que no. Y confío en que ellos también lo crean. Porque espero verla muy a menudo en adelante.

Hizo uno de sus expresivos mohines.

—Va muy aprisa. Pero yo también me muevo mucho, señor Frías. Y no me interesa el papel de heroína de película de espías y ladrones.

—Lástima, porque da el tipo como pocas.

Calló y yo me puse a encender la pipa despacio. El juego era de lo más excitante. Por el retrovisor podía ver de *vez en* cuando a alguno de mis espías, inefablemente dedicados a justificar sus sueldos. La vida valía la pena de ser vivida...

Leslie me condujo a uno de esos locales que hay cerca de Charing Cross, favoritos de esa fauna internacional variopinta donde hay de todo y, sobre todo, un continuo exhibicionismo. No me gustan esos fantoches amorfos y amorales cuyo único móvil parece ser el de destacar a toda costa y en lo que sea, pero acompañando a Leslie Sinclair yo iba a gusto incluso a una convención de

sufragistas. Desde luego, allí dentro yo encajaba tanto como un tigre en una asamblea de pavos reales. Leslie me lo hizo notar con suave ironía.

—No debí traerle. Temo que los habituales no han visto nunca de cerca, a un tipo como usted y eso acaso le acarree complicaciones suplementarias.

Les sostuve la mirada. Estaba burlándose de mí, pero también la complacía el juego. Y había algo más, que yo iba a averiguar.

—¿De veras que uno de éstos... o ésas, podría complicarme la vida?

Se demoró en la respuesta. Y habló pausada.

—No. Usted me causa la impresión de ser muy duro. ¿Agente secreto?

—Menos melodramático. Soldado de fortuna.

—¿Eso es menos melodramático?

—Para mí, sí. Es un oficio como otro cualquiera. Y aún desconozco el suyo.

—Periodista. De modas.

—Eso sí que es terrible. ¿De qué vamos a poder hablar?

—Supongo que de toda la gama de asuntos que van desde la maxifalda hasta las bombas de «napalm». Pero no habrá ocasión.

—¿Por qué?

—Porque yo tengo mi trabajo y usted el suyo, totalmente antipódicos. Tomaremos juntos esta copa y luego nos separaremos como buenos amigos... a no ser que desee tragarse una sesión de tres horas de moda masculina. De anticipo que allí no hallará ni a un solo hombre normal.

Tomé un sorbo de mi bebida. Nuestros vigilantes habían entrado y estaban tratando de pasar desapercibidos con tanto éxito como yo mismo.

—¿Se ha dado cuenta de que tenemos una cosa en común?

Se sobresaltó. Muy poco y rápidamente se dominó. Pero yo lo noté y saqué mis conclusiones. Sus bellos ojos me miraron con fijeza.

—¿Sí? ¿Cuál?

—Yo soy un hombre. Y usted una mujer. Normal, estoy seguro.

Respiró fuerte y encajó el golpe.

—Sí, va muy aprisa —contestó despacio. Sonreí.

—Táctica de «comando», en la guerra da siempre buenos resultados. Ya sabe, el amor y la guerra son sinónimos.

—No siempre. Para hacer la guerra, como para hacer el amor, se necesitan dos. Y en este caso usted está solo, señor Frías.

Hizo ademán de marcharse, pero la sujeté por un brazo. Noté cómo enrigidecía y algo me dijo que el contacto la afectaba tanto como a mí. Por lo demás, tres de mis espías habían ido maniobrando hasta colocarse lo bastante cerca para poder escuchar nuestra conversación en medio del bullicio, gracias a sus discretos mini-aparatos a transistores electrónicos de captación. Iba a darles un festín romántico.

—No tan aprisa, Leslie. Aún no discutimos mi indemnización.

Su mirada se acercó. Y su voz.

—Quíteme la mano de encima. Y no vuelva a llamarme Leslie.

—¿Por qué? Me gusta. Y es lo único ambiguo de usted.

Apretó la boca con claro coraje..., pero no se marchó.

—Acabemos, señor Frías. ¿Trata de hacerme algún chantaje?

—En cierto modo, sí. Me atropelló y me causó lesiones. La ley me concede una reparación...

—Diga cuánto.

—Cenar con usted esta noche.

—¡No!

—Mañana, entonces. No me diga que está comprometida, si lo estuviera rompa su compromiso.

—¿Y si no acepto?

—Insistiré. Insistiré hasta un extremo que usted no puede ni imaginarse. ¿Sabe lo que significa el «flechazo»?

Volvió a respirar hondo y me dijo con desdén.

—Eso es muy vulgar, señor Frías...

—Lo sé. Y yo soy un vulgar *condottiero* en vacaciones, que nunca tuvo antes la oportunidad de conocer, tratar, a una mujer como usted, como la estoy intuyendo. De modo que no he de arredrarme por nada.

—Es un chantaje...

—Es un desafío. De hombre a mujer. De español a inglesa. Del modo que mejor lo prefiera. ¿De veras no tiene interés por ver lo que sucede?

—Ninguno. ¿Me deja marchar tranquilamente o armamos un

escándalo? Le advierto que tengo amigos aquí.

—Si son como esos que nos rodean, ya estoy asustado. Váyase..., pero, dígame a qué hora y dónde paso a recogerla mañana por la noche.

Vaciló. Había demasiadas cosas en sus ojos. Y luego hizo algo del todo inesperado, rompió a reír.

Eso, lo confieso, me desconcertó. Y debió desconcertar a mis espías. Finalmente, Leslie Sinclair me dijo, con suavidad:

—Si aún está vivo mañana por la noche, venga a buscarme, a las nueve, a la redacción de *Modes*. Buenos días, señor Frías, le deseo mucha paz.

La dejé ir. Acababa de darme jaque. Salió con airoso paso de aquel lugar y ni se molestó en volver la cabeza. De pura raza... y un fascinante enigma para mí. ¿A qué jugaba? ¿Por cuenta propia, o por la de quién?

No me dieron tiempo a reflexiones. Había demasiados invertidos dentro de aquel lugar y en cuanto me vieron sólo me vi cercado de sonrisas, guiños de ojos repintados y muecas indecentes. De repente me di cuenta de que allí olía a pocilga. Por lo demás, mis cuatro vigilantes continuaban vigilándome. Hice como que no paraba mientes en ellos y me marché.

La buena y la mala suerte son como hilos de una misma madeja. No había hecho sino poner el pie en la calle cuando dos tipos me flanquearon al estilo clásico y con la clásica invitación.

—No cometa errores, Frías. Vamos.

Dos clásicos «gorilas», verdaderos tipos de película. Es curioso cómo los granujas baratos han copiado muecas, actitudes, ropas, todo, de los actores de cine y la televisión.

Eso, naturalmente, no lo hace ninguno de primera fila.

Por ejemplo, no lo hacía Arthur Greenshaw.

Me estaba esperando dentro de su «Bentley» gris plateado, con su sempiterna sonrisa. Claro que él ha estudiado en Cambridge, y es de muy excelente familia. Se le toma por lo que es, desde un punto de vista social, un caballero por los cuatro costados. El hecho de que también sea uno de los más importantes granujas del Reino Unido, amo de muchos negocios tan ilegales como productivos, nada tiene que ver con lo otro, puesto que, es sabido, se nace caballero, luego uno hace lo que puede.

—Hola Frías —me saludó tendiéndome su mano grande y cuidada—. Disculpe el método, pero lo requiere la situación. Siéntese.

Nos conocíamos desde aquella vez en que Greenshaw me contrató, en nombre de determinado consorcio financiero muy importante, para tomar parte en cierta oscura, cruenta y breve guerra civil que tuvo lugar en un punto de Arabia y terminó con la victoria del bando patrocinado por aquel consorcio. Después hemos tenido un par de contactos, y, de hecho, yo esperaba su iniciativa. Me arrellané en el asiento a su lado, mientras el «Bentley» arrancaba, y pude ver cómo los hombres de Greenshaw, impedían eficazmente a mis vigilantes el que nos siguieran mediante una pequeña gresca que bloqueó la salida del local.

—Usted siempre tan efectivo, Greenshaw. ¿De qué se trata ahora? Habría ido a verle con sólo una llamada telefónica.

—Prefiero charlar con usted así.

—Adelante. ¿De qué se trata? Justo ahora estoy de vacaciones.

—Cartas boca arriba, Frías. Tengo una oferta de veinticinco mil libras para matarlo.

Fingí el adecuado sobresalto.

—¡Caramba! ¿Tanto valgo? ¿Y para quién?

Greenshaw tiene vinos ojos grises muy glaciales. Y nada lo descompone.

—Ya lo sabía, claro. Mejor, eso nos ahorra trámites. Me interesa esa partida, Frías. Me interesa mucho. Voy a hacerle una oferta que espero aceptará.

—¡Uhum! Hágamela y ya veremos.

—Me conoce y sabe cuánto valgo. Yo también le conozco. Es duro, astuto, valiente y sensato, inteligente y muy audaz, muy capaz de bandeárselas solo, Frías, eso vaya por delante que lo reconozco. Pero este juego lo juega con su sola fuerza. Y contra adversarios demasiado potentes.

—Siga.

—Le ofrezco mi ayuda, toda mi ayuda y contra todos sus contrincantes. Partiremos al cincuenta por ciento.

—Generosa oferta. ¿Partir, el qué?

Apretó el ceño y endureció la voz.

—Déjese de juegos. Partiremos los diamantes Cardigan.

Suspiré. Y luego lo miré con desolada expresión.

—La verdad, Greenshaw, que ya está cansándome el juego éste, créame. Ahora resulta que usted también me cree en posesión de esos malditos diamantes y es lo que me faltaba.

Se mantuvo impasible.

—Sé que no los tiene, pero sí conoce dónde están.

—¿Y de saberlo andaría por aquí sirviendo de blanco a toda esa conjuración de temibles ambiciosos, exponiéndome a que me peguen un tiro o una puñalada en cualquier momento?

—Es muy astuto. Y hábil. Si algo le sobra es sangre fría. Le consta que nadie de entre ellos va a atentar contra su vida mientras tanto no vaya a por los diamantes.

—¿Y qué me dice de su cliente?

—El sí. Y sospecho que desea su muerte porque también conoce dónde están esos diamantes, pero no puede ir a buscarlos en persona, por alguna razón. Ya ve Que pongo mis cartas boca arriba.

—Ya lo veo —yo sabía que estaba jugando contra un jugador de primera fila, con mi propio pellejo como puesta—. Dígame el nombre de su cliente.

—Dígame usted dónde están los diamantes.

—Le doy mi palabra de que lo ignoro. Tengo una pista, en efecto, pero es muy vaga. Contra lo que todos suponen, conté la verdad de lo ocurrido en Lugambara y Jack Kristall estaba muerto cuando llegué hasta él.

—¿Qué pista es ésa?

Mentí como un bigardo, sosteniéndole la mirada.

—Jock estaba ido, de veras, desvariaba. Pero no estaba loco. Acechando su sueño en la prisión pude oírle palabras, frases sueltas, sin sentido para quien no estuviese al tanto del asunto. Parece ser que él y otro traicionaron a los demás ladrones. El juego era que Jock Kristall llevara a sus compañeros a la trampa en que cayeron, dejándolos en manos de los salvajes hambrientos. Jock lo hizo, pero luego retornó al lugar donde estaban las piedras enterradas, ocultas, se las llevó de allí y las ocultó en otro lugar. Así se cubría contra su socio, del que no se fiaba demasiado. Pero, después los sufrimientos y la sed le trastornaron la cabeza, al parecer ni él mismo estaba demasiado seguro del punto exacto donde dejó los diamantes. Eso es todo lo que pude calcular de sus desvaríos entre sueños, de día,

despierto, no había modo de sacarle nada, desconfiaba hasta de su sombra. Y si no me cree, lo siento, peor para todos.

Estaba disparando a ciegas contra una diana voladora. Pero yo conozco la psicología de los grandes delincuentes, les resulta más fácil aceptar lo enrevesado y casi inverosímil, influencia sin duda del cine y de la televisión. Greenshaw pareció dar por bueno mi informe.

—Usted sabe por aproximación donde están los diamantes, claro.

—Es posible. Pero decírselo ahora no iba a ayudarlo demasiado. Resultará tiempo perdido cualquier intento de sonsacarme, tendrá que dejarme ir, Greenshaw..., y esperar.

—¿Quiere decir esperar hasta que usted encuentre lo que ahora busca?

—Exactamente. Sabrá cuándo lo he hecho, porque entonces voy a dejar de moverme como un burgués que juega al *play-boy*

. Cuando eso ocurra, vuelva a hacerme su oferta, ¿le parece?

CAPÍTULO X

Palabra que jamás cené como aquella noche con Leslie Sinclair. Me sabía sentado sobre una pila de alto explosivo con diez detonadores en otras tantas manos ansiosas de hacerlos estallar, enviándome hecho trocitos al cielo y allí estaba yo, gozando plenamente de todas las mejores delicias de la vida en compañía de una fascinadora mujer que trataba por todos los medios de catalogarme y averiguar cuáles eran mis proyectos con respecto a ella.

—Según parece tiene usted una gran fama —me había dicho de pronto mirándome a los ojos. Acabábamos de tomar los aperitivos y nos preparábamos para dar buena cuerna de una exquisita crema de cangrejos en el restaurante chino de Fong, uno de los diez lugares de Londres, donde mejor se come. Entre nosotros había una lámpara de mesa con pantallita verde y queda música oriental se dejaba escuchar, la brisa oreaba los árboles del jardín. El restaurante se halla al Sur de Londres, en un paraje libre de humos industriales, y es un lugar para iniciados, carísimo—. Y lo está demostrando. Soy londinense y periodista, pero desconocía este lugar.

—Porque es una persona normal.

—¿Usted cree? Es la primera vez que me lo dicen.

—La gente es demasiado, estúpida. De modo que ha procurado conocer mi *curriculum vitae*...

—Resulta impresionante. ¿De veras ha hecho todo eso que afirman?

—Si lo afirman y es bueno, será cierto. Si es malo, también, pero exagerado.

—Un verdadero *condottiero*, un soldado de fortuna...

—Un mercenario. Ahora prefieren llamarnos así.

—Porque la gente carece de imaginación. Hace unos cuantos siglos abundaban y todos eran tipos novelescos.

No sé por qué, sospeché que estaba dando rienda a su sentido del humor.

—Usted ha leído muchas novelas, como toda mujer. Pero olvidándonos de ellas y ciñéndonos a la historia, que conozco bastante bien, le diré que muy pocos soldados de fortuna han sido nunca tipos románticos. Son, somos, simples profesionales de la guerra, con la única diferencia, ahora, de que ofrecemos nuestros servicios al mejor postor. Antaño, cuando la guerra era oficio de minorías, de señores, el soldado de fortuna tenía prestigio. Ahora, cuando hacer la guerra en gran escala con cientos de miles de tipos que mucho más a gusto se quedarían en sus talleres, campos y oficinas se ha convertido en un privilegio de políticos, burócratas y hombres de negocios, se nos mira como a bastardos del noble oficio de las armas, pues según ellos sólo es noble matar y destruir bajo una determinada bandera, la que cubre sus errores y ambiciones.

—Estupenda filosofía Y estupenda sopa. Usted, por supuesto, detesta a los políticos, los burócratas y los hombres de negocios.

—¿Usted halla algo amable en ellos?

—Nada en absoluto. En eso coincidimos, los dos y millones de seres más en estas islas, en toda Europa, en todo el mundo. Le duele ese desprestigio de su profesión, ¿verdad?

—Muy poco. Todo buen mercenario aprende pronto a acorazarse el alma y tomar a esas gentes, a todas las gentes, por lo que realmente valen. Créame, nosotros, al igual que las ramerías, conocemos a los hombres como nadie.

—No lo dudo. ¿Y a las mujeres?

—Mucho menos. En nuestro oficio solemos tratarlas poco y más bien a las de una especie muy concreta.

—¿Le satisface eso, personalmente?

—Como dormir a pierna suelta después de un combate. Mi experiencia de estos momentos me resulta extraordinaria y fascinante.

Parpadeó. Y la noté halagada. Me tendió su copa para que se la llenase de exquisito Sauternes, cosa que realicé mirándola.

—Es un hermoso cumplido de dos filos.

—Como una espada. ¿Le gustan las antiguas espadas? A mí, sí. Son armas nobles, del tiempo en que un soldado de fortuna era un personaje importante en el entramado social. Entonces uno de mi

casta, de mi oficio, podía sentarse sin desdoro a la mesa de un rey y mirar de igual a igual a una princesa. Desde el viejo Cid hasta Marlborough, ¡cuánto prestigio acumulado sobre las espaldas de los *condottieros*! A su salud y a la de las bellas princesas para quienes tajaron reinos y señoríos a punta de espada.

Me puse romántico, declamatorio, adrede. También porque me resultaba muy fácil entusiasmarme ante aquella espléndida mujer que era mi «Sésamo». Ella sonrió y aceptó mi brindis.

—No le imaginaba así, de veras.

—¿Y le disgusta?

—Todo lo contrario.

—En otros tiempos yo habría conquistado un reino para ponérselo a los pies junto con mi corazón. Ahora sólo puedo brindarle una exquisita cena y un rato de gárrula charla. Mucho hemos degenerado.

Se puso seria. ¿Habría captado la nota de sinceridad en el tono ligero, pero no demasiado, de mi voz? Porque la hubo, demostrés. Y a mí mismo me sorprendió y desconcertó.

Sea como fuere, desvió la conversación y me di cuenta de que le había dado que pensar. También a mí mismo. Por primera vez se me ocurrió la más fantástica de las ideas. Diablos, yo podía conseguir un reino para ella, estaba en mis mano... y en las suyas. Trasladadas las circunstancias al siglo xx, y con las debidas correcciones de forma, yo podía... puesto que nada es tan equivalente a un señorío feudal como un millón de libras esterlinas.

¿Sabría ella que su situación era, salvando las distancias, la misma de una de aquellas antiguas princesas herederas de débiles y amenazados señoríos que daban su graciosa y blanca mano a un *condottiero*, para salvaguardar su heredad y sus derechos señoriales con la sólida apoyatura de, su fuerza? Era muy posible, y también que ya recelara de mí, Carlos Frías, capitán de fortuna llegado a su existencia sorpresivamente...

Fue una cena inolvidable. Y luego le ofrecí terminar la velada en otro lugar no menos interesante y agradable, dentro de su género. Aceptó.

—Aunque no debería. Abrigo la sospecha de que usted anda metido en alguno de sus peligrosos enredos y no me gustaría verme en la primera página de los periódicos. —Espero que eso no suceda

jamás— dije, con mi mejor sonrisa. —Salvo en las grandes *magazines* de modas.

Estaba viendo, por el rabillo del ojo, a mi viejo conocido y contratista Spiros Tanakis en compañía de una deslumbrante rubia muy conocida en los ambientes artísticos. Acababan de llegar y era una casualidad que me erizaba el vello de la nuca.

Cuando salíamos tropecé con la fría mirada del greco-americano y le envié un leve saludo que apenas contestó. Leslie me demostró de nuevo estar en el plato y en las tajadas.

—¿Conoce mucho a Tanakis?

—Lo justo para no desear conocerlo demasiado. ¿Y usted?

—Tres cuartos de lo mismo. En cierta ocasión me hizo el honor de sugerirme que podría resultarme un gran negocio el convertirme en su amante oficial.

—Es un hombre con muy alta autoestimación —dije blandamente, ganándome una de sus miradas de reojo que me ponía calor en la sangre.

—¿No me pregunta si acepté?

—Ningún hombre podría convencerla honestamente de tal cosa. En el mejor de los casos, sería él quién hiciera el gran negocio.

Sonrió... sólo con la boca. Y ya era bastante.

—Sabe decir cosas magníficas, señor Frías —dijo—. Ataque.

—Llámeme Carlos, si no la asusta mucho. Yo también sueño con alcanzar tal premio. O quizás otro aún mayor.

Arrugó el entrecejo y aparecieron aquellas dos arrugas aceradas en las comisuras de su boca.

—Ataca directo...

—Como la espada. Es lo que usted merece y esta noche me siento un *condottiero* antiguo. Es demasiado bella, usted también.

—O sea, que corro peligro...

—Ni más, ni menos, que cualquier mujer hermosa al lado de un hombre normal y fogoso en una clara noche de verano. Imagino que puede dominar la situación.

—Desde luego, que sí.

Subimos a su pequeño coche en silencio. De repente, ambos teníamos demasiado en qué pensar.

Y seguimos rumiando nuestros pensamientos mientras retomábamos a Londres por la tranquila carretera... con mis espías

detrás.

La llevé al Kwaidan. Estaba seguro de que nunca habría entrado allí, porque no es lugar para una hermosa periodista de modas. De entrada, abarcó en una ojeada el ambiente mientras cincuenta pares de ojos masculinos, pertenecientes a hombres todos ellos capaces de apreciar su belleza y distinción, la examinaban en medio de un silencio que habría hecho trizas en el acto los nervios de una mujer vulgar, y me dijo con suavidad:

—¿Qué es esto, la jaula de los tigres?

—Más o menos. Si no le agrada nos marchamos.

—No daría media vuelta ahora por todo el oro del mundo. Tendría miedo a ser devorada.

—No yendo conmigo.

De hecho, allí me conocían todos y yo les conocía a todos. El Kwaidan, es una especie de club, exclusivo para soldados de fortuna, y aventureros de altos vuelos. Sus estatutos prohíben rigurosamente la entrada a políticos, negociantes, artistas y demás gentes por el estilo, pero existe tolerancia amplia para los militares profesionales al servicio de una sola bandera y para los agentes secretos. Las mujeres tienen entrada abierta siempre que retinan un mínimo de requisitos anatómicos y no rebajen la, dignidad del socio que las traiga. Allí dentro se puede hallar bebidas fuertes de todos los rincones del mundo, los mejores tabacos, información profesional y mesas para distintos juegos. Están rigurosamente prohibidos las drogas, los invertidos exhibicionistas y las peleas. Los socios podemos vemos cualquier día frente a frente con una metralleta en la mano, pero éstos son gajes del oficio y nadie pensaría reprocharle a nadie la posible contingencia de haber dado muerte en lucha abierta a otro socio en cualquier rincón del mundo.

Sabía que mi prestigio había aumentado muchos puntos llevando allá a Leslie Sinclair y esperaba que alguno de los presentes tomara buena nota de ella y nuestra aparente armonía. Cambié un saludo con Slavko, que se hallaba acompañado por una buena moza, y otro con el coronel Hendricks, que bebía sólo en el mostrador, pero me llevé a Leslie a otra mesa de las apartadas.

—Mientras sea fuertemente alcohólico puede pedir lo que se le antoje, aquí hay de todo.

—Correré el riesgo —dijo, y pidió un *whisky* con soda. Me

trajeron otro doble seco, y tabaco turco para mi pipa, le encendí el cigarrillo a mi acompañante y le hablé en tono calmoso:

—Espero que no se aburrirá.

—¿Trayéndome a lugares como éste? ¿Qué son todos, actores de cine preparando una de esas películas de *durs de durs*?

—Son *durs de durs*. En cuanto a ellas, no necesito decirle nada. Se trata de un lugar de reposo para guerreros en vacaciones, o en paro. Cualquiera de ellos ha tomado parte en más combates que usted en exhibiciones de modas y ha matado más hombres, que usted escrito artículos.

—¿Está tratando de asustarme?

—¿Para qué? Sólo pretendo convencerla para que acceda a salir más noches conmigo.

—Y termine en sus brazos, ¿no es eso?

—Eso es. Pero usted impondrá las condiciones, habida cuenta de que soy un soldado de fortuna, o sea un candidato a la muerte violenta en un plazo más o menos corto.

CAPÍTULO XI

Me pareció que algo se cuajaba en sus magníficas pupilas. Pero de inmediato se envolvió en humo.

—Magnífica estrategia —dijo suave—. Terminará impresionándome.

—Ojalá. A su salud.

Bebió, volvió a fumar y me miró a los ojos.

—Dígame una cosa, Carlos. ¿Por qué está ahora en Londres?

Le sostuve la mirada.

—Por usted.

Se enfadó... en apariencia.

—No diga tonterías...

—No podía en cualquier caso saber cuánta verdad encerraba mi afirmación. Sonreí. —No las digo. Si no me hubiera atropellado ayer, hoy no estaría aquí.

Alentó fuerte.

—¿Quiere hacerme creer... que corre un riesgo por mi causa?

—No exactamente por su causa. Los correría idénticos en cualquier otra parte.

—¿Todos esos hombres...?

—Y otros muchos más, me vigilan como la madre amante al hijo chiquitín que retoza en los peligros de una calle ciudadana.

—¿Qué es lo que ha hecho?

—Diga qué es lo que buscan. Todos ellos creen que estoy en posesión del secreto de un fabuloso tesoro, algo así como el del capitán Kidd. No es verdad, pero no puedo convencerles de ello, así que estamos jugando al bonito juego del ratón y los gatos. Ahora deben estar preguntándose qué tiene que ver en nuestro juego usted.

Se había puesto muy seria y, al parecer, preocupada.

—¿No me está tomando el pelo de veras?

—En absoluto. Mientras pueda mantenerles en la incertidumbre mi vida corre escaso peligro y, naturalmente, la de quién me acompañe. Si llegan a convencerse de que no tengo la menor idea de dónde está lo que ellos buscan, puede que alguno decida cobrarse viejas cuentas mandándome al otro mundo con todo un programa de torturas como aperitivo. Y si llegan a conseguir la certeza de que sé dónde está ese tesoro oculto, mi vida no va a valer medio penique a no ser que acierte a moverme más rápido y ser más astuto y hábil que ellos. Como ve, un juego de lo más fascinante. ¿Le agrada?

No me quitaba ojo.

—Usted conoce dónde está ese tesoro, claro... —dijo. Y sonreí abiertamente para la galería, cogiéndole la mano derecha, que se estremeció, pero no se escapó.

—Seguro. Con una aproximación de cien kilómetros. Pero me falta la llave para abrir su escondrijo. Está en otras manos.

Me llevé la suya a los labios y la besé con el mejor estilo. Más de uno iba a preguntarse qué clase de juego era el mío.

Leslie se lo estaba preguntando. Sentí su estremecimiento y separó la mano aprisa, pero sin violencia. Estaba seria... y muy rara.

—¿Qué papel me ha asignado en ese juego suyo, señor Frías? —inquirió con cierta frialdad muy engañosa. Tanto como el llamarme así después de haberme llamado Carlos.

—Si pudiera, el de princesa de novela romántica. Pero mucho me temo que no lo desee.

Palabra que fue una velada inolvidable, en muchos sentidos. Cuando al fin la dejé en la puerta de su casa, sin cometer la estupidez de pedirle que me permitiera subir a su departamento, estaba ciertamente satisfecho.

Y demasiado preocupado por algo que me acababa de suceder.

Por eso me cazaron tan fácilmente.

Les vi emerger por ambos lados súbitamente y comprendí a lo que venían, pero me habían tomado desapercibido. Logré enviar a uno patas arriba, pero en el mismo instante otro me saltó por la espalda, sujetándome el cuello con una mortal presa de judo y, un instante después, me atizaron en el cráneo con algo bastante más duro que una porra de goma.

Desperté dentro de una camioneta que me llevaba a alguna parte, pero cuyo interior estaba demasiado oscuro. Me habían amarrado a conciencia y me pusieron esparadrapo en la boca, estaba tirado en el piso del vehículo y a cada instante tropezaba con pies de hombre. Aquello tenía mal cariz y yo me había confiado con exceso, siempre ocurre igual cuando uno deja entrar al amor en sus negocios. Podía darme por muy satisfecho si no me pegaban dos tiros en la nuca y me echaban, con sendas pesas atadas al cuerpo, a cualquier remanso del Támesis...

No fue así. Cuando el vehículo se detuvo y me sacaron al exterior vi que estábamos en una casa de campo. Eran cuatro mis secuestradores, dos de ellos negros, lo cual me dijo quién me había preparado aquella fiesta. Me desataron sólo las piernas para que caminara y no me hice demasiadas ilusiones, salvo la de que aún me quedaba vida para disfrutarla...

Utanga tenía una expresión ferozmente satisfecha cuando me colocaron ante él.

—Esta vez no tuvo tiempo de raptar a nadie para cubrirse las espaldas, capitán...

Haré gracia de lo que vino después, espero que comprendan mis razones. A nadie le agrada relatar cómo lo golpearon, torturaron y castigaron sádicamente un puñado de bestias salvajes...

Sólo que no era la primera vez que alguien lo hacía y resistí. Resistí... y no quiero dar detalles. Si me preguntan cuánto duró aquello, media hora o una eternidad, no podría contestarlo. Aquellos que han tenido que sufrir las torturas de sendos especialistas sin el menor escrúpulo moral, verdaderas bestias sádicas, saben muy bien lo que una de tales sesiones significa. A los demás sería estúpido contárselo, no iban a alcanzar el *clímax* y por otra parte no me interesa regodear morbosos instintos de hombres-masa.

Utanga era quién llevaba la batuta en aquella sinfonía de dolor. Y el *leit motiv*, el *ritornello* de la canción, muy sencillo.

—Dígame dónde están los diamantes. Así salvará la vida.

—Vete al infierno, hijo de perra. Mientras no te lo diga mi vida estará a salvo.

—A veces es mejor morir que soportar ciertas cosas. Dígamelo...

—Tu madre...

Y de repente ocurrió algo que ciertamente yo no esperaba. Uno de los asesinos de Utanga entró desalado y le gritó que la casa estaba siendo rodeada por hombres armados.

Utanga dejó la para él placentera tarea de enseñarme todas sus habilidades y salió aprisa, dejándome a dos dedos del desmayo y convertido en una verdadera piltrafa ensangrentada.

Poco después llegó a mis oídos el inconfundible ruido del combate. Tableteo de metralletas, secos latigazos de rifles automáticos, ciaros estallidos de granadas de mano. Los dos tipos que quedaron guardándome se alarmaron lo suyo y, en un momento dado, corrieron a la salida de la bodega donde estábamos. Demasiado tarde, porque por el hueco de la puerta asomó un tipo provisto de metralleta ultramoderna que se les anticipó, acribillándolos.

Yo sólo sabía que no podía caer en peores manos. Cuando vi entrar a Greenshaw convenientemente escoltado respiré con alivio.

Llegose a mí y me examinó con interés.

—Parece ser que he llegado muy a tiempo, Frías —comentó suave—. Espero que no habrá soltado la lengua.

—Se necesita bastante más que esto para conseguirlo —gruñí—. ¿Quién le avisó lo que pasaba?

—Ya le dije que lo tengo bajo vigilancia. Pero hubo que preparar la operación.

—Espero que no haya matado a Utanga...

—No soy estúpido. Le he dejado escapar, aunque va herido. No me interesan las complicaciones diplomáticas. Desátenlo.

Me llevaron arriba y se ocuparon de mi maltrecho cuerpo por dentro y por fuera. Unos tragos de *whisky* me reanimaron lo suficiente, pero mi pellejo no admitía ropas por encima.

—Nos lo llevaremos en una ambulancia. Tiene muy bien para un par de semanas. ¿Quién lo hizo, Utanga?

—Sí. Y espero hallar pronto la oportunidad de devolverle sus múltiples atenciones. ¿Cómo es que la policía ni nadie se ha alertado?

—Estamos a sesenta millas al sureste de Londres y a más de una de toda población habitada, son las cuatro de la madrugada y el jaleo ha tenido lugar aquí dentro o en el patio, la granja está rodeada por el bosque. En cuanto a la policía británica, no parecía

estar vigilándole esta noche. Otros sí lo han hecho, pero deben tener mucha fe en su resistencia.

—Sin duda que la tienen —repuso pensando en Hendricks—. ¿Qué opinará su cliente de este quijotismo, Greenshaw?

—Aceptará mis explicaciones, máxime cuando mis órdenes son de no matarlo hasta tanto deje de ser útil. Ahora va a tener que permanecer en completo reposo, que es como estar eliminado de la competición.

Me quedé mirándolo. Estaban entrando a dos de los tipos que me capturaron, para conducirlos con los otros a la bodega. Debía haber sido una buena refriega.

—¿Está seguro de eso, Greenshaw?

—Totalmente. He perdido a un hombre y tengo dos más heridos, cuatro de los de Utanga han muerto y él, con dos más, han quedado heridos, pero no me parece que vaya a denunciar el asunto a Scotland Yard, les dejé huir, para que se escondan en su Embajada. Los muertos pasarán al interior de esas viejas barricadas de cerveza y dudo que nadie venga a meter aquí las narices. Utanga alquiló por un mes la granja, utilizando a un intermediario, y le haré saber que le conviene alargar por un año al menos su alquiler. En cuanto a usted, está realmente reventado y tiene para largo, desde el propio Utanga a mi cliente se lo creerán cuando conozcan lo sucedido.

—Y supongo que me tendrá reservado un cómodo alojamiento...

—Comodísimo y perfectamente vigilado. Aunque lo descubran, nadie va a poder visitarle sin mi autorización, por muy fuertes argumentos que emplee.

Después de todo, aquello era beneficioso para mí, desde cualquier punto de vista. En realidad, con menos de ocho días yo no iba a verme en condiciones de hacer vida normal, necesitaría el doble de tiempo para recuperar mi plena forma. Durante todo aquel tiempo nada mejor podía sucederme que hallarme ha cuidado de todo riesgo. Estábamos a veinte de julio, de forma que aún me quedaban cincuenta esplendorosos días...

—No tengo nada que oponer y además le estoy muy agradecido, Greenshaw —le dije—. Tan sólo voy a pedirle un pequeño favor.

—Dígame.

—Estaba citado para cenar mañana con una mujer fascinadora. ¿Le importaría avisarle en mi nombre cuánto siento no poder

cumplirle mi promesa?

Se me quedó mirando con fijeza.

—Usted es un tipo extraordinario, Frías. Y ella también, a su modo, desde luego. ¿Le importa mucho?

Yo estaba casi rezando rara que no imaginase cuánta importancia tenía Leslie Sinclair para mí.

—Lo justo. Desde que tuve el placer de que me atropellara ando tratando de convencerla para que me conceda una adecuada indemnización. Pero parece ser de las que no se dejan convencer con facilidad. Tal vez usted pueda ayudarme con algunos informes suyos.

—Es bastante conocida y una buena periodista, especializada en modas femeninas.

—Eso ya lo sé.

—Es soltera y no se le conocen complicaciones amorosas, aunque sí le sobran pretendientes. Al parecer tiene un concepto bastante anticuado del erotismo y sus complicaciones.

—Totalmente anticuado —asentí con desaliento—. Sigue sin decirme nada que yo no sepa.

—Es hija única, de familia de clase media bien conceptuada, hija de un funcionario del Ministerio de Ciencias. Estudió en un buen colegio, tuvo cinco o seis «ligues» intrascendentes y acaba de cumplir los veinticinco años, es periodista desde los dieciocho, y con cierta fama desde los veintiuno.

—También lo sé.

—¿Sabe que Jock Kristall fue su padrino de bautismo?

No, aquello yo no lo sabía...

CAPÍTULO XII

Durante quince días mi convalecencia fue de lo más tranquila, confortable y grata, justo lo que necesitaba para ponerme bien.

Hay cosas que no creo sean necesarias ni convenientes para reseñárselas a la masa espesa y amorfa de los que se levantan casi todos los días a la misma hora para hacer las mismas cosas hasta la hora de acostarse. Esas pobres gente ignoran siempre que han dado lástima, pero comprendo que es conveniente y necesario que existan. Lo que ya no me parece moral es que nadie les llene la cabeza, de por sí tan repleta de problemas tales como pagar los plazos de los electrodomésticos, estacionar el coche, soportar a la mujer, en casa, y al jefe, o los subordinados, en el trabajo, ocultar la amante a las amistades de la esposa, sacar a los hijos de todos los líos en que hoy se meten los niños y los adolescentes, rellenar las hojas de declaración de impuestos... con sádicas y truculentas historias de agentes secretos, pistoleros y policías, mercenarios y guerrilleros... repletas de detalles sanguinarios y supereróticos. Bastante castigo tienen esos pobres entes del inmenso montón con pertenecer al sistema y el rebaño, ser esquilados continuamente por hombres de empresa y engañados de modo vil por los políticos; para encima enseñarles tales paraísos para los que, de todos modos, ni están preparados ni pueden estarlo jamás. Luego esos infelices deben soportar las broncas ignominiosas de otro homínculo, engreído porque le dieron un puestecillo de jefe burocrático, o heredó una fabriquita o una tienda, tragando quina a todo pasto. Y hacer el amor a horas y días fijos con unas hembras estólicas, frías o poco menos, carentes ya para ellos de todo secreto y atractivo, que a la hora más emocionante suelen salir comentando en voz alta que el vestido que llevaba su amiga Fulana era una birria y le sentaba como un tiro.

Por eso pasaré rápidamente sobre mi período de convalecencia.

Me encontraba en una cómoda habitación de una hermosa casa de campo en el Herefordshire, a orillas de un afluente del Wye y cerca de los montes Malvern, uno de esos lugares que constituyen el sueño placentero de todo hombre, ya sea oficinista en una gran ciudad o soldado de fortuna, como yo. La casa estaba rodeada por cincuenta acres de excelente tierra y convenientemente separada de las poblaciones y las carreteras. Un completísimo y modernísimo sistema electrónico de alarma a prueba de intrusos, cinco hombres de pelo en pecho poderosamente armados, más tres perros daneses capaces de matar a un tipo de una dentellada, protegían mi paz y una enfermera de veinte años más o menos, con todo lo que a mi modesto juicio debe tener una muchacha perfectamente ubicado en donde debía estar, chatilla, prieta de carnes y realmente guapa y eficiente, más una matrona de sobre cuarenta, fornida, guapetona, entendida si cocina, masaje y, estaba yo seguro, métodos de defensa y ataque personal, cuidaban de mi estómago, mi salud, mis lesiones y mi alegría espiritual. Todo ello gratis.

Estas cosas no ocurren a menudo, ni tan siquiera a un mercenario, palabra. Tampoco es una película de James Bond, llevada a la realidad. Para comenzar, yo tenía a la sazón muy pocas ganas de fiestas y sí mucho en qué pensar. Luego, todos aquellos hombres y mujeres sabían muy bien cuáles eran sus obligaciones y sus límites. No diré que tanto la enfermerita como la matrona, de habérselo yo pedido... Pero si lo pedí, o no, y en tal caso cual fue el resultado de mis gestiones, nada tienen que ver con el relato.

Greenshaw me visitó dos veces en mi hogar de reposo, que era, naturalmente, de su propiedad. Todos esos grandes jefes del hampa viven realmente como potentados. La primera vez me comunicó, entre otras cosas, que había transmitido mis excusas a Leslie Sinclair, y que ella no pareció demasiado sorprendida, aunque sí algo preocupada. También me contó que Utanga había regresado en avión a su país veinticuatro horas después del combate en la granja.

—Salió herido y además perdió a cuatro hombres. Por si fuera poco hay mucha agitación en su país. De momento podemos olvidarnos de él.

Yo no pensaba olvidarme del hijo de perra, pero me callé. Luego me contó que quienes me emplearon para sacar a Kristall de Lugambara andaban muy mohínos y preocupados.

—Me han ofrecido un trato. Pero sus condiciones no pueden en ningún caso mejorar el nuestro.

Por la cuenta que me tenía me abstuve de indicarle que yo no le había ofrecido, ni acepté, ninguno.

—Mi cliente está convencido de que usted tiene para una buena temporada. Y de que yo no voy a dejarle escapar.

De zorro a zorro, no me engañaba. Su cliente debía estar más que amoscado y, sin duda, recelando que estaba tratando de pegársela...

En su segunda visita abundó en parecidas informaciones, pero ya me habló de sus planes.

—Pasado mañana por la noche va a salir de aquí, Frías. Ya está repuesto y en buenas condiciones, hay que aprovechar la oportunidad.

Tenía un excelente plan. Yo saldría de completo incógnito, pero muy bien escoltado, me reuniría con él en un punto que no me indicó y allí tomaríamos una avioneta que nos conduciría al sur de Francia. En el sur de Francia, repostaríamos y seguiríamos viaje a Marruecos. Una vez en Marruecos, cambiaríamos a un pequeño reactor que nos conduciría a los pantanos de Okawango. Y una vez en los pantanos de Okawango...

—Usted me dirá dónde está, a su juicio, el punto en dónde ocultaron los diamantes Cardigan.

Es increíble cómo la codicia ciega a los mejores cerebros. No hizo el menor caso a mis aseveraciones de que iba engañado conmigo.

—Déjese de tontas monsergas, Frías. Los dos sabemos que usted tiene una idea muy aproximada del lugar. Con eso, y los datos que poseo, los encontraremos.

Y en tal supuesto, minutos después de haberlos encontrado yo iba a encontrarme con una ráfaga de metralleta en la barriga...

Pero el hombre propone y luego otros le estropean los proyectos. Así ha sucedido siempre y eso es la sal de la existencia.

Veinticuatro horas después de la segunda visita de Greenshaw y otras tantas antes de mi partida, cuando me encontraba tumbado en mi lecho ya no de dolor, rumiando mis propios planes para salir del paso, escuché un ruidito que me alertó.

Tres décimas de segundo más tarde me encontraba, descalzo y

en pijama, fuera del lecho y agazapado junto a la pared. Luego de escuchar unos momentos más, me acerqué con rapidez y silencio a la puerta del cuarto y me situé adecuadamente.

La puerta se abrió milímetro a milímetro. Yo estaba conteniendo la respiración. Situaciones así había vivido demasiadas y, quienquiera que fuese el intruso, iba a llevarse una desagradabilísima sorpresa si pensaba vérselas con un medio inválido.

La figura de un hombre penetró. Empuñaba una pistola y también una diminuta linterna eléctrica, cuya luz disparó hacia mi lecho.

Caí sobre él y le atenace con una mano la muñeca armada mientras le cerraba al cuello una presa mortal. Lo sentí estirarse...

—¡Carlos, no! ¡Soy Slavko!

La sorpresa casi me dejó sin aliento. Soltando a mi viejo camarada me separé mientras él giraba, resollando.

—¿Cómo diablos estás aquí?

—Bueno, resultó bastante fácil...

Fácil para hombres como él y yo, verdaderos especialistas, profesionales de la guerra. Los muchachos de Greenshaw, eran gente muy dura y eficaz..., pero absolutamente europeos, tal vez con un par de años de servicio militar en el Continente, antiguas colonias africanas, a lo sumo Malaya, Borneo... Se les habría olvidado casi todo lo que entonces aprendieron sobre los métodos de los guerrilleros.

Slavko me lo contó en pocas palabras, mientras yo me vestía a toda prisa.

—Harry Colman, Alec Forssier, Horst von Kraff y yo formamos el comando... Hace días que teníamos este lugar localizado y bajo vigilancia, pero esperábamos las órdenes de Donald... Nos hemos acercado después de anoecer y ni siquiera se enteraron. Liquidamos a los perros con *kulash* y luego introdujimos gas letal por los acondicionamientos de aire...

La finca de campo de Greenshaw estaba en efecto acondicionada contra cualquier intento de asalto... vulgares y corrientes. Pero mi amigo Guariglia y mi amigo Donald habían reunido en pocos días el más selecto pequeño grupo de *condottieros* que tal vez haya por el mundo, y mientras preparaban mi rescate actuaron como solo ellos

saben actuar. El golpe fue dado en el momento justo y con los medios adecuados, ni falta ni exceso. Una hora y diecisiete minutos les había costado poner a los perros daneses fuera de combate con una endemoniada mezcla utilizada por los guerrilleros rusos en la Segunda Guerra Mundial, sin que se enterasen de ellos los dos hombres de guardia y muy alerta. Luego, Alec —tuvo que ser él, es medio mono y medio gato—, debió trepar hasta los acondicionadores de aire, introduciendo por ellos cápsulas de gas letal luego de haber localizado, gracias al empleo de sondas electromagnéticas de calor animal, donde estaban los dos tipos de guardia y moviéndose. Una vez los dejaron dormidos, Horst —a ese alemán no hay quien le gane localizando e inutilizando cualquier clase de artilugios electrónicos— se encargó del sistema de alarma y Slavko de abrir una de las ventanas del piso primero, pues las de la planta baja estaban protegidas por rejas de acero forjado.

—Ellos están encargándose del resto de las gentes de la casa, yo subí a buscarte, pero no estaba demasiado seguro de cuál fuera tu habitación...

Así es como abandoné la hospitalidad de Greenshaw la noche del cinco de agosto, dejando convenientemente inutilizados a los hombres de mi anfitrión. A las mujeres, naturalmente, les guardamos ciertas deferencias...

Donald nos esperaba con una vulgar y en apariencia vieja furgoneta, a una milla de la finca y como trescientas yardas del pueblo de Farshall, totalmente dormido en la estrellada y hermosa noche de verano. Su gran boca se distendió en una cálida sonrisa al estrechar mi mano.

—Al pronto nos diste el gran susto, creímos que Utanga se te había llevado con él a su tierra. Luego descubrimos que te tenía Greenshaw. ¿Qué tal estás, Carlos?

—Magníficamente —y era verdad, porque pocas veces me había sentido tan a gusto—. ¿Cuál es la segunda parte del plan?

—Sacarte inmediatamente de Inglaterra. Greenshaw se va a poner muy furioso, Hendricks, Weissmann y Tanakis harán lo imposible por averiguar en donde estás, Ngambi ha enviado a otro de sus más íntimos colaboradores con órdenes concretas de no dejarte escapar a cualquier precio... Saldrás inmediatamente para Francia en avión especial y espero que tarden en encontrarte.

—¿Quién financia todo esto, Donald? ¿Tú?

—En parte. Es tu amigo italiano, el profesor Gariglia, quién se encarga del aspecto económico. Yo me limité a decirles a los muchachos que vinieran y a prepararlo todo para esta noche.

Así es como nosotros, los soldados de fortuna, vivíamos y actuamos. A lo largo de muchos años de constante jugarnos el pellejo por todos los rincones de la Geografía mundial, llegamos a conocer a otros mercenarios con quienes llega un momento que nos atan lazos mucho más fuertes que los de la sangre. Y en eso radica nuestra fuerza.

Por eso yo, ahora, iba a dar batalla a muchos poderosos enemigos con mi pequeña brigada internacional. Seguro de vencer, a poco que me siguiera ayudando la fortuna.

CAPÍTULO XIII

Una pequeña avioneta privada rae trasladó al otro lado del Canal rápidamente. Desde un abandonado campo de aviación de los viejos días de la Segunda Guerra Mundial, donde fui dejado caer en paracaídas, un automóvil me condujo directamente a una de las más bellas poblaciones de las riberas del Loire y a un *aubergue* de esos que sólo pueden encontrarse en Francia. Magníficos el vino — los vinos— y el queso —los quesos— arisca la criada italiana, fea y archiconvencida de que todo cliente estaba mucho más interesado por sus encantos y su *chambre* que por la cocina y la bodega del local, con esa cortesía vieja y falsa del hotelero francés en su dueño...

Guariglia me estaba esperando allí, con su sempiterna *tenue* de intelectual un tanto fuera de las realidades. Cargado de información.

—Spiros Tanakis es quien te preparó lo de Roma y quien contrató a Greenshaw, para que te liquidara. Curioso, ¿verdad?

—Tratándose de él, todo es posible. ¿Sabes cuales puedan ser sus motivos?

—Sólo por aproximación. Tenía fuertes intereses en la Compañía ABC de Seguros, que cubrió el 25% del seguro de los diamantes Cardigan. Cuando a consecuencia del robo la ABC, debió cubrir su parte del riesgo hubo una fuerte tormenta y un cambio total en el consejo de administración.

—Y Spiros cogió las riendas entonces.

—Eso hizo. Cierta gente abriga una interesante teoría...

—Cuéntamela.

—Según ellos, Spiros Tanakis fue quién preparó el robo. En su condición de fuerte accionista de la ABC estaba al corriente de todo lo que concernía al asunto. Hay quien afirma que primero hizo robar esos diamantes con el propósito de provocar la caída del

equipo directivo de la ABC y conseguir el control de la empresa aseguradora. Luego, él «conseguiría información fidedigna», de los ladrones y se convertiría en intermediario entre los mismos y las empresas aseguradoras, la suya y las otras cinco que cubrieron el riesgo, recobraría los diamantes a cambio de un sustancioso rescate, naturalmente, y obtendría un resonante triunfo personal... aparte de quedarse con la parte del león de lo pagado por rescatar a los diamantes.

—Sería una jugada digna de él.

—Pero se la estropearon primero la avería sufrida por el avión que llevaba a sus cómplices y luego aquellos salvajes demasiado hambrientos. Los diamantes quedaron en alguna forma fuera de su alcance y tardó muchos años en descubrir el paradero de Kristall, único superviviente del quinteto ladrón por él contratado, al que se suponía muerto en el desierto. Entre paréntesis, Kristall no se llamaba así, sino nada menos que Bamborough, y era cuarto hijo varón de un marqués británico, alto empleado en la firma diamantífera y considerado, incluso después del robo, como persona intachable y fuera de toda sospecha, al que raptaron como rehén los ladrones y al que tal vez, según la versión oficial, asesinaron antes de ser ellos mismos cazados y comidos. ¿Sabes por qué?

Naturalmente que yo lo sabía. Lord Bamborough de Pemberton era el Presidente de la empresa minera propietaria de los diamantes Cardigan. Murió pocos años después, de un vulgar infarto de miocardio. Las cosas de la vida...

—Tanakis necesitaba atrapar a Kristall, pero se le anticipó la policía de Ngambi. Habría corrido muchos riesgos tratando de sacarlo él solo y tramó un bonito plan. Primero se puso en contacto con otro granuja de muy altos vuelos, tan desaprensivo como él, Weissmann, y con el coronel Hendricks, que fue quién les habló de ti como el más idóneo para la tarea. El plan oficial fue que sacaras a Kristall de Lugambara, llevándolo adonde se te había dicho. El que tenía Tanakis difería un tanto. Si lograbas sacar a Kristall de Lugambara, el piloto tenía órdenes concretas de llevaros a un lugar distinto, dónde aterrizaría fingiendo una avería en el motor. Allí os encontraríais a Tanakis esperándoos. Obligaría a Kristall a revelarles dónde ocultó los diamantes y luego a conducirlo hasta ellos. A ti y a Slavko tal vez pensara liquidaros de inmediato, o tal vez sobornaros

para que le ayudaraís, probablemente lo primero...

Y como Kristall murió en la fuga, volvieron a estropeársele los planes...

—En efecto. El piloto comunicó lo sucedido, sin duda, y recibió órdenes de llevarte adonde se te esperaba. Tanakis necesitaba conocer qué sabías, por eso te dio cuerda. Luego, en Roma, decidió quitarte de en medio haciendo ver que «alguien» deseaba a toda costa tu eliminación. Así despistaba a sus asociados, puesto que, lógicamente, él no podía ser el tal «alguien». Por medio de un intermediario se puso luego en contacto con Greenshaw. En realidad no desea matarte aún, cada vez está más convencido de que Kristall te reveló antes de morir el escondrijo de los diamantes. La traición de Greenshaw lo tiene furioso, pero no se atrevía a hacer nada contra él.

—A propósito. ¿Quién le contaría a Greenshaw tantas cosas? No parece lógico que lo haya hecho Tanakis.

Guariglia me miró con absoluta inocencia, luego volvió a llenarse la copa de magnífico coñac francés, y lo miró al trasluz.

—Yo también tengo amigos que me hacen pequeños favores...

Eso yo lo sabía muy bien.

—¿Qué hay de tu tarea? —inquirí, tras beber otro trago por mi parte. Sonrió:

—Traté el asunto con personas de mi absoluta confianza y ellos lo hicieron con sendos representantes de las empresas aseguradoras. Tengo cuatro respuestas, ya que dos de las firmas se fundieron. Aceptan el trato, pagarán el veinte por ciento del valor de tasación de los diamantes en la fecha de su robo, o sea dos millones de libras esterlinas. Ingresarán esa cantidad en cuentas cifradas de Bancos suizos cuando tengan la certeza de que van a recibir los diamantes, y no harán indagaciones acerca del modo como los hemos recuperado. El sistema será el siguiente: Primero les enviaremos la décima parte de las gemas y ellos ingresarán la décima parte del rescate. Cuando tengamos en nuestro poder los comprobantes, enviaremos la cuarta parte de las gemas y ellos ingresarán la cuarta parte del rescate. Luego enviaremos el tercio de las gemas y ellos el tercio del rescate. Finalmente recibirán el resto y nosotros también. De ese modo no podrán ocurrir disgustos. Entre envío y envío nuestros pasarán dos semanas, tiempo más que suficiente para que

podamos «difuminar» nuestras ganancias a través de las canales bancarias. Comprenden nuestras razones y las han admitido, sobre todo porque el valor de los diamantes, hoy, es aproximadamente el doble que hace diez años y les cubre con creces el rescate y las pérdidas anteriores, dejándoles un beneficio neto todavía muy sustancioso.

Yo conocía muy bien a Guariglia, estaba seguro de que no habría dejado ni tan siquiera el más pequeño cabo suelto, también de que a la sazón nadie le imaginaba implicado en el negocio. Fumé, bebí otro sorbo de coñac e inquirí:

—Tienes cuatro consensos. ¿Qué hay con la quinta compañía?

—Es la ABC. Acceden... condicionalmente. Accederán a pagarnos cuando tengan la prueba de que conseguimos los diamantes. Hasta entonces prefieren libertad de movimientos y ningún compromiso.

—O sea, que el amigo Spiros confía en ser más astuto que nosotros y arrebatarlos el botín a última hora.

—Eso imagino. Sólo que tiene fuertes enemigos incluso entre los accionistas gordos de la empresa. Mantengo contactos secretos con tres de ellos. Agradecerán muchísimo cualquier cía de pruebas que puedan implicarlo en el robo de los diamantes hace nueve años. Les he dicho que tal vez se las podamos facilitar.

—Magnífico. Y ahora, que todo está a punto de caramelo y yo libre, necesito un lugar tranquilo, confortable y sumamente discreto donde pueda esperar al diez de setiembre.

Se me quedó mirando.

—¿Por qué esa fecha, Carlos? No alcanzo a comprenderlo...

Se lo dije con toda la delicadeza del mundo.

—Te lo juro por todo lo jurable, no tengo la menor idea. Sólo sé que ese día algo va a suceder, tiene que suceder. Y abrigo la corazonada de que la bella y fascinadora Leslie Sinclair es la Pandora que debe abrir esa caja... ¡Demonios...!

Casi salté de excitación. Guariglia no me quitaba ojo.

—¿Qué te pasa?

—Imagínatelo... Todo el tiempo delante de mis narices... Escucha, Greenshaw me contó que Kristall había sido padrino de pila de Leslie Sinclair. ¿Es eso cierto?

—Del todo. El y su padre sirvieron en el mismo regimiento durante la guerra, en el Estado Mayor de la misma División luego.

Eran camaradas de armas, ya sabes lo que es eso.

—Y Kristall era soltero. Y Kristall era la oveja negra de la familia. Y Kristall se volvió medio loco después de su ordalía en el desierto. Y Kristall muy bien puede haber querido a su ahijada como los solterones suelen querer a sus ahijadas y sobrinas. Imagínatelo, qué sencillo... Kristall oculta los diamantes Cardigan en lugar seguro, luego fabrica un plano bien detallado, con o sin indicaciones escritas, y se larga de allí. Los negros que se lo encontraron no iban a preocuparse por un simple mapa y, que yo sepa, no debieron hacerlo. Luego Kristall se las arregla para borrar su pista, deja que se le crea muerto, incluso una especie de honorable héroe víctima del cumplimiento de su deber. Y a su debido tiempo, mete el plano de marras, junto con un detallado relato de lo sucedido, en un hermoso sobre lleno de lacres y dirigido a su ahijada, lleva el sobre a un notario cualquiera de cualquier ciudad inglesa, o de otro país, y da muy concretas instrucciones. Por ejemplo, cada año, antes del diez de setiembre, él deberá dar pruebas fidedignas de que sigue vivo. Si no las da, el notario deberá ponerse de inmediato en contacto con Leslie Sinclair y hacerla ir a su despacho, donde con las debidas formalidades le entregará el sobre. En cuando Leslie lo abra...

—Encontrará la más fantástica historia que una buena periodista podría desear —Guariglia estaba ligeramente excitado, y no era para menos.

—Exacto. Y probablemente también instrucciones detalladas de cómo tiene que hacer para sacarles a las compañías de seguros una buena suma a cambio del mapa y, tal vez, una denuncia formal de la intervención de Tanakis en el asunto. Por eso nuestro amigo greco-americano tiene tantísimo interés en que nadie llegue a encontrar el botín, probablemente Kristall le insinuó algo, o basta con que sospeche lo que hizo...

Me repantigué en mi asiento y paladeó el caro coñac con fruición, antes de añadir plácidamente:

—Creo que me voy a pasar unas muy agradables vacaciones, mientras que tú te ocupas de no perder de vista a Leslie Sinclair y de que esos amigos a quienes contrataste para sacarme de la finca de Greenshaw permanezcan listos para actuar en el momento justo. ¡Ah!, y también procura tener preparado un avión que pueda

llevamos en vuelo con las menos escalas posibles al país de Ngambi.

—¿Cómo vas a arreglártelas para que Leslie Sinclair acceda a unir sus intereses con los nuestros?

—Eso es cuenta mía, viejo amigo —le dije blandamente—. Puede que me case con ella y ésa sería la solución ideal...

Se me quedó mirando muy raro... y tuve que reír.

CAPÍTULO XIV

Desde luego, ella no me esperaba. Y era lógico. Aquél resultaba el último lugar del mundo para suponerme allí. Cuando me acerqué por su espalda y le puse una mano sobre el hombro giró veloz, con ese gesto entre sobresaltado y disgustado, pero cauteloso, de las mujeres en un sitio público al ser así abordadas.

—Hola, Leslie. Bellísima y fascinadora.

Respingó y cambió de expresión. Lo que leí en sus ojos, o creí leer, por acaso un cuarto de segundo, palabras, me encendió la sangre. Luego respiró profundamente y dijo con una nota ronca, vibrante, incrédula, en la voz:

—No es posible...

—¿El qué no es posible?

—Que sea realidad. Que esté vivo...

Me tocó respingar un poco.

—¿Quién le dijo que estuviera muerto?

—Más de uno. ¿Cómo...? ¿Qué hace aquí?

Tomándola del brazo con naturalidad..., y notando cómo reaccionaba, la separé de allí del modo más natural posible. Habida, cuenta de que nos encontrábamos en la exhibición de la colección de modelos del famosísimo Pepe Rábano, uno de esos españoles, que saben como nadie hacerse ricos y famosos tomándoles la cabellera a los ultrapirenaicos y demás vecinos más o menos cercanos, la situación no podía ser más divertida.

—Dígamelo.

—¿El qué?

—Que yo le importaba, que ha pensado alguna vez en mí, creyéndome muerto, con tristeza y pena.

Respiró profundamente y luego, me contestó de modo muy femenino:

—Soy civilizada. Imaginar muerto violentamente a un conocido

me ha afectado siempre. ¿A qué viene ese ridículo disfraz? ¿Acaso sigue...?

La verdad es que mis barbas y mis melenas, mis collares y mi casaca, mis enormes gafas estrambóticas con cristales verde esperanza, eran para justificar aquella pregunta. Asentí suavemente mientras la separaba del bullanguero y cacareante rebaño.

—Sigo teniendo el pellejo en sumo peligro, sí. Pero aun está en buen uso cubriendo mi anatomía. De modo que me estaba creyendo muerto...

—Cuando aquel amigo suyo, Greenshaw, vino a visitarme para decirme que usted no podía cenar conmigo como habíamos convenido, y estaría ausente algún tiempo, ya comencé a recelar que le había sucedido algo malo. He oído lo suficiente de él para saber cuán peligroso es, por más que sea un caballero de excelente familia. Luego vinieron otros...

—¿Qué otros?

—Un coronel Hendricks, le vi aquella noche en el club de ustedes, los mercenarios. Y cierto alto funcionario de la embajada de un país africano. También el muy famoso Spiros Tanakis me invitó a cenar en su *suite* del Carlton. De repente me encontré convertida en algo así como una heroína de novela de espionaje. Todos muy correctos, muy arteros en sus preguntas... y todos afirmando que usted había muerto en un tiroteo de gentuza peligrosa, en un lugar de Inglaterra que ninguno me quiso revelar.

—Una granja en el Berkshire. Pero la versión que le dieron es errónea. Los muertos fueron cuatro de los esbirros del coronel Ngambi y uno de los ayudantes de Greenshaw. Yo salí del lance con muchas lesiones superficiales y bastante maltrecho, pero eso fue todo.

Dilató la mirada.

—¿Me está tomando el pelo?

—De ninguna manera. No me habría disfrazado así, ni habría venido a este lugar a buscarla, si no fuese de lo más serio. Necesito hablarle y ha de ser en lugar y forma que no corramos peligro ninguno de los dos.

Me miraba como tratando de leer mis pensamientos.

—¿Para qué?

—Digamos que porque me es absolutamente necesaria para algo

muy importante que tengo entre manos. Y por algo más que de momento prefiero dejar en el aire, porque no deseo jugarle con cartas marcadas. De todos modos, usted no podría zafarse del negocio aunque quisiera, Leslie; sospecho que ya lo debe sospechar.

Lo sospechaba. Me lo dijeron sus ojos.

—¿A qué se refiere?

—Toda esa gente que la visitó no lo hizo por altruismo, no son amigos míos, aunque otra cosa pudieran haberle dicho y me imagino que le harían preguntas que la pondrían en guardia. Naturalmente, usted no tiene la menor idea de lo que ellos y yo andamos buscando...

—Ni la más pequeña. ¿Por qué no me lo dice usted?

—Eso pretendo, pero no aquí ni ahora. Necesito su confianza tanto como la necesito a usted, Leslie. Y lo que puedo ofrecerle es riesgo mortal, aventura en grandes dosis, trepidante..., y una gran cantidad de esterlinas si sale bien la cosa, sin ninguna clase de conflictos con la Ley por su parte. Ahora usted decide.

Me miraba de un modo capaz de hacer saltar los plomos y fundir los circuitos-electromagnéticos de cualquier cerebro varonil. Luego esbozó una sonrisa leve.

—Debe de haberme estudiado muy bien —dijo—. Sabe que jamás renunciaría a una incitación así.

—Dios la bendiga como yo lo hago —respondí fervorosamente. Abrió su bolso con toda naturalidad y sacó un paquete de tabaco, de él un cigarrillo y me pidió, con dos chispas doradas en los ojos.

—Déme fuego. Y cójala sin que nadie lo note.

Con el paquete había sacado un llavín de modo realmente perfecto. Del mismo modo lo trasladé a mis manos y de ellas a uno de mis bolsillos.

—Paro en el Crillón, habitación seiscientos catorce. No llegaré antes de las diez y puede que vaya acompañada. Creo que no le será difícil entrar, comprobar que no hay ninguna trampa y esconderse.

—Cuando todo termine, he de decirle algo especial —contestó. Y vi relucir en sus ojos dos centellas.

—Tendrá que ser muy especial, señor Frías... —repuso suavemente, antes de dar media vuelta y abandonarme con escalofriante naturalidad.

Yo estaba seguro de no haber sido seguido hasta allí ni tampoco

desenmascarado por quienquiera que la vigilaran. De eso último ya se había ocupado Guariglia, Abandoné la interesantísima exhibición de trajes de hojalata y otros materiales no menos estrambóticos sin fijarme en los para mí muy discutibles encantos físicos de las sardinas que se movían debajo de todo aquello. La verdad es que tenía una maravillosa cara de cretino casi *neardenthaloide*, capaz de engañar al mismísimo Tanakis...

Llegué al Crillón disfrazado de sacerdote dos horas más tarde. Mi nariz, poco antes aplastada y bulbosa, era ahora acusadamente aguileña, mis cejas de sub-hombre se habían afinado mucho, mi barba y mis melenas habían desaparecido, pero lucía unas hermosas patillas. Por lo, demás, procuré pasar del todo desapercibido y para ello entré tranquilamente por la puerta principal. Los espías que estaban pensando en la clase de tipo que yo era permanecieron vigilando las entradas más raras del desconocido edificio.

La habitación de Leslie no se diferenciaba en nada de todas las demás del hotel, como era lógico. Tuve todo el tiempo del mundo para localizar hasta tres mini-micrófonos muy hábil y astutamente conectados y ocultos. Aunque lógicamente no se podía esperar que nadie estuviera al acecho hallándose Leslie fuera de su alojamiento, todos mis movimientos fueron realizados con la máxima discreción, descalzó y sin hacer el menor ruido.

Leslie llegó, en efecto, a las diez y media de la noche y venía acompañada por un pelmazo al que tardó diez minutos largos en echar. Por lo que pude oírles, habían cenado juntos y él estaba tratando por todos los medios de seguir la fiesta. Pero Leslie le dijo que estaba cansada y lo echó.

Cuando terminaba de cerrar la puerta y se volvía me descubrió en la mismísima puerta del dormitorio, con el dedo en los labios y descalzo. No tiene pelo de tonta, su mente es de lo más ágil y entendió. Se descalzó ostensiblemente, llegóse a mí despacio y, mientras, yo me acerqué a su minireceptor de televisión y lo conecté, poniéndole buen volumen.

Estaba justo al lado de uno de los micrófonos.

—¿Espías electrónicos? —me susurró mientras en el cacharro aquel una gata semivestida con una de esas combinaciones de prendas «tapo y enseño» mayaba uno de los últimos éxitos en no sé qué festival cretinoide de música moderna. Asentí y me fui hacia el

aparato de transistores que yo había traído, conectándolo a razonable volumen junto a otro de los micrófonos. Allí aullaba un locutor relatando las incidencias de un partido de «rugby» nocturno.

Tomándola de la mano me la llevé al cuarto de baño y abrí la ducha, graduándola para que su ruido fuese el adecuado. Luego le señalé donde estaba incrustado el tercer «chivato». Hizo una mueca y bufó...

—No veo cómo vamos a hablar —me susurró casi al oído—. Ni me había dado cuenta, qué horror de cosas habrán escuchado...

—Espero que no sean demasiado graves —dije. Y acto seguido la besé.

A estas alturas aún no sé si la cogí por sorpresa. No me devolvió el beso pero tampoco me lo rechazó. Eso sí, me di cuenta de que estaba lista para el contraataque. Por eso la solté tras comprobar la sabrosa dulzura de sus labios.

Le centelleaban agresivamente las pupilas.

—¿Forma parte del juego? —inquirió con una nota acerada... pero hablando muy bajo. Denegué:

—No exactamente. Hace dos meses que sueño con dárselo y no me he podido contener. ¿Muy ofendida?

Me miraba de un modo que me puso frío en la espalda.

—Lo justo. Pero no lo repita.

—No vine a eso. Siéntese.

Nos sentamos casi como dos amantes. Era de lo más estimulante sentir el contacto de su magnífico cuerpo, el roce de sus cabellos y su aliento. Pero su mirada...

Así que fui al grano.

—Usted fue apadrinada en la pila del bautismo por James Percival Bamborough, viejo camarada de armas de su padre. ¿Qué sabe de él?

Alentó hondo y le cambió la mirada.

—Lo que todo el mundo. Que murió, o fue asesinado, hace años en Africa.

—¿Nada más?

—Era un importante empleado de una gran empresa diamantífera. Hubo un gran robo de piedras, algo realmente sensacional, aunque no trascendió al gran público. Cierta prospector había hallado un fabuloso yacimiento dentro de una de las

concesiones de la compañía y durante semanas estuvo extrayendo diamantes sin que nadie sospechara nada. Pero cometió un error y lo atraparon cuando se disponía a abandonar Sudáfrica con se dice que diamantes por valor de más de diez millones de libras esterlinas de entonces. Se llamaba Cardigan. Fue encarcelado y la empresa reclamó los diamantes como de su propiedad, naturalmente. Pero hubo ciertas dificultades legales. Mientras, los diamantes debieron quedar bajo custodia en la caja fuerte del Banco de Sudáfrica. Cuando la empresa ganó el pleito, envió a mi padrino con un escogido pelotón de hombres a hacerse cargo de los diamantes. Entonces ocurrió algo, al parecer fueron atacados sorpresivamente antes de recogerlos por hombres muy bien aleccionados que los secuestraron. Aquellos hombres se habían hecho fabricar mascarillas faciales idénticas a las de los empleados, menos mi padrino. Se personaron a la hora justa en el Banco, mi padrino firmó todos los documentos de la entrega, recibieron los diamantes sin que nadie recelara y ya no se volvió a saber más de ellos. Días después se descubrió que habían huido en un avión y al poco tiempo el avión fue encontrado en el Kalahari. Tiempo adelante se dijo que todos ellos habían sido sorprendidos y muertos por una banda de salvajes hambrientos que se los comieron. De los diamantes no se encontró ni rastro, pero nunca han aparecido en el mercado.

Los empleados, cuando les libertaron, dijeron que a mi padrino le hicieron seguirles y actuar como lo hizo bajo amenaza de matarlo allí mismo si trataba de avisar al Banco. Se supuso que tras utilizarlo para obtener los diamantes debieron deshacerse de él, echándolo en cualquier punto del desierto de Kalahari.

—Así que nunca ha tenido noticias suyas...

Se sobresaltó ligeramente.

—¿Es que vive?

—No. Ha muerto.

Escuchó mi relato casi sin pestañear, sin hacer una pregunta, fumando y sin quitarme ojo, mientras a nuestro alrededor la ducha, el televisor y el aparato de radio componían la más maravillosa sinfonía para volver Jocos a quienes trataran de enterarse de lo que estaba sucediendo allí dentro.

—De modo que era eso... —dijo únicamente cuando terminó.

Me levanté y fui a cerrar la ducha.

—Canturree lo que tenga costumbre, vaya haciendo ruidos normales. Sí, de eso se trata. Y ya sabe por qué la necesito tanto. Sin usted, nada puedo... podemos hacer. Y usted, sin nosotros, en el mejor caso sólo conseguiría una indemnización irrisoria y una medallita, más unos cuantos elogiosos discursos sobre su gran sentido del deber moral y todo eso.

—¿Qué ganaría uniéndome a ustedes?

—En principio, el plan era cincuenta por ciento para mí y otro tanto para Guariglia, deduciendo gastos. Es equitativo, créame. Significa casi tres cuartos de millón de esterlinas, toda una fortuna. Y legalmente conseguida, nadie tendrá nada que reprocharle, ni tampoco su conciencia, puesto que las compañías de seguros no sólo cubrirán pérdidas, sino que aún lograrán beneficios por el aumento de precio de los diamantes en todos estos años. La firma diamantífera cobró el seguro de los mismos en su tiempo y nada perdió, aparte de que en realidad se los birló a Cardigan, su descubridor, muy legalmente, pero también muy desvergonzadamente. Cardigan murió hace tres años, sin familia cercana...

—No necesita presionar tanto sobre mi conciencia —me dijo con una sonrisa suave y la mirada pensativa—. Soy lo suficiente ambiciosa e inmoral para aceptar un negocio tan redondo.

—Que Dios la bendiga...

—Estamos a siete de setiembre. De ser cierta su intuición, debo recibir una llamada dentro de dos o tres días...

—Eso debe ser.

—Entonces me iré a casa. ¿Cómo podré comunicarme con ustedes?

—No se preocupe por eso, estaremos muy cerca y alerta. Antes de separarnos ya le daré mis instrucciones. No creo que nadie de los otros naya sospechado la verdad sobre su real importancia en este negocio, salvo, acaso, Spiros. Tendrá que mostrarse muy precavida, astuta y serena. ¿Cree que podrá?

—No sabe cuán precavida y astuta puedo ser, señor Frías —me contestó con el mismo tono escalofriante; y añadió—: Ahora que hemos llegado a un acuerdo, ¿me va a decir eso tan especial que prometió?

Tragué aire. Me estaba maniobrando por ambos flancos y dominaba todas mis vías de retirada, me sentí como cuando el enemigo te hace fuego desde todos los puntos a la vez y sabes que ya no te quedan municiones.

—Dije que cuando todo terminara...

—Pero yo quiero saberlo ahora. Tal vez entonces no resultara lo mismo, ¿no cree?

—No me diga que ya lo adivinó...

—No sería mujer...

Lo que sucedió después de sus palabras a nadie le importa.

CAPÍTULO XV

—Acabo de recibir una llamada. De la firma Wilkins, Wilkins, Wilkins y Thatcher, abogados y notarios. Tienen algo que notificarme.

La cálida voz de Leslie, un poco excitada, me hizo brincar el corazón. Miré a Guariglia y asentí, luego inquirí por el teléfono que me traía tan gratas noticias:

—¿Cuándo debes acudir?

—Hemos quedado citados para las once y media. ¿Tendrás tiempo suficiente? Su bufete se halla en Sagamore Row.

—Allí estaré.

Entre las muchas grandes habilidades del hombre caleidoscópico que es Guariglia está la de ser un experto en maquillaje. Me puse en sus manos al tiempo que hablábamos.

—Envía a Alec con un coche a Shefon Road, junto a la entrada posterior de los almacenes de *pret-a-porter* Murdock. Debe estar alerta para salir disparado. Que Harry tenga listo el helicóptero también. Slavko y Horst deben partir de Cherburgo inmediatamente, hacia el rumbo fijado.

—¿Crees que podréis darles esquinazo?

—Tendrá que ser así o todo se irá al traste. Ellos no pueden saber en qué momento justo voy a tener en mis manos la información que necesito, ignoran cuáles son mis preparativos, desconocen tu conexión conmigo. Si les despistamos inmediatamente después de salir de casa del notario, sus esbirros no podrán informar sin perder unos minutos muy preciosos. Y para cuando puedan iniciar su propia caza nosotros estaremos ya muy lejos.

En efecto, habíamos trabajado duro y cuidadosamente durante el mes de agosto y aquellos primeros días de setiembre. Por otra parte, Leslie había sido dejada en absoluta libertad y no volvieron a

molestarla después de nuestra para mí inolvidable entrevista en el Crillón. Nos manteníamos casi tan pegados a ella como la piel al cuerpo, pero con la máxima discreción. Y ella estaba demostrando tener madera para la aventura.

Con pelo y patillas de color zanahoria, lentes de tecnócrata y atuendo clásico de corredor de la Bolsa, llegué a las once y veinticinco minutos a las oficinas de Wilkins, Wilkins, Wilkins y Thatcher, abogados y notarios, en un edificio no demasiado moderno de la City. Sabía que por el momento estaba libre de fisgones, porque todos mis amigos andaban sumamente inquietos y desconcertados rastreando inútilmente mi rastro por la Europa Occidental y numerosos países africanos. Ninguno de ellos había podido localizarme en aquella modesta y tranquila granja de las cercanías de París, pero no demasiado cerca, dedicado a la muy honrosa y clásica tarea de cultivar la madre tierra como operario a poco sueldo de un tío materno de Alec Forssier, el cual se mostró por cierto encantado de conseguir un vigoroso y solícito ayudante en sus tareas no sólo sino tener necesidad de pagarle, sino percibiendo encima una razonable compensación. Aquel lugar y aquella tarea eran los últimos que quienes me conocieran podían imaginarme, ignorando que me crié en el campo.

Leslie me había llamado desde una cabina pública, por si tenían controlado su teléfono, y utilizando además un pequeño chisme electrónico que le facilitamos para evitar que nadie, con un «chivato» no menos electrónico, pudiera escuchar lo que hablaba desde cierta distancia a pesar de tener cerrada la cabina. No iban a ganarnos la mano por artilugios ultramodernos, de eso se encargaba Guariglia.

La vi llegar con su cochecito color de esperanza y mi pecho se expandió al verla, tan gallarda y gentil, porque estaba enamorado de ella y ahora ya no íbamos a separarnos, para lo bueno y para lo malo. Vi también llegar a sus eternos seguidores, pero eso no me preocupó.

Esperé a que penetrara en el ascensor y subiera al piso cuarto. Luego metí mano a un delicado y sensible punto del cuadro de mandos eléctricos y el ascensor, con su sirviente y una oronda señora que tenía uno de esos perros-miniatura tan nauseabundos, se quedaron colgados entre los pisos cuarto y quinto, con lo cual se

provocó el consiguiente guirigay y los dos tipos que seguían para diferentes amos a mi amada se quedaron primero perplejos, debiendo luego optar por subir a pie las escaleras con la esperanza de encontrarla.

Desde luego no la encontraron. A mí sí me vieron, pero en su enojo y desconcierto ninguno acertó a conectarme con ella ni con lo sucedido. Llamé a la barnizada puerta del despacho de los abogados y notarios, entré sonriéndole a la zanquilarga, huesuda y realmente fea, a más de indecorosamente minifaldera, empleada que me abrió, y le dije, sonriéndole anchamente, que estaba citado con mi prometida allí para un asunto legal. Luego, sin darle ocasión a más preguntas, seguí adelante, lleguéme a la un tanto divertida Leslie y la besé como mandan los cánones de la buena sociedad, rogándole me disculpara por el retraso.

—Alguien debería protestar en el Parlamento por el mal estado de los ascensores de muchos edificios. El de esta casa acaba de quedar detenido y he tenido que subir por la escalera a pie.

Los ojos de mi amada dijéronme cuánto la excitaba y divertía aquella fiesta. Era un verdadero placer de dioses conocerlo.

Resultó que toda la caterva de señores Wilkins, como ya es usual en tales casos, estaban muertos y enterrados convenientemente. El señor Thatcher, antiguo pasante del último Wilkins de la firma, andaba ya cerca de los setenta y era un perfecto espécimen del gremio en la Gran Bretaña. Nos acogió ceremoniosamente, dio por buena mi presencia al decirle Leslie que yo era su prometido y puso sobre la hermosa mesa antigua un abultado sobre de recio papel completamente cubierto de lacres y bramante rojo.

—Mi cliente, el señor Kristall, me entregó hace ocho años este sobre con unas indicaciones muy concretas. Todos los años me llamaría telefónicamente desde donde se encontrara, sólo para manifestarme que seguía vivo, el día diez de setiembre entre las nueve y las doce de la mañana. Si en todo el día diez de setiembre yo no recibía su llamada, eso significaría que estaba muerto y, en tal caso, yo debería ponerme inmediatamente en contacto con usted para hacerle entrega de este sobre con las formalidades de rigor. El señor Kristall no ha llamado el día diez, por tanto tengo la premisa básica indicadora de su fallecimiento, y en cumplimiento de su voluntad la he rogado venir a mi despacho para cumplir

debidamente con su voluntad.

Siempre me han gustado los notarios, palabra; sobre todo los viejos notarios ingleses. Son la quintaesencia de la legalidad y el deber. Aquél nos hizo, le hizo a Leslie, cumplir con todas las formalidades de rigor y veinte minutos más tarde mi amada llevaba en su bolso el sobre que iba a convertirnos en millonarios.

—Estoy temblando de excitación —me aseguró cuando salimos de allí—. ¿Tú crees que lo conseguiremos?

—Lo tenemos que conseguir. Todo está preparado para que lo consigamos. Y si no tenemos una condenada mala suerte, lo hemos de conseguir. Adelante y no pierdas ese bolso.

Los dos espías estaban, muy mohínos, en el vestíbulo. Al vernos aparecer se sobresaltaron, pero no tomaron ninguna iniciativa porque ni presencia les desconcertó. Tranquilamente y sin hacerles caso llevé a Leslie al exterior y a su automóvil, donde entramos.

—¿Sabes dónde está Shelton Road?

—Sí...

—Vamos a

Murdock's,

pero en la entrada de la calle Elmore. Cuando lleguemos verás que uno de los vehículos estacionados frente a la entrada está a punto de salir, no hará la indicación hasta vemos, yo te lo señalaré. Esperas a que salga, metes allí tu coche y nos vamos a dentro del almacén.

—Quieres despistar a quiénes nos siguen, claro...

—Es del todo necesario si queremos tener éxito. Ahora cuentan los minutos, porque en cuanto esa gente avise a sus amos mi reaparición, y no tardarán en comprender que soy yo ni cinco minutos, vamos a tener encima a una nube de avispones peligrosísimos, puesto que sus jefes conectarán tu visita al notario con mi reaparición y van a sacar las debidas conclusiones.

Por fortuna para mí, Leslie es una muchacha de temple. Condujo normalmente su cochecillo, no tuvimos ningún percance y llegamos a la calle Elmore diez minutos escasos después.

Todo salió a la perfección, como era natural. Alec sacó su potente turismo de delante de la entrada de los almacenes con la justeza necesaria para que nosotros, y no otros, ocupáramos su puesto. Rápidamente, salimos, pero con toda naturalidad, y nos

encaminamos a los almacenes. Como Elmore Street es una calle de no demasiada anchura y sí de mucho tránsito, allí no hay forma de estacionarse en doble fila y tampoco suelen haber espacios libres delante de los almacenes Murdock, de forma que uno de nuestros seguidores debió pasar de largo para detenerse casi cincuenta yardas más allá y el otro quedarse a más distancia aún hacia atrás. Los que salieron de tales vehículos tenían buenas piernas, pero no eran mejores que las nuestras.

A aquella hora, todas las damas lo saben,
Murdock's

está repleto de clientela. Me llevé a Leslie a través de puestos, tenderetes y mujeres sin demasiados miramientos ni hacer mucho caso a protestas indignadas, alcanzamos la salida a la calle Shelton y apenas en la acera vimos que Alec ya nos esperaba.

La calle Shelton aún es más angosta que la Elmore y, además, de una sola dirección, con lo cual sólo por un lado podía salirnos alguien al encuentro, lo cual no resultaba previsible. Hice entrar a Leslie —que se había puesto pantalones en previsión a lo que yo sabía le esperaba, por más que no se lo dijera para no asustarla— en la parte de atrás y me sentó junto a Alec.

—¿Lo conseguisteis?

—Lo tenemos. Ahora demuestra que con un volante en las manos no tienes rival.

No lo tiene. Aparte de ser medio mono y medio gato ha sido piloto de carreras y ha conducido desde bólidos de serie hasta tanques de cincuenta y cinco toneladas. Es un don innato, un sexto sentido. En medio del más imponente barullo circulatorio, como los que se organizan en Roma o Madrid, por ejemplo, sabe hallar instantáneamente el agujero exacto por donde colarse y calcular al milímetro el espacio que tiene para maniobrar. En el campo de batalla le sucede lo mismo, olfatea telepáticamente donde no hay minas, ni trampas, metiendo por allí al vehículo que conduce con absoluta seguridad. No recuerdo que nunca haya tenido un percance, no sólo domina su propio vehículo, sino que adivina lo que harán los demás.

Digo todo esto porque salimos de Londres en un tiempo récord y nos lanzamos por la autopista del Este a la máxima velocidad legal permitida, sin sobrepasarla ni mi sólo instante. No hablábamos ni

era necesario, somos soldados profesionales. Leslie debía estar muerta de curiosidad, pero callaba. Me volví a encenderle un cigarrillo y le sonreí, tranquilizándola. Aunque me dio la impresión de que no necesitaba ser tranquilizada.

Lo teníamos todo preparado. En cualquier punto de Europa Occidental donde Jock Kristall hubiera depositado su valioso paquete nosotros disponíamos de medios para una rápida fuga, pero yo tuve siempre la corazonada de que Kristall, actuando como el loco que era, habría ido a su amado y viejo Londres a dejar su encargo testamento para su ahijada, por eso los muchachos que deberían acompañarnos definitivamente en el negocio estaban allí, o cerca. Guariglia no entraba naturalmente en esto, él no es hombre de pelea.

A cincuenta millas al Sureste de Londres, en un verde y jugoso prado, junto a una parcela de bosque y un camino vecinal, nos estaba esperando desde hacía poco Harry Colman con un helicóptero alquilado días atrás por Donald utilizando uno de sus múltiples contactos. Del mismo modo que Alec es un «as» conduciendo cualquier cosa que tenga ruedas y un motor por tierra, Harry, antiguo piloto de la RAF, hace diabluras con todo lo que tenga un motor y vuele. El helicóptero comenzó a mover sus arpas apenas nos vio aparecer por el camino, a un cuarto de milla de distancia, en la bucólica placidez del mediodía brumoso y cálido de setiembre.

—¿Vamos a irnos con ese helicóptero? —inquirió Leslie, excitada. Le dije que sí y no le di más explicaciones. Era bueno para sus nervios recibir las impresiones una tras otra y sin preaviso.

Paramos a corta distancia del helicóptero, salimos, cogí a Leslie de la mano y corrimos hacia el helicóptero, agachados para eludir el remolino de aire de sus aspas. Donald estaba sentado en una valla junto al camino y nos gritó su esperanza de suerte. Cuando partiéramos, tomaría el coche y regresaría con él a Londres dando un rodeo. Era de su legítima propiedad, pero había llevado planchas falsas de matrícula, ahora le pondría las verdaderas.

Subimos al helicóptero, que era de cuatro plazas y despegó inmediatamente, poniendo rumbo al Sur. No tardamos en ver la costa y luego nos adentramos en el mar espumoso y repleto de barquitos...

Tres cuartos de hora más tarde encontramos un yate de recreo a unas setenta millas al oeste de Aldemey. Aunque pasaban barcos a relativa distancia, por allí cerca no había ninguno. Desde el yate nos hicieron señales. Harry comenzó a descender y me volví a Leslie, advirtiéndole:

—Prepárate a bajar colgada de un cable. ¿Crees que podrás resistirlo?

Respingó y miró hacia abajo, al vacío azul-verde y la diminuta embarcación, que debió parecerle liliputiense, tragó saliva y me miró...

—Si hay que hacerlo... Pero lleva tú el bolso...

No pensaba dejárselo en tal trance.

Harry colocó el helicóptero a treinta metros escasos por encima de la cubierta del yate, luego a veinte. Más era peligroso, la embarcación se puso a danzar sobre las aguas fuertemente removidas en superficie por el viento que hacían girar las palas del helicóptero. Metimos a la ahora muy nerviosa Leslie en el arnés de cuero y acero, le di un beso en la frente y la empujé fuera del aparato...

Llegó abajo sin novedad y Alec la siguió. Antes de imitarles le grité a Harry que no se descuidara.

—¡Ya sabes lo que tienes que hacer!

—¡Descuida! ¡Buena suerte! ¡Nos veremos pronto!

Yo así lo esperaba y deseaba.

Cuando llegué a la cubierta del pequeño yate, el helicóptero viró a estribor y cobró rápidamente altura, alejándose hacia Francia. Leslie estaba nerviosa, excitada y feliz, Alec, Horts y Slavko, sonrientes.

—Así que lo conseguiste —me dijo el último—. Bueno, pues tú dirás.

—Avante a toda máquina —repuse—. Nos vamos a España.

Y luego me llevé a Leslie al interior de la cabina, dejando a mis camaradas sobre cubierta. Al quedar solos, ella me miró con ojos muy brillantes.

—Jamás viví nada tan apisonante, Carlos —dijo. Le cogí con ambas manos la cara y la atraje.

—Espera y verás. Esto sólo ha sido el comienzo de la fiesta.

Luego hice lo que tenía ganas de hacer.

CAPÍTULO XVI

Mientras surcábamos a toda velocidad las aguas picadas del Golfo de Gascuña, abrí el sobre de Jock Kristall y pude comprobar que mi corazonada y mis suposiciones eran ciertas. Contenía un detallado mapa trazado cuidadosamente a mano, de un terreno donde un hombre como yo no tendría la menor dificultad para encontrar lo que allí estaba oculto, un pliego de papel con muy concretas instrucciones y un relato detallado de cómo y por quién se planeó el robo de los diamantes Cardigan. Dinamita pura que iba a hacer volar por los aires a Spiros Tanakis...

También había una carta para su ahijada, dándole sanos y sensatos consejos, entre ellos el de que procurara llegar a un acuerdo con los aseguradores y no soltara el mapa ni lo demás hasta tener una suma razonable a su nombre en un Banco suizo. «Sé que jamás podré beneficiarme de esto y no me importa, la satisfacción de lo conseguido ya me compensa... Pero te quiero como si fueses mi propia hija, Leslie, deseo para ti lo mejor y con todo ese dinero lo podrás conseguir...». Bueno, Jock Kristall no resultaba ser mala persona, a la postre...

Desembarcamos en Santander sin novedad. No exactamente en Santander sino en Laredo, en previsión de que nuestros amigos hubieran puesto espías en todos los puertos importantes del Cantábrico. Allí nos esperaba Guariglia con una de esas furgonetas bastante ampliar que llevan hasta remolque y todo. Como pacíficos turistas, Leslie y yo, con Slavko, atravesamos España tranquilamente y sin ninguna clase de complicaciones en cuarenta y ocho horas.

En uno de esos aeropuertos españoles donde durante el verano llegan y salen infinitos aviones de todo tipo, encontramos esperándonos un potente birreactor tripulado por Harry y con toda la documentación en regla. Acababa de llegar directamente desde

Alemania y, según sus documentos, venía a recoger a unos tipos adinerados para llevárselos de regreso a su país.

Los tipos adinerados éramos nosotros y Horst. El birreactor tenía capacidad para ocho pasajeros, así que nos sobraba lugar. Tardamos exactamente dos horas en alzar el vuelo hacia el brillante cielo azul. Por mucha prisa que se dieran a seguimos la pista nuestros competidores, iban a llegar tarde...

Ahora nos restaba la última etapa de nuestro viaje, algo así como siete mil kilómetros en línea recta por encima del Africa. El birreactor tenía una velocidad de crucero de ochocientos kilómetros-hora y una autonomía de vuelo de seis horas...

Volamos a una altura media de ocho mil metros sobre Marruecos, Mauritania y el Sahara argelino, sin tener tropiezos de ninguna clase. Tanto los marroquíes como los argelinos no tenían razones para sospechar nada de un avión que estaba cruzando su espacio aéreo por zonas desoladas y desérticas, con rumbo al Sur, de modo que no vimos señales de aviones militares. De todos modos, si alguno hubiera tratado de hacernos la Pascua se habría llevado una desagradable sorpresa. El birreactor había sido acondicionado de forma que llevaba dos cañones de veinte milímetros en las alas, sincronizados electrónicamente, y sendos lanzacohetes de treinta milímetros, con dos docenas de proyectiles, no menos bien «camuflados». De hecho aquel aparato había servido para más de una operación clandestina de guerrillas, en Biafra, por ejemplo. Guariglia tenía infinitas e insospechadas conexiones.

Por eso cuando aterrizamos en una pista militar de emergencia del desierto, en

Rig-Rig,

junto al Chad, más de doscientos cincuenta kilómetros al norte de Fort Lamy, nos estaba esperando un camión-tanque cargado con excelente gasolina de aviación. El próximo salto nos llevó a otro campo de aviación de emergencia, en Angola, donde repostamos sin ningún problema. El dinero puede mucho en todas partes.

Y finalmente llegamos al lugar deseado...

Un punto situado en algún lugar entre los paralelos 17º y 20º, entre los meridianos 20º y 22º. Uno de los más inhóspitos agujeros de la Tierra. Cientos y cientos de kilómetros de soledad salvaje y árida... el mejor escondrijo del mundo.

Harry consiguió un aterrizaje perfecto sobre un terreno liso y duro de roca arenisca lijada durante millones de años por el viento. Nos encontrábamos a unos ochenta kilómetros en línea recta del punto señalado en el mapa de Jock Kristall y como a unos cincuenta del límite fronterizo del país actualmente «gobernado» por el coronel Ngambi, mi viejo y buen amigo.

Allí, aguardando pacientemente con un viejo camión militar, esperaban desde hacía días un par de otros viejos y buenos camaradas míos, Ole Larssen y Mario Sciarra. Habían salido de Windhock tres semanas atrás con el declarado propósito de estudiar la fauna y flora salvajes del Kalahari, con pasaportes e identidades totalmente falsos.

Conforme habíamos calculado, llegamos allí poco después del amanecer y nos echamos a dormir todo el día. Leslie estaba realmente agotada y no por otra cosa sino por los nervios, cosa natural. Le dije claramente a qué nos íbamos a exponer, pero no quiso ni escuchar mis sugerencias.

—Voy con vosotros hasta el fin. Esto no me lo perdería ni por la salvación de mi alma, Carlos.

Palabra que su respuesta me enorgulleció.

Partimos al atardecer, hacinados en el interior del camión y dejando abandonado al avión en el desierto. Si todo salía bien, allí lo encontraríamos por la mañana, si todo salía mal no lo íbamos a necesitar. De todas formas Harry manipuló en su cuadro de mandos y lo dejó inutilizable para quien no fuese un mecánico muy experto.

Recorrer ochenta kilómetros por el Kalahari, sin otra luz que la de las estrellas, aunque se disponga de buena brújula es toda una tarea para un chófer. Alec demostró una vez más su valía. Los demás callábamos, porque como soldados profesionales conocemos el valor del silencio en tales ocasiones. Leslie callaba porque dábase cuenta del berenjenal en que se había metido.

Llevábamos metralletas ligeras, fusiles automáticos del último modelo del ejército norteamericano, granadas de mano, pistolas, un «bazooka» y una ametralladora pesada. En conjunto éramos siete hombres y una mujer, pero yo sabía que cada uno de mis amigos valía al menos por una docena de buenos combatientes normales. Y ellos sabían que iban a por cincuenta mil libras esterlinas cada uno, cantidad más que suficiente para un mercenario, aparte de la vieja

camaradería que nos ligaba a todos. La mujer, era mucha mujer.

A las once y media de la noche abandonamos el camión, ya dentro del país del coronel Ngambi. Cargando con nuestro equipo de combate, seguimos a pie. Le expliqué a Leslie por qué lo hacíamos.

—Estamos a unas seis millas de nuestro objetivo y no podemos descartar la posibilidad de que nuestros rivales anden por aquí. Ellos no pueden calcular el escondrijo sino por aproximación, pero el ruido del motor del camión se escucha desde muy larga distancia en el silencio nocturno del desierto, sobre todo por oídos salvajes. En cambio, los pies no hacen ruido apenas.

Tardamos algo más de hora y media en llegar al punto donde Jock Kristall había escondido los diamantes de Cardigan después de ir a buscarlos al punto donde poco antes de ser asaltados sus compinches por los salvajes habían sido ocultados. Porque Kristall había sido el cómplice de Tanakis en aquel robo. Y salió, simplemente, a realizar una imperiosa necesidad aquella noche, cuando el campamento fue asaltado por los salvajes hambrientos. Aquella nimiedad le salvó la vida, consiguió huir y ocultarse, retomó después para encontrar intacto el *jeep* en que iban, volvió a por los diamantes y los cambió de escondrijo, se quedó sin gasolina en el desierto, casi reventó de sed, se volvió medio loco...

Y todos aquellos años los diamantes de Cardigan permanecieron tranquilamente guardados debajo de un peñasco, mejor dicho, de uno de los bloques labrados de las ruinas misteriosas y enigmáticas de Zanganga, un lugar perfectamente conocido por los arqueólogos africanos, pero donde nadie había podido ir a realizar estudios desde que el país dónde radicaban habíase proclamado independiente.

Era un lugar de veras impresionante. En algún tiempo, hacía dos o tres mil años, o acaso treinta mil, hubo allí una ciudad, con templos y hermosos edificios de piedra. Luego el desierto se lo comió todo y no quedaron rastros apenas de lo que allí pudo haber, o sucedió. Un Zimbabue en pequeño...

El mapa de Kristall era perfecto. Nos costó exactamente media hora dar con la piedra. El la había derribado de lo alto de un lienzo de pared, mediante la palanca del *jeep* sobre el hoyo que previamente hizo. Debía pesar casi una tonelada y nos hizo sudar

para separarla.

Un saco de lona. Nada más que un recio saco de lona incorruptible en el reseco terreno del desierto. Un pequeño saco de lona cuidadosamente cosido con grapas metálicas...

Cuando lo abrí confieso que me temblaban las manos. Tanto yo como los demás conteníamos el aliento y sólo se escuchaba el lúgubre sonido del viento entre las ruinas.

Luego volqué el contenido del saco sobre la otra lona que habíamos extendido en tierra y rodeábamos. La luz de tres linternas eléctricas se centraba sobre mis manos.

—Dios mío, cuánta belleza...

Eso lo dijo Leslie. Los demás guardamos silencio, éramos hombres, mercenarios.

Y estábamos contemplando millones de libras esterlinas en diamantes, purísimos diamantes ya tallados, que centelleaban con su luz impoluta bajo la de las lámparas. Los diamantes de Cardigan...

EPÍLOGO

Pues no, no pasó nada. Lamento tener que defraudar a quienes sin duda esperaban la aparición de Utanga con sus esbirros medio caníbales, la de Spiros con un escuadrón de mercenarios... para que la historia que relato tuviera un final «de cine». Ya dije que en la vida normal las cosas suelen suceder distinto a como en las películas.

Lo único que sucedió fue que retomamos tranquilamente al punto dónde habíamos dejado al camión, volvimos junto al avión, Harry arregló lo que había desarreglado y al salir el sol remontábamos el vuelo de nuevo, tranquilos, satisfechos, cansados y felices.

Lo demás puede decirse que es historia. Por ejemplo, todo el mundo que lee periódicos sabe, cómo una súbita revolución liquidó al tiránico régimen del coronel Ngambi, el cual, junto con su siniestro cómplice el mayor Utanga pereció fusilado por los revolucionarios, así como otros de sus esbirros y cómplices. Ahora hay allí un gobierno bastante decente y me alegro.

También los periódicos anunciaron en su día, con gruesos titulares, el misterioso y extraño suicidio del conocido financiero greco-americano Spiros Tanakis. Se dieron muchas versiones del asunto y ninguna se aproximó a la realidad.

De los diamantes Cardigan no se habló. La gente muy rica es muy discreta. Las compañías de seguros que pagaron en su día religiosamente, ahora abonaron también con honestidad el rescate convenido, recibieron debidamente las gemas y, como legítimas propietarias de las mismas, ofreciéronlas en el mercado diamantífero. Por cierto que la poderosa empresa diamantífera que las había perdido trató por todos los medios de recuperarlas pagando por ellas lo mismo que había recibido de los aseguradores. Falló en sus intentos, naturalmente, y al final se llegó a un acuerdo

por el cual los aseguradores recibieron el dinero antes entregado, el veinte por ciento pagado a quienes les habían devuelto las piedras y un siete y medio por ciento de interés sobre el primer dinero por ellas abonado, más un dos por ciento por los dos millones que a nosotros nos tuvieron que pagar. Aun así, la compañía diamantífera ganó dinero al colocar las piedras en el mercado. Ya se sabe que los diamantes son un valor internacional del máximo atractivo.

Para entonces Leslie y yo ya disfrutábamos nuestra felicidad de matrimonio nuevo en lugares hermosos y tranquilos. Ella se había mostrado de lo más generosa a la hora del reparto. Exactamente aceptó medio millón de libras esterlinas, yo otro tanto y Guariglia, por no ser menos, pues *noglesse oublie*, accedió a rebajar sus honorarios en beneficio de mis viejos camaradas y del bueno de Donald. Así todos quedamos de lo más contentos, palabra.

Y esto es todo. Sé que la inmensa mayoría de quienes me lean no van a creerse nada o casi nada de lo por mí escrito, pero naturalmente, me importa un pepino de lo que ellos crean. No puede pedirse a las hormigas y los topos que entiendan la vida del halcón cazador.

Aunque ahora este halcón peregrino haya anidado y esté esperando a su primer hijo con la misma absurda ilusión que cualquier otro padre en potencia.

Pero eso es otra historia.

FIN



Cliff Bradley nació en España.

La persona oculta detrás de Cliff Bradley no es otra que Jesús Navarro Carrión-Cervera.

Junto con José Mallorquí, Jesús Navarro Carrión-Cervera ha sido uno de los más activos autores de literatura pulp que trabajaron en el medio cinematográfico.

Según los datos recogidos en la imdb, Navarro participó directamente en el guion de media docena de films, a los que hay que añadir la traslación de al menos dos de sus bolsilibros a la gran pantalla. La popular base de datos le acredita igualmente como autor de diálogos adicionales para la mítica «La noche del terror ciego», primera entrega de la célebre Tetralogía de los Templarios de Amando de Ossorio, aunque yo al menos no he podido verificar esta información. En el aspecto literario, publicaría más de quinientas novelitas entre 1947 y 1985, con sus distintos seudónimos (Cliff Bradley, John Palmer, Jeff Lassiter y Jess mcCarr en el wéstern y en el género policiaco y como Jesús Carrión o Jesús Navarro en la novela romántica).

Jeff Lassiter fue el seudónimo que empleaba habitualmente en las colecciones FBI y Agente Federal, ambas de Rollán, mientras que

Cliff Bradley fue el alias empleado en Bruguera en las colecciones servicio secreto y punto rojo.

De terror escribió un buen número de novelas para esa terror (Editorial andina) y Terror Rollán, siempre como Jeff Lassiter. Para Selección Terror de Bruguera no escribió curiosamente ninguna.

Utilizó los

ALIAS:

- Cliff Bradley.
- Jeff Lassiter.
- Jess mcCarr.
- Jesús Carrión.
- Jesús Navarro.
- John Palmer.